



CONSTANTINO

La invención del cristianismo

BÁRBARA PASTOR

se

El emperador Constantino vivió en una época de transición de las más dramáticas de la historia. El paso del Bajo Imperio Romano hacia la Edad Media provocó numerosos cambios en la escena social y política de todo Occidente. A partir del siglo IV, se incorporan a la escena nuevos actores que, bajo la dirección del emperador, irán sentando las bases para consolidar el papel de la Iglesia como poderosa institución.

Haciendo caso omiso del reparto de poder que había empezado Diocleciano con el sistema de la Tetrarquía, Constantino se propuso concentrar todo el Imperio en sus manos bajo el signo de la Cruz, hacer del cristianismo una señal de identidad, y fundar Constantinopla como nueva capital del Imperio. Todo ello le otorgó un protagonismo que habría sido imposible si hubiese mantenido la religión pagana y la vieja capital en Roma. Constantino se rodeó de los personajes necesarios para representar, con el brillo de la púrpura, el papel del más grande actor de la historia.



Bárbara Pastor

Constantino: la invención del cristianismo

ePub r1.0

Titivillus 16.05.16

Título original: *Constantino: la invención del cristianismo*
Bárbara Pastor, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Índice

INTRODUCCIÓN: OBISPOS, MONJES Y MUJERES	
1. CONSTANTINO Y SU ÉPOCA	
2. EL ENTORNO DE CONSTANTINO	
3. LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO	
4. INSTRUMENTO DE PERSUASIÓN	
5. EL GRAN PROTAGONISTA: EL OBISPO	
6. PELIGROS DE LA SEXUALIDAD	
7 ¿QUÉ COSAS CAMBIÓ EL CRISTIANISMO?	
8 CONSTANTINOPLA, LA CIUDAD DE CONSTANTINO	
9. ¿QUIÉN CONOCÍA A CONSTANTINO?	
CRONOLOGÍA	
BIBLIOGRAFÍA	

INTRODUCCIÓN: OBISPOS, MONJES Y MUJERES

—¿Por qué, siendo un obispo, tomas dos baños al día?

—Porque no tengo tiempo de tomar tres.

Así respondió el obispo a la pregunta de un necio.

—¿Pretendes, mujer, marchar tú sola y sin nadie que te proteja de los peligros del camino...?, preguntó un monje a una mujer que se atrevió a viajar sola al otro extremo del mundo.

Obispos, monjes y mujeres. He aquí los protagonistas de la vida de Constantino, primer emperador cristiano, quien tuvo la lucidez de rodearse de obispos para responder a preguntas que habían empezado ya a quedarse sin respuesta.

El siglo IV fue el siglo del cristianismo, religión que triunfó gracias a una astuta combinación de personajes que supieron actuar en beneficio del Imperio. Un día empezó a apagarse la luz que durante siglos habían proyectado los dioses del Olimpo, y se hizo necesaria la llegada de un dios nuevo capaz de traer esperanza a los súbditos del emperador. El Imperio era cada vez mayor, pero ese dios aún no llegaba.

En Roma, el Monte Capitolino fue el centro de la vida política, social y religiosa de los romanos desde la

antigüedad. En él estuvieron el antiguo Asilo, el templo de la Moneda y el templo de la Virtud. Ahora, quien visita Roma puede ver desde el Capitolio dos imágenes que simbolizan algunas de las cosas que han ocurrido en dos mil años. Si nos situamos en el centro de la Plaza del Capitolio, vemos la estatua ecuestre de Marco Aurelio mirando en dirección a la Cúpula de San Pedro al fondo, en el Vaticano.

Esta Plaza del Capitolio, obra de Miguel Ángel, está delimitada por ilustres palacios y espléndidamente decorada por la estatua de Marco Aurelio, colocada al centro del fascinante juego de gráficos de elipses y volutas trazado por Miguel Ángel en la gris pavimentación de la plaza. Esta imagen nos muestra las señas de identidad de tres épocas que han quedado inmortalizadas en ella. Marco Aurelio, y su afición por la filosofía. Miguel Ángel, y su pasión por el arte. El Vaticano, y la seducción del poder. Muchos siglos de lucha y de conflictos han pasado desde los tiempos del emperador filósofo quien, con su poblada barba y mirada penetrante, mira al cielo en busca de respuesta a tanta barbarie que amenaza a su Imperio.

Cuando algo te preocupe, busca en tu interior y trata de ser bueno en todo lo que hagas. Evita la pompa y la ostentación que tanto gusta a los emperadores. Gobierna como un buen César, sin dejarte fascinar por el brillo de la púrpura.

Tales consejos se daba a sí mismo Marco Aurelio en un libro que escribió para hallar consuelo frente a la soledad de quien gobierna el mundo. A pocos metros de distancia, separada en el tiempo por un siglo más o menos, vemos otra estatua completamente diferente a la de Marco Aurelio; mejor dicho, dos trozos de una estatua: la cabeza de mármol de Constantino, y una mano. Ambas, por su tamaño colosal y ampuloso gesto, siguen impresionando a quien se coloca ante esos ojos enormes del emperador y mira su dedo

advirtiéndolo de algo que imaginamos. Seguimos avanzando, y entramos en el Palacio Nuevo. En la Sala de los Emperadores, vemos 65 bustos de emperadores romanos dispuestos en torno a una sugestiva Helena, la madre de Constantino.

Estamos, pues, ante imágenes que nos conducen a través del tiempo, y que nos ayudarán a entender la figura del emperador que aquí nos ocupa. Un emperador que supo aprovechar el descontento espiritual de la época en que vivió, y juntó los elementos necesarios para crear un lenguaje nuevo que abarcara todos los ámbitos de poder.

La estructura de poder creada por Constantino tenía la jerarquía de un podio. Arriba, el emperador. A un lado, los obispos ayudados por los monjes, que actuaban de contrapunto esencial de la figura del obispo. Y al otro lado, las mujeres, que se distinguían de los hombres por su piedad y caridad innatas, excelentes embajadoras de la bondad de la Iglesia para con los pobres, que eran muchos.

Los obispos con la palabra, los monjes con sus buenas obras, y las mujeres con donativos, impulsaron a la Iglesia de un modo que resultó infalible.

Esta escena que supo crear con magistral destreza el emperador Constantino tenía un lugar reservado para cada uno de sus personajes.

Cuenta una historia.

Asegúrate de que sea una buena historia.

Ni siquiera tiene que ser verdadera.

Pero lo que quiere la gente son buenas historias...

Estas palabras que dijo un autor latino nos van muy bien para enmarcar al personaje de nuestra historia, pues Constantino protagonizó una de las más apasionantes de la humanidad. En cuanto a su veracidad, necesitamos recurrir

a nuestra buena voluntad para comprender lo que a veces es incomprensible, y para entender argumentos que defienden a veces lo indefendible. Pero ante todo, necesitamos estar libres de prejuicios y ver las cosas en su contexto.

Tratándose de un personaje que actuó en los dos ámbitos más conflictivos del ser humano, esto es, la política y la religión, conviene tener presente que acercarnos a Constantino supone estar alerta ante juegos de palabras, ambigüedades provocadas, y significados ocultos. Esta forma de jugar con el lenguaje es un mérito que pueden conseguir muy pocos; y es que vamos a adentrarnos en una época que supo utilizar el lenguaje con la misma eficacia que las guerras.

Nos referimos a una época de la historia en la cual vivir y morir no eran solamente dos caras de la existencia. Era mucho más que eso. Vivir era recibir la luz de Dios. Y morir era abandonar la luz una vez cumplida la obligación de vivir. Esto es lo que lleva la etimología de difunto, y en ella se escudó el mensaje de la nueva fe. Una fe que vio alterado su primer significado latino de «lealtad» al emperador por «fe ciega» ante la nueva religión que se presentaba como la única verdadera. Y menudo problema causó a los obispos su convicción de que la religión cristiana era la única verdadera.

¿En qué lugar dejaban a Constantino, que hasta entonces había sido divino, único, y eterno? Los obispos no habían previsto el conflicto que se originaría con sus prédicas de que Dios era el único dios verdadero. Pero, con habilidad sorprendente, también para este problema encontraron los obispos una sabia solución.

Por esta y por muchas otras razones, leer los textos de la época de Constantino escritos por autores fieles defensores del cristianismo, exige un esfuerzo que apenas puedo

describir aquí. Unas veces divierte, pero otras veces irrita profundamente por sus argumentos escandalosamente partidistas y ante los cuales estamos indefensos. La historia universal está llena de nombres que nos han fascinado por sus cualidades o por todo lo contrario, por sus vicios y maldades. Puestos a escoger, no resulta fácil mencionar a un personaje en el cual todos estemos de acuerdo a la hora de atribuirle el adjetivo de «único, incomparable, irrepetible».

Constantino fue todo eso y mucho más. Amparándose en una imagen que vio en sueños, consiguió movilizar a todo un ejército e inyectarle la pasión necesaria para vencer al adversario, y dominar el mundo. Tras su victoria militar, este gran emperador con aspecto de toro inició otra victoria mucho mayor cuyas consecuencias jamás pudo imaginar.

Cuando Constantino dijo que había visto en sueños una cruz, sabía muy bien lo que hacía. No había visto una cruz cualquiera, sino la cruz de una religión que tenía algo que las demás religiones no tenían: historia. El cristianismo era una religión con historia propia y no solamente ritos y sacrificios realizados para obtener ayuda inmediata de los dioses. El cristianismo tenía historia, e historias. Historias de vidas humanas dedicadas a defender la nueva fe, las cuales penetraron en la sensibilidad de muchos que andaban necesitados de algo más satisfactorio que los viejos ritos paganos.

El cristianismo trajo consigo un nuevo significado de las palabras. Con su discurso emotivo, esa nueva religión llegaba directa al corazón. Con ella, el lenguaje empezó a adquirir una insólita dimensión como instrumento para infundir miedo en el corazón de hombres y mujeres. El lenguaje cristiano sirvió no solamente para transmitir un mensaje sino para representar imágenes, despertar sensaciones y hacer a sus oyentes protagonistas del discurso. En todo ello jugó un papel importantísimo la

ambigüedad, que permitía a todos sentirse identificados. De ahí el poder de fascinación que despertaban los sermones y las parábolas; a través de su misterio y de sus metáforas, todos se sentían involucrados en un mensaje que no comprendían del todo, pero que escuchaban con respeto. Con la nueva religión la palabra no era sólo palabra. Era imagen y representación. Eran divinas palabras. La idea del mal ya no se expresaba con la palabra maldad, sino con la imagen de la serpiente avanzando a escondidas, o con hombres aterrorizados cayendo al abismo. Y la idea del bien quedaba enaltecida por el ojo de Dios que todo lo ve. Pero Dios ve lo que hacemos bien, igual que ve lo que hacemos mal: he aquí su ambigüedad para decir, sin decirlo, que nuestra vida está en sus manos.

Y las leyes del emperador ya no eran solamente leyes; eran explicaciones razonadas de la necesidad del castigo. Así, por ejemplo, una ley explicaba por qué alguien acusado de hacer falsas promesas debía ser castigado a morir a fuego lento (este peculiar castigo se correspondía con su delito: en latín, hacer falsas promesas se dice *venire fumum* «vender humo»; quien vende humo, a fuego muere). El castigo para quien firmase documentos falsos tenía que ser amputación de dedos. Sin embargo, quien se atrevía a maldecir al emperador no recibía pena alguna; pues alguien capaz de tamaña locura no era culpable de delito sino indiscutiblemente un loco. Estas son algunas de las leyes que nos sorprenden cuando esperamos encontrar clemencia, piedad, bondad, y tantas otras virtudes que han sido atribuidas por autores cristianos a la figura de su emperador.

«Con este signo vencerás», eran las palabras que según Constantino acompañaban a la misteriosa cruz la noche antes de la batalla, y que en efecto le dieron la victoria sobre Majencio. Pero no eran simplemente palabras, y eso lo sabía bien Constantino. Detrás de ellas, había toda una

historia de seducción que elaboró con gran astucia Constantino con ayuda de los obispos. La palabra empezó a ser ambiguo juego de persuasión: el primer paso hacia la conquista del poder. Un poder que llegó a ser inmenso sin que nadie lo notara. El silencio, fue su mejor aliado.

Que las mujeres se callen y actúen en silencio ayudando a la Iglesia..., he aquí un principio infalible y sabio del que solamente se decía la primera parte. No conviene que las mujeres hablen en la asamblea..., cosas así recomendaba San Pablo. Pero sí que actúen movidas por su natural sentimiento de la caridad. ¡Qué útiles han sido para la Iglesia las mujeres! Todas ellas sin excepción: las buenas, las malas, las piadosas, las pecadoras, las pobres y las ricas. La mujer ha sido despreciada por ser causa de pecado y de la tentación de la carne. La Iglesia desprecia la inteligencia, y por eso sigue explicando sin ruborizarse cómo fueron expulsados del paraíso Adán y Eva; no dice, claro está, que lo que deseaban Adán y Eva era probar del árbol del conocimiento. San Pablo instituyó el odio al cuerpo, y a partir de ahí se elaboró la religión cristiana que es la religión del antihedonismo. El cristianismo exige sumisión y obediencia, únicos pilares capaces de sostener un discurso basado en la sinrazón. He aquí el verdadero significado de la fe, cuya etimología remite a la actitud de fiarse de la palabra de otro que te repite sermones. De las viudas procedían las mayores riquezas donadas a la Iglesia. Con donativos y abundantes limosnas sentían las mujeres el regocijo de ver salvadas sus almas pecaminosas. La culpabilidad del pecado fue en el siglo IV y durante muchos siglos un recurso muy rentable para las arcas de la Iglesia. Y el demonio fue la invención más fabulosa que pudo hacer la Iglesia para ganar adeptos a la nueva fe.

La tentación del demonio hacía maravillas. El temor a ese demonio es lo que ha concedido durante siglos grandes

victorias a la Iglesia. En tiempos de Constantino, los mayores demonios se identificaban con el sexo y sus múltiples perversiones. La homosexualidad era el anatema por excelencia y el terror de obispos y después de cardenales. En pleno siglo xx, a finales de los años ochenta, el cardenal Ratzinger (Papa Benedicto XVI) promovió la excomunión a un escritor por haberse atrevido a hablar en público acerca de los homosexuales y sus conflictos con la Iglesia. Esos pervertidos de Satanás —decía Ratzinger— son una desviación de la naturaleza (tal postura no sorprende en un Papa que, después de todo, ha elegido su nombre para continuar la obra de Benedicto XV, el Papa que prohibió el tango).

Ante tal declaración del Papa reaccionaron los homosexuales lamentando que hubiesen sido creados por un Dios sádico que les hizo distintos de los demás. Obispos, monjes, mujeres, y pobres. He aquí los protagonistas de la escena del siglo iv. Todos juntos, y con una organización que llegó a ser casi perfecta, elaboraron una retórica de ficción que llenó de contenido palabras hasta entonces desconocidas: gloria, fe, condena, pecado, eternidad, intolerancia.

Constantino empezó a representar su obra un día de octubre del año 312, y el escenario de enfrentamientos sigue aún abierto. Los personajes de entonces siguen siendo protagonistas en la Iglesia del siglo xxi. Y las palabras que entonces eran desconocidas están hoy llenas de significado por obra de los actores que siguen representando una obra que tiene ya dos mil años.

Constantino fue, sin duda, el más grande actor de la historia. Y la Iglesia, su obra más duradera.

1. CONSTANTINO Y SU ÉPOCA

Constantino fue un personaje singular, como lo fue también su madre Helena, una moza de taberna que sedujo a Constancio, entonces oficial del ejército, en uno de los viajes que éste hacía habitualmente en sus campañas militares. Siendo una rubia adolescente de muy buen ver, Helena no se opuso a los encantos del apuesto oficial, y a los nueve meses nació Constantino, en torno al año 273 d. C., en un lugar de la antigua Yugoslavia llamado Naissus. Fue hijo bastardo, pues sus padres nunca se casaron.

Madre e hijo tenían en común una ilimitada ambición. Helena pasó a formar parte de la casa imperial, y recibió el título de Augusta. En cuanto a Constantino, no encontró límites para alcanzar su objetivo de reinar sobre la totalidad del Imperio.

Helena, feliz de que su hijo hubiera abandonado el paganismo, le aconsejó que abrazara el judaísmo. Para no contrariar a su madre, Constantino organizó un espectáculo peculiar.

Doce rabinos y el Papa Silvestre se colocaron en torno a Constantino y a su madre Helena. En el centro, dos jueces paganos. Los rabinos iban a demostrar cómo podrían hacer morir un buey susurrándole al oído el nombre de Jehová. Cuando le tocó el turno al Papa Silvestre, lo que hizo fue pronunciar el nombre de Jesucristo y el buey volvió a la vida.

Ante tal maravilla, Helena abrazó inmediatamente la fe cristiana. Decidió peregrinar hasta Tierra Santa en busca de

la Cruz que era el símbolo de la fe cristiana, rompiendo así la tradición de que las mujeres honradas no salían de casa sin su marido. «A quien anda entre humos se le irritan los ojos», dijo un filósofo a otra mujer que también quiso ir a Tierra Santa. «¿No sabes que eres mujer, y que por eso eres más débil y no puedes viajar sola?» Pero ya era tarde para estos razonamientos que los filósofos planteaban a las mujeres inquietas del siglo IV.

La personalidad de Constantino sigue despertando hoy el mismo interés que despertó en sus biógrafos de la época, y no cesa la polémica entre sus defensores y detractores.

Siendo la religión el tema que gira en torno a Constantino, es fácil comprender que se hayan escrito sobre él biografías dispares, y siempre apasionadas. Más que como personaje histórico, Constantino es visto por algunos como defensor de la fe cristiana. Y esto conlleva sus riesgos a la hora de analizar su figura.

Hay quien ve en la conversión del emperador un interés meramente político. Hay sin embargo quien reconoce sinceridad en sus gestos hacia la Iglesia. Y hay también quien le atribuye una piedad extrema, cercana a la santidad. Sea como fuere, Constantino fue el último emperador que mantuvo unificado el Imperio romano y puso las bases para perpetuar su existencia durante mil años más en Oriente. Y este hecho irrefutable indica, como mínimo, que tuvo que recurrir a cuantas estrategias tuvo a su alcance para hacer frente a la difícil situación de la época que le tocó vivir.

Constantino es sin duda el protagonista del siglo IV de nuestra era, que corresponde a la Antigüedad tardía, llamada también Bajo Imperio Romano, un período de la historia que resulta fascinante por muchas razones. Entre ellas, porque emergen nuevos protagonistas en el escenario social y religioso cercanos al emperador, y que ejercen su influencia a través de un lenguaje nuevo con alta

temperatura emocional cuyo objetivo es persuadir más que imponer. En tiempos de Constantino, la retórica adquirió una importancia enorme, como es propio de los períodos de grandes cambios. Este emperador resulta apasionante por tres razones fundamentales:

1. Es el primer emperador que apoya el cristianismo.
2. Funda Constantinopla, nueva capital del Imperio bizantino.
3. Incorpora nuevos protagonistas en la vida social, política y religiosa del Imperio; esto es, obispos, monjes, y mujeres.

El entorno familiar de Constantino estuvo rodeado de intrigas en las que no faltó la ambición. Hubo asesinatos que tuvieron que ver con dos mujeres muy cercanas al emperador: su madre Helena, y Fausta, su segunda esposa. Helena llenó de rumores y sospechas la *cabeza* de Constantino, y el resultado fue que éste mandó ejecutar a su propio hijo Crispo, sin saber muy bien por qué razón. Parece ser que Helena le informó de infidelidades de su hijo con Fausta, la entonces segunda esposa del emperador. Sin embargo, más tarde y cuando ya no hubo remedio, Constantino se arrepintió de haber matado a su hijo.

Durante su reinado, este emperador mandó aplicar castigos crueles que ya habían sido suprimidos por anteriores emperadores. A pesar de ello, Constantino ha pasado a la historia como emperador clemente, y distinguido del resto mediante el apodo *El Grande*. Constantino, además, presidió el primer concilio de obispos sin estar siquiera bautizado (eso lo dejó para el último momento de su vida, quizás para no caer en la tentación de cometer algún pecado mortal). Las ejecuciones que él mandó realizar en su propio entorno familiar no

ensombrecieron, a pesar de todo, la fama de hombre piadoso que mereció entre los autores cristianos.

Cristianismo y paganismo, fe y superstición, pecado y delito, ley y moral. He aquí algunos de los binomios que compartieron escenario en una época difícil que le tocó vivir a Constantino, primer emperador que otorgó libertad religiosa a los súbditos del Imperio. Ningún emperador ha despertado mayor controversia que Constantino. Muchos escritores manifestaron sentimientos opuestos en torno al emperador «indiferente religioso», «calculador político», «iluminado», «humilde siervo de Dios con pasión de guerrero». Pero no se puede negar que fue un político universal. Y como tal, embajador excelente que supo hacer uso de una extrema habilidad para conseguir sus objetivos en todos los frentes.

Hombres y mujeres, obispos y clérigos, todos ellos formaban parte de un escenario cuyos actores, el Estado y la Iglesia, eran difíciles de dirigir. Pero la habilidad de Constantino era tal, que de él se dijo que fue capaz de sacar dinero incluso a los dioses.

Antes de Constantino, Diocleciano

No podemos hablar de Constantino sin referirnos antes a Diocleciano, su predecesor. A estos dos emperadores debemos las profundas reformas que salvaron a Roma de la anarquía. Ambos fijaron las pautas para fundar un Imperio nuevo, y tuvieron la fortuna de permanecer mucho tiempo en el poder. Diocleciano gobernó durante veinte años, y Constantino más de treinta. Esta circunstancia propició a su obra el carácter estable que le había faltado a los emperadores anteriores, que duraban en el poder el tiempo

que decidieran los soldados. Sin Diocleciano no hubiera habido Constantino.

Diocleciano y Constantino tuvieron varias cosas en común: ambos eran ilirios, soldados, administradores e innovadores. Y, por encima de todo, ambos respondían al tipo de hombre duro que el Imperio necesitaba en un momento de crisis. Las virtudes del «emperador filósofo» que habían sido tan admiradas años antes en la persona de Marco Aurelio requerían ahora un cambio de imagen. No había tiempo para escuchar la voz interior a la que tanto caso hizo Marco Aurelio. Ahora hacía falta actuar, y hacerlo con firmeza. Roma necesitaba emperadores con mano de hierro. Rostro serio, ojos grandes, cuello grueso, gran maxilar, y fuerte temperamento eran rasgos que compartían los emperadores que sucedieron a Marco Aurelio. Retratos, monedas, bustos, pinturas, todos mostraban una imagen tan similar de los emperadores que resultaba difícil distinguir uno de otro.

Ahora bien, no bastaba con ser un tipo duro. El emperador tenía que ser grande. Y además, parecerlo. Tenía que satisfacer las necesidades de su pueblo, que eran tan grandes como los problemas que afligían al Imperio desde mediados del siglo III. «La Tierra entera suda», afirmó en una ocasión Constantino en presencia de los obispos. Y es que en los siglos III y IV empezaron a ser necesarias otras cosas que no eran los discursos políticos y las victorias militares. Eran necesarias las profecías, portadoras de esperanza y capaces de desterrar el miedo y la angustia que afligía a los ciudadanos. Se dio un primer paso que repercutió en una nueva forma de representación imperial. El entorno del emperador alcanzó el grado de divino y sacrosanto. Todo en la corte era colosal, magnífico, ceremonioso, distante, misterioso. Para afrontar el peligro que acechaba al Imperio

era necesario alguien que fuese más divino que humano. Y he aquí cómo entró en escena el emperador Diocleciano.

Aurelio Valerio Diocles, a los treinta años de edad, era jefe de un cuerpo especial que acompañaba al emperador en sus desplazamientos. El 17 de noviembre del 284, fue elegido emperador del modo que venía siendo habitual desde hacía mucho tiempo. Los altos oficiales llegaban a un acuerdo sobre la persona del emperador; y una vez resueltos los últimos detalles, lo presentaban ante el ejército para que confirmara su elección por aclamación. Cuando fue nombrado emperador, se hizo llamar Diocleciano.

Su primer objetivo era restablecer la unidad y el orden. Para este emperador, más urgente que la seguridad militar era poner fin a la rápida sucesión de emperadores, que morían casi todos asesinados a manos del ejército. Diocleciano, que fue el sucesor de Caro (quien también murió asesinado), se propuso dar estabilidad al poder. Pronto demostró que no le gustaba perder el tiempo con teorías, sino que era realista y práctico. Desde el principio de su reinado, se enfrentó a difíciles tareas militares que le obligaron a tomar a unos colegas.

El reino de Diocleciano abarcaba zonas de Oriente y Occidente siempre en conflicto. Roma había dejado de ser la sede imperial, de modo que el Imperio no tenía fronteras bien definidas ni un centro propiamente dicho. Además, Diocleciano no tenía hijos de los cuales echar mano. Así que recurrió a Maximiano como primera medida. Unos ataques bárbaros en la frontera del Rin y los saqueos ocasionados en la Galia por salteadores —los bagaudas—, fueron la primera prueba que tuvo que pasar Maximiano, un soldado de mano dura que acabó enseguida con ambos peligros. La medida de Diocleciano resultó, por lo tanto, un éxito. Del título de César que había concedido al principio a Maximiano pasó a llamarlo Augusto, pero añadió un epíteto significativo que

evitase cualquier tentación de propasarse en su categoría. Diocleciano se dio a sí mismo el sobrenombre de *deiovius* (es decir, protegido por Júpiter), y a Maximiano le dio el sobrenombre de *Herculius*. El primero se reconocía delegado exclusivo de la soberanía de Júpiter. El segundo, sólo del poder de Hércules, hijo de Júpiter. Diocleciano conservaba evidentemente la supremacía.

Para ayudar a Maximiano en las situaciones difíciles, Diocleciano le reforzó con un César, que fue Constancio Cloro, un militar escogido por su único mérito militar. Y para sí mismo, Diocleciano escogió como César a Galerio. Ambos césares se convertían así en supuestos sucesores del emperador; su designación debía servir para evitar la aparición de usurpadores.

Este sistema de reparto de poder, conocido como Tetrarquía, fue la enérgica respuesta de Diocleciano a la alborotada situación del siglo III. Bajo el gobierno de Diocleciano, el Imperio atravesó una etapa de recuperación, consolidación y cambios sociales y administrativos de gran importancia.

El nuevo emperador había instaurado un nuevo modelo de familia imperial, familia ficticia pero cuyos miembros estaban estrechamente vinculados entre sí. Diocleciano era «hermano» de Maximiano, «padre» de Galerio y «tío» de Constancio. Los artistas de la época expresan la idea de pertenencia a una misma familia por la semejanza de las facciones y de los rasgos. En la estatua de pórfido labrado en San Marcos de Venecia se puede ver a los tetrarcas con uniforme militar, abrazándose unos a otros. Se diferencian los augustos de los césares solamente por la barba, que indica una mayor edad. Con la formación de esta Tetrarquía, la sucesión se regulaba de antemano, fijándose un plazo determinado para la abdicación de los augustos.

Cada uno de los cuatro tenía asignado un ámbito de poder, si bien los césares quedaban básicamente subordinados a los dos emperadores. La nueva organización del territorio no significaba una partición del Imperio. El reparto de las cuatro áreas era como sigue:

- Diocleciano conservaba Oriente.
- Su César, Galerio, las provincias del Danubio desde la Nórica hasta la desembocadura del Danubio.
- Maximiano gobernaba Italia, África e Hispania.
- Su César, Constancio, Galia y Britania.

Paralelamente a esta distribución puramente terrenal, la Tetrarquía experimentó también una estructuración divina: junto a Júpiter y Hércules figuraban el Sol y Marte como divinidades protectoras de Constancio y Galerio.

Testimonios de la época ensalzan la unidad y la concordia del nuevo sistema tetrárquico: *Cuatro gobernantes del mundo valientes, sabios, gentiles, generosos, respetuosos del Senado, amigos del pueblo, reverenciados, fieles, piadosos* (SHAVita Cari 18).

Esta propaganda deja traslucir la fragilidad del nuevo acuerdo, pues no descansaba en nada sólido que no fuera el consentimiento. La propaganda, y el aura religiosa que se invocaba para la Tetrarquía, contribuyó sin duda a impresionar a sus súbditos, pero era en realidad el éxito militar y político el que confería legitimidad. Ayudó mucho a Diocleciano el respeto que sentían sus súbditos hacia los dioses, y como los emperadores se investían de los dioses tradicionales y unían esta imagen de sí mismos con la pretensión de ser los únicos responsables de regular la comunicación con los dioses y mantener en orden las relaciones religiosas, su poder era unánimemente aceptado.

En definitiva, los nuevos gobernantes eran aceptados como garantes de la prosperidad del Imperio, pues ellos mantenían el orden religioso tradicional. Por consiguiente, cualquier nueva religión que atacara la vieja religión sería perseguida.

Diocleciano tenía dos objetivos claros: reforzar el ejército y controlar la inflación. Se había propuesto convertir al ejército en una fuerza capaz de defender la seguridad del Imperio, para lo cual aumentó el número de legiones. Fortaleció las fronteras construyendo fuertes, reforzando las barreras naturales y estableciendo rutas militares desde Britania en el Oeste hasta la llamada *Strata Diocletiana* en el Este, una vía que discurría desde el Mar Rojo a Dura, en el Eufrates.

Uno de los problemas más graves en relación con el ejército era el del aprovisionamiento y las soldadas. A causa del colapso producido en la acuñación de plata, que se utilizaba para el pago de impuestos y de los salarios de los soldados, hubo que pagar al ejército mediante requisas en especie. Pero pronto se hizo notar el problema de organización en esas condiciones. Diocleciano introdujo entonces un nuevo sistema fiscal en especie, sobre las *capita* —cabezas, de cuya palabra procede el impuesto de capitación—, y la tierra. Lo que debía pagarse tenía que guardar relación con lo que se producía localmente. El otro gran problema a solucionar era la incesante inflación y la escasez de oro y plata en el Tesoro, que Diocleciano trató de solucionar exigiendo a los ricos el cambio de metales preciosos por bronce. Pero ello no mejoró la situación. Los precios continuaron subiendo de un modo imparable, y hubo que tomar medidas. Diocleciano intentó fijar los precios máximos con un decreto imperial, el llamado *Edicto de precios*, del año 301. Pero el resultado no fue el esperado, a pesar de la severas penas impuestas.

Con el fin de conseguir un control gubernamental de los aspectos fiscales, legales y administrativos de la gestión del Imperio, Diocleciano organizó los gobiernos provinciales. Se separó el mando civil y militar, y cada una de las provincias tuvo un comandante militar y un gobernador civil.

El sistema de gobierno provincial exigía un elevado número de funcionarios para gestionarlo. A ello había que añadir los oficiales financieros, el séquito imperial, los funcionarios eunucos de la cámara del emperador, y el secretario imperial. A los funcionarios se les consideraba miembros de una *militia* y recibían paga y raciones militares, lo que convertía el servicio imperial en algo muy deseable. El gobierno tuvo que idear un equilibrio que garantizase el reclutamiento de personal necesario para el servicio imperial a la vez que se aseguraba de que siguiera habiendo un número suficiente de contribuyentes. La complejidad del sistema administrativo mantenía un difícil equilibrio entre la burocracia y el patrocínio. Con ironía se ha dicho que en el Bajo Imperio romano había más bocas para alimentar que manos para trabajar. Cada tetrarca tenía sus propios funcionarios, su propia guardia imperial y su propia corte.

En cuanto al ceremonial, Diocleciano exigió el ritual de la *adoratio*, que consistía en arrodillarse ante él y besar una puntita de su capa de color púrpura (de ahí, la expresión *adorare purpuram*), e importó el ceremonial de la corte y los títulos de la Persia sasánida. Este gesto de la *adoratio* comportaba además un beneficio no declarado: al evitar el contacto físico, ahorrraba algún que otro asesinato (Constantino, muy pronto se declaró amantísimo de esta parafernalia que mantenía alejado de su divino cuerpo a todo el que se acercara a él).

El emperador vestía hermosas ropas y vivía en una reclusión oriental. Era llamado *dominus* «señor», y todo lo referido al emperador tenía la categoría de divino o sagrado.

El 23 de febrero del 303 la iglesia de Nicomedia fue destruida por una facción oficial. Al día siguiente, Diocleciano ordenó la destrucción de las iglesias y la quema de las Escrituras sagradas; los cristianos que ostentaran cargos públicos fueron despojados de su rango. Mandó que se encarcelase a los obispos y se les obligara a ofrecer sacrificios a los dioses.

«No existe más que un Dios» era la fórmula de los cristianos, lo que implicaba la negación de la libertad para elegir a otros dioses. Así que el conflicto con los emperadores de la Tetrarquía estaba anunciado, e iba a desembocar en la primera persecución real contra los cristianos.

La persecución se llevó a cabo de manera muy desigual: Maximiano y Constancio mostraron poco entusiasmo por esta política en Occidente. Pero lo cierto es que muchos obispos y miembros del clero fueron encarcelados y torturados en Oriente. La persecución causó una profunda impresión en los cristianos de la época.

Existía desde tiempos de Augusto la costumbre de celebrar los aniversarios cada diez años, los llamados Decenales. Siguiendo con esta tradición, Diocleciano organizó la celebración de su fiestas Vicenales, es decir, de sus veinte años de reinado. El 20 de noviembre de 303 celebró una ceremonia especialmente solemne. En esta ocasión, y de manera excepcional, los cuatro Príncipes iban a encontrarse juntos en Roma. Se alzó sobre el Foro una basa conmemorando los Vicenales de los augustos y los Decenales de los césares.

Ese día, en el cual Roma recuperó su esplendor de metrópoli del mundo, se anunció una gran noticia: los augustos abdicarían en un determinado plazo y serían reemplazados entonces por los césares que, convertidos en augustos, designarían dos nuevos césares. Esta medida fue

aplicada en 305, veinte años después de la subida al trono de Diocleciano.

Este sistema de renovación solucionó el problema de la sucesión al trono imperial, para el que no había encontrado solución Augusto. Diocleciano introdujo la elección del César por méritos militares, quien una vez legitimada su posición se convertiría automáticamente en Augusto cuando éste cesara en sus funciones. El 1 de mayo de 305 Diocleciano abdicó como estaba previsto, en Nicomedia, en presencia del César Galerio, quien se convirtió en Augusto. El mismo día, en Milán, Maximiano hizo lo mismo, en presencia de Constancio, que se convirtió también en Augusto.

Diocleciano presentó a su nuevo César, Maximiano Daya. Y en Milán, Severo fue elegido César del mismo modo. Diocleciano y Maximiano se retiraron como Augustos honorarios, cada uno a su lugar de retiro: el primero a Split en la costa dálmata, donde se había hecho construir un palacio que aún se conserva; y Maximiano se retiró a Lucania a una de sus fincas. El sistema no presentaba problemas de momento. Hasta que la ambición pudo más que la sensatez.

La existencia de Constantino, primogénito de Constancio y que ahora pasaba a ser Augusto, despertaba de nuevo el recuerdo de la sucesión hereditaria. Constancio demostró sus excelentes cualidades y su lealtad a los emperadores colegas. A pesar de todo, se tomaron medidas para asegurar su lealtad. Fue obligado a separarse de Helena —con quien Constancio había tenido a su hijo Constantino— y a casarse con Teodora (hija de Maximiano).

El 25 de julio de 306 murió Constancio. El César Galerio se convirtió en Augusto, que se apresuró a nombrar, a título de Augusto, a Severo para Occidente. Pero en York el ejército prefería a Constantino, al cual nombró Augusto. Y aquí empezaron los conflictos. La situación fue tan caótica que

llegó a haber cuatro augustos y dos césares, enfrentados por la ambición. Se iban resolviendo los choques frontales gracias a que alguno moría en el momento adecuado. Y en 311 existían cuatro emperadores muy alejados ya del sentido de unidad que tanto había perseguido Diocleciano.

Eran:

- MAXIMINO DAYA, en Asia Menor, Siria y Egipto.
- LICINIO, en Iliria y en los Balcanes.
- CONSTANTINO, en Galia, España y Bretaña.
- MAJENCIO, en Italia y África.

Como se puede ver, el Imperio había perdido su unidad. Y la Tetrarquía ya no se parecía en nada a lo que fue en su origen. Diocleciano no tuvo herederos directos y la Tetrarquía apenas sobrevivió a su retiro. Constantino sucedió en el año 306 a su padre Constancio Cloro. Se aseguró su posición como augusto en el 307 por medio de una alianza con Maximiano y pronto se dedicó a preparar la eliminación de sus rivales. Constantino entró en la escena política como un hombre que jamás conoció la duda. Decía estar guiado por una estrella, y en ella se amparaba para todas sus decisiones. Seguramente fue una estrella la que le dijo que se pusiera en camino inmediatamente para estar junto a su padre, que estaba muriendo. Y Constantino llegó a tiempo. No de evitar la muerte de su padre, pero sí de conseguir que las tropas le nombraran sucesor, lo cual no estaba previsto según los cálculos de Diocleciano.

2. EL ENTORNO DE CONSTANTINO

Constancio no se llegó a casar con Helena, de modo que Constantino fue hijo bastardo. Sumando los seis hijos que Constancio tuvo después con su esposa Teodora, se eleva a siete el número de hijos atribuidos a este emperador, a quien los bizantinos dieron más tarde el sobrenombre de *Cloro* «El Pálido».

Cuando Constancio se casó con Teodora, Helena desapareció de la escena y no se supo de ella hasta treinta años después. No fue el origen humilde de Helena ni su mala reputación la causa por la que Constantino cayó en descrédito, sino su origen ilegítimo. Constantino era un bastardo, y este hecho fue el que destacó más tarde Juliano para defender que le correspondía a él ser el heredero de Constancio, por ser hijo de Julio Constancio, hijo legítimo de Constancio Cloro y Basilina, su segunda esposa.

Constantino tendría unos veinte años cuando su padre fue llamado por Diocleciano para unirse a Maximiano en la Tetrarquía. Y fue con Teodora, hijastra de Maximiano, con quien casó Constancio Cloro. Aunque Constantino se formara en el palacio de Nicomedia al mismo tiempo que su padre, el hijo recibió una educación al margen del padre. El sistema de Tetrarquía se basaba en una sucesión electiva y no hereditaria. Por esta razón, Diocleciano quiso evitar cualquier tentación por parte de Constancio Cloro, aunque su precaución fue en vano tal como demostraron los hechos ocurridos posteriormente.

La Tetrarquía como gobierno de cuatro pronto empezó a fallar, porque no todos los augustos estaban dispuestos a abandonar el poder como sí lo había estado su fundador. Otra causa de este fracaso estribaba en que algunos augustos tenían hijos, los cuales eran más partidarios de la vía de sucesión dinástica que de un procedimiento que debía considerar quién era el mejor del Imperio.

La elección de los mejores no encontró tampoco eco en las tropas, que apostaban más bien por la continuidad de la tradición familiar. Desde el punto de vista de las premisas del sistema de Diocleciano, el ascenso de Constantino era una usurpación. Pero Constantino, siguiendo una tradición de muchos siglos, dispuso que su padre fuese acogido entre los dioses. Mientras ardía el cadáver en la pira, un águila se elevó por los aires —nada excepcional a nuestro entender—, lo cual simbolizaba la ascensión del difunto al cielo. Constancio era, pues, un dios, y Constantino hijo de un dios.

En las disputas por el poder que siguieron a la usurpación * de Constantino hubo todo tipo de pactos, pero Constantino demostró superar a sus adversarios en astucia, rapidez, y sobre todo en la seguridad de que iba a vencer.

Con la muerte de Constancio Cloro, Galerio se convertía automáticamente en el augusto de más rango, y Severo ascendía a augusto. Constantino pidió a Galerio que lo aceptase como corregente. Y con el fin de mantener al menos los restos de la Tetrarquía, Galerio reconoció a Constantino como César de Severo. Pero esta situación duró pocos meses. Cuando Galerio quiso reducir el contingente de soldados al servicio del emperador, los soldados se rebelaron y proclamaron augusto a Majencio en octubre de 306; como hijo del antiguo augusto Maximiano y esposo de una hija de Galerio, Majencio tenía la misma legitimación que Constantino. Con esta situación, el sistema de Diocleciano se desmoronaba definitivamente. Galerio hizo

declarar a Majencio enemigo de la patria, y Severo se comprometió a aniquilarlo, pero fracasó. Severo fue hecho prisionero y acabó estrangulado.

A finales del 307, Maximiano, que había vuelto a aparecer en escena, se encontró con Constantino en su capital, Tréveris. Le entregó a su hija Fausta como esposa, y lo proclamó augusto. Se sucedieron a continuación tres años de caos y de luchas que acabaron con el nuevo nombramiento de Maximiano como emperador. Ante esta noticia, Constantino le obligó a renunciar; poco después, Maximiano apareció ahorcado. Para liberar a Constantino de toda culpa, un escritor de la época dio una versión muy peculiar de lo sucedido. Decía así:

Maximiano promete a su hija Fausta un marido mucho más digno que Constantino si ella deja el dormitorio abierto para que pudiese asesinarlo por la noche. Una vez que Fausta relata esto a su marido, deciden ambos tender en la cama a un eunuco en lugar de Constantino, puesto que desean tener la prueba palpable de la culpabilidad de Maximiano. El viejo emperador entra por la noche en el dormitorio contando a los guardianes que ha tenido una visión en ese mismo instante, y les dice que tiene que contársela inmediatamente a Constantino. Maximiano consigue entrar, y mata al eunuco. Enseguida celebra su hazaña con grandes gritos, y en ese instante aparece quien él suponía haber eliminado. Constantino concede al asesino escoger el modo en que quiere morir, y Maximiano se ahorca. Constantino declaró al muerto «enemigo del Estado», y se desmarcó de la ideología sucesoria de la Tetrarquía. Movidó por su sentido práctico y su ambición, rompió con el sistema heredado de Diocleciano: rechazó la protección de Júpiter y de Hércules, y adoptó la mística solar que le vinculaba con Claudio Gótico, emperador divinizado (268-270), con el fin de defenderse de las acusaciones de

ser un usurpador. En las monedas de Constantino, Marte fue sustituido por el Sol Invictus (el dios-sol), con quien se identificaba a Apolo.

Constantino se enfrentó a Majencio, que fue quien provocó la guerra contra Constantino destruyendo las estatuas del emperador en Roma y en las ciudades de Italia. El plan de Majencio era llegar hasta Verona, pero no lo consiguió. Cruzó los Alpes y descendió hacia Susa, lo cual consiguió con éxito; pero no así el resto, porque Constantino actuó primero: quemó las puertas de entrada, escaló los muros con enormes escaleras y enseguida capturó la ciudad. Constantino impidió el saqueo y extinguió el fuego, con lo cual instó a otras ciudades a rendirse.

Avanzando hacia Turín, se encontró con un formidable ejército, y con los clibanarios, tipo de caballería pesada que los romanos habían adoptado de los persas y aparentemente les resultaba poco familiar a las tropas galas. Sin embargo, Constantino conocía la táctica para enfrentarse a ellos.

Colocó a sus hombres de tal manera, que esperó a que la caballería de los clibanarios quedase sin posibilidad de movimiento; entonces les rodearon y les apalearon con garrotes. Esta maniobra resultó un éxito, y los hombres de Constantino avanzaron y acabaron con los pocos que oponían resistencia; éstos dieron la vuelta atrás hacia Turín, y encontraron sus puertas cerradas. Se produjo una terrible matanza, después de la cual Turín abrió sus puertas al vencedor. A continuación Milán se rindió y tras permanecer allí unos días Constantino siguió avanzando, derrotó a la caballería enemiga en Brescia, y llegó a Verona. En Verona estaba concentrado un gran ejército bajo el mando de Ruricio Pompeyano, prefecto de Majencio y soldado experimentado.

Su posición era extremadamente segura, ya que la ciudad estaba rodeada al norte, este y sur por el Adige, y por

el oeste, estaba protegida por formidables fortificaciones. Constantino decidió cruzar el Adige con el fin de rodear la ciudad. Ruricio envió enseguida un destacamento para acabar con los enemigos, pero éstos fueron derrotados, y entonces Constantino rodeó la ciudad. Ruricio fue en busca de refuerzos, y regresó con un numeroso ejército para levantar el asedio, pero Constantino persistió en sus ataques y se enfrentó a Ruricio con los pocos hombres que le quedaban. Fue aquél un ataque desesperado, en el cual también luchó el propio Constantino. Ruricio cayó abatido, y su ejército fue destruido. Verona se rindió inmediatamente, entregando un número desorbitado de prisioneros. Se agotaron los grilletes, y hubo que improvisar grilletes hechos con las espadas del ejército abatido. Aquilea y Módena se rindieron. El camino hacia Roma estaba abierto.

Majencio, al ser informado de las sucesivas derrotas de sus tropas en el norte, decidió afrontar el asedio en Roma. Las murallas de Aureliano eran consideradas inexpugnables, él tenía grandes reservas de trigo traído de África, y un gran ejército. Según se iba acercando Constantino, el pueblo se mostraba impaciente, y en las carreras que Majencio celebraba el 26 de octubre con motivo de su próximo aniversario de su ascenso al poder, que sería el 28 de octubre, el pueblo le insultaba abiertamente, gritando que Constantino era invencible.

Majencio empezó a preocuparse, y ordenó a los senadores que custodiaban los Libros Sibilinos que averiguasen qué suerte le esperaba. Los senadores obtuvieron la profecía de que el 28 de octubre «el enemigo de los romanos» moriría. A Majencio, que era supersticioso, le impresionó esta respuesta que él entendió que aludía a la fecha de su ascensión al trono. Tomó la decisión de luchar en su día de suerte y, para hacerlo más favorable todavía, nombró prefecto de la ciudad al mismo hombre que había

sido prefecto cuando él fue proclamado, es decir, Anio Anulino.

En el día señalado se dirigió hacia el norte, cruzando el Tíber por el puente Milvio. Ahí el camino se dividía en dos: hacia el norte estaba la Vía Casia, y hacia el noreste, la Vía Flaminia. Majencio escogió esta última. Cuando hubo avanzado una milla, en un lugar llamado *Saxa Rubra* («La Roca Roja»), a catorce kilómetros de Roma, donde el camino forma un desfiladero entre las colinas a la izquierda y el río a la derecha, se encontró con el paso bloqueado por las tropas de Constantino; vio cómo sus escudos llevaban una extraña señal: una letra I, con una especie de círculo en su parte superior, y una letra X encima de ella. Se detuvo, y mientras dudaba si debía intentar ir hacia el desfiladero, le comunicaron que las tropas de Constantino, que habían avanzado por la Vía Casia, estaban atacando a sus hombres en el Puente Milvio.

Majencio y sus hombres se vieron rodeados por el enemigo, quien les presionaba desde la Vía Casia obligándoles a ir en dirección al río. La batalla se convirtió en una carnicería. Miles de jinetes cayeron al río, y la multitud presa del pánico —entre ellos el propio Majencio— intentó retroceder por el puente. Mientras Majencio cruzaba, fue empujado, y cayó al agua. Así murió el «enemigo de los romanos», tal como había anunciado la profecía.

El día siguiente, 29 de octubre, Constantino entró en Roma celebrando el triunfo. El cuerpo de Majencio fue recuperado de entre el barro del río Tíber, y su cabeza clavada en una lanza para convencer al pueblo de que estaba realmente muerto. Después, fue enviada a África para anunciar a la diócesis su cambio de jefe. El Senado condenó obedientemente la memoria del tirano, y eligió a Constantino Augusto, que se convertía en único dueño de Occidente.

El Senado y el pueblo de Roma erigieron en su honor un arco de triunfo que se inauguró solemnemente en el 315, cuya ubicación era el punto donde empezaba la Vía Sacra, entre el Coliseo, el Palatino y el Foro Romano. El arco lucía la siguiente inscripción:

Al soberano Flavio Constantino, al emperador más grande, piadoso y favorecido por la fortuna, el Senado y el pueblo de Roma le consagran este arco adornado con las insignias de la victoria, porque gracias a la inspiración de la divinidad, gracias a la grandeza de su espíritu y junto con su ejército, ha vengado a la ciudad del tirano en un justo combate.

Merece la pena añadir aquí un dato sobre la «inspiración de la divinidad». Cuando en el siglo XIX el arco fue rodeado de andamios para copiar sus relieves, se pudo ver que la inscripción original era distinta. En lugar de «inspiración de la divinidad», había otra que fue borrada, y que decía: «por la señal del óptimo Júpiter». Este cambio en la identidad del dios demuestra que Constantino no tenía muy clara su conciencia cristiana ni siquiera después de la batalla, pues el arco fue inaugurado en el 315 y la batalla tuvo lugar en el 312. Así que, por lo menos en los años 312-315 parece ser que el emperador era pagano. Majencio sufrió después de su derrota la *damnatio memoriae*; es decir, se prohibió mencionar su nombre, y en adelante se actuó como si no hubiese existido jamás. Cuando había que referirse a él porque no había otro remedio, se utilizaron formas sinónimas que no permitiesen dudar de su naturaleza hostil al pueblo romano. El panegirista que dirigió su discurso a Constantino en el año 313 se encontró con este problema, y lo solucionó utilizando atributos negativos como «ese monstruo», «animal inútil», «esclavo vestido de púrpura»,

«enemigo del Estado». En la inscripción del arco de triunfo se acordó utilizar la palabra «tirano».

En cuanto a la ayuda divina que Constantino recibió para conseguir tal victoria, no se menciona al Dios cristiano, sino la inspiración de una «divinidad», a la cual el emperador demostró agradecimiento inmediato. Su primera obra fue la orden de erigir la basílica de Letrán en los terrenos de unos antiguos cuarteles. Y unos años después, la basílica de San Pedro, que se alzó en el terreno del Vaticano. Las numerosas iglesias que Constantino fundó eran prueba de su fe, que nunca llegaremos a saber si la sintió alguna vez, y eran al mismo tiempo una muestra de su afán de ostentación.

En este arco, Constantino aparece en medio de sus soldados, y está siendo coronado por la diosa Victoria. Le sigue la representación de la batalla en el puente Milvio, y de nuevo Constantino está rodeado por algunos dioses tradicionales: Victoria, Virtus y un dios fluvial. A su lado, aparece el dios Sol, la máxima divinidad mencionada en la inscripción.

Esta victoria sobre Majencio puede considerarse el principio de la lucha por Oriente y por el poder absoluto. En febrero del 313 se reunieron Constantino y su aliado Licinio en Milán, y allí ambos emperadores alcanzaron una serie de convenios, de los que el más reconocido es un acuerdo sobre las religiones. El matrimonio de Licinio con Constancia, hermanastra de Constantino, supuso la ratificación de esta colaboración. Constantino tenía en su poder el territorio que perteneció a Majencio ahora derrotado. Por este motivo, Licinio tenía que recibir una compensación, cosa que podía hacerse sólo perjudicando a Maximino Daya. Así que Constantino rompió los lazos con este último, dejando a Licinio las manos libres en su lucha contra los emperadores de Oriente. Mientras Licinio negociaba con Constantino en Milán, Maximino conquistó Bizancio. Pero a finales de abril,

Licinio había salido a su encuentro y le había vencido cerca de Adrianópolis. Pocos meses después, Maximino se quitaba la vida, y Licinio ordenó eliminar a toda su familia. Así, muerto ya Maximino, Licinio se había convertido en único soberano de Oriente. Y el Imperio quedaba repartido entre los dos emperadores.

Pero Constantino quería más. Entre Constantino y Licinio se produjo un conflicto de ambiciones. Después de una entrevista que tuvieron en Milán, decidieron asociar a sus poderes a tres de sus hijos. Con ello se constataba que ya no existía el espíritu de la Tetrarquía. Ésta defendía la renovación del poder mediante colaboradores, mientras que ahora los príncipes nombraban herederos.

En el año 324 estalló la guerra entre Constantino y Licinio, en la que tal vez tuvo mucho que ver la confrontación religiosa. En esta lucha entre ambos emperadores, Constantino no impuso ningún dios nuevo, pero sí un nuevo estandarte con el fin de dar a sus tropas un impulso renovado: el lábaro. Una lanza dorada y alta llevaba una barra transversal de la que colgaba un paño púrpura de bandera cuadrada, llena de brillantes piedras preciosas y bordada en oro. En el extremo se encontraba el monograma de Cristo, dentro de la corona de laureles: Cristo sustituía al águila del antiguo estandarte, que sería a partir de entonces el fundamento de la esperanza del Estado, tal como decía su inscripción con las palabras latinas *spes publica*.

Constantino partió a luchar contra Licinio con la flota más grande que había movilizado hasta entonces. 200 trirremes y 2000 barcos de transporte con 10.000 marineros anclaban en el Pireo, listos para embarcar a unos 120.000 soldados y 10.000 jinetes. Constantino quería eliminar a Licinio de una vez por todas. En un doble movimiento por tierra y por mar atacó a su colega, que fue vencido en las cercanías de Adrianópolis. Constantino nombró César en Oriente a su hijo

Constancio II. Constantino fue a partir de entonces único soberano del mundo romano.

3. LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO

Constantino era un hombre con mucho coraje y tenacidad. Hombre de frente estrecha pero con fuerte maxilar, según una descripción de alguien que vio en él a un hombre de no excesiva inteligencia.

Sea cierta o no tal descripción, Constantino fue un hombre de acción. Con él se inicia un período de la historia de Roma en el cual los ciudadanos dejan el culto a los dioses y empiezan a reconocer la existencia de un solo Dios. A los ojos de todos, Constantino y su Dios habían vencido. Al lado de este hecho importa poco cómo Constantino entendía personalmente a este dios o lo que realmente creía. Lo verdaderamente importante fue que reconoció en el aliado de la batalla al Dios de los cristianos, cuyo culto había sido legitimado el año anterior por Galerio, en su Edicto de Tolerancia.

Galerio había reconocido al cristianismo como *religión lícita*, es decir, como asociación registrada, cuyos miembros podían reunirse en locales de su propiedad y crear cementerios particulares para ellos. Las condiciones que Galerio había impuesto para autorizar esta religión era que sus miembros no actuaran en contra del orden público y que incluyesen en sus oraciones al emperador y al Imperio. Después de la victoria sobre Majencio, Constantino fue vitoreado como libertador de Roma, como auténtico restaurador de la libertad del pueblo romano y, finalmente, como fundador de la paz y la seguridad pública. Pero el

hecho de que Constantino abrazara la nueva religión no implica que el Cristianismo triunfara en el Imperio bajo su reinado. Simplemente, le dio apoyo legal. El Cristianismo, en realidad, cobra auge a finales del siglo IV, bajo Teodosio, emperador que declara el Cristianismo religión oficial del Imperio romano. Durante siglos se ha puesto en duda la sinceridad de la conversión de Constantino. En cualquier caso, el hecho de su conversión personal es lo que menos importa a la hora de analizar cómo actuó el emperador en una época conflictiva que necesitaba urgentemente la recolocación de piezas en el *puzzle* social, político y religioso que fue el siglo IV.

Grande era por entonces la desesperación en torno al futuro del Imperio, arrasado por guerras civiles e invasiones bárbaras, azotado por impuestos cada vez más sofocantes, y amenazado por el hambre y continuas plagas. El poder del Senado y del ejército había sido siempre enorme, pero a partir de Diocleciano se empezó a necesitar de la ayuda divina para resolver los conflictos terrenales. En el período de la Tetrarquía, Diocleciano había introducido una dimensión nueva del poder político al referirlo a una voluntad divina. Con ello, la protección de un dios resultaba imprescindible para el buen hacer del emperador. De esa protección dependía la gloria del Imperio y de la persona del emperador, manifestada en las victorias militares.

Probablemente Constantino había vivido una infancia de religión monoteísta, que parece haber sido la de su padre. Desplazado en su adolescencia a la corte de Diocleciano en Nicomedia, pudo haber conocido allí la religión cristiana que había penetrado muy cerca de la intimidad familiar del emperador. Después fue testigo de la experiencia de la «gran persecución» en Oriente ordenada por Diocleciano, y de la tolerancia de su padre Constancio en Occidente, donde por supuesto el cristianismo planteaba menos problemas

políticos, ya que estaba poco extendido. Es casi seguro que ocupa Hispania en el año 308 y que, desde entonces, entra en el círculo palatino Osio, obispo de Córdoba, un cristiano sólidamente creyente, muy pragmático y ajeno a las sutilezas teológicas orientales donde se discutían asuntos sobre Cristo y la Trinidad. Este obispo, que estará muy presente a lo largo de toda la vida del emperador, ejerce enorme influencia en las iniciativas que toma Constantino en el ámbito religioso.

En estas condiciones, movido por su ambición política y convencido de su legitimidad por la elección de los generales de Britania y por el reconocimiento —a regañadientes— de los tetrarcas, Constantino emprendió la liberación de Italia contra Majencio, poniéndose bajo la protección de su Dios. No parece sostenible el argumento de quienes afirman que Constantino abrazó la nueva religión atormentado por un sentimiento de culpa a causa del drama familiar del año 326, que deshizo el hogar del emperador con la muerte de su hijo Crispo, y que sigue siendo un misterio susceptible de las interpretaciones más diversas. De un hombre que no conoció la duda porque estaba seguro de estar guiado por una estrella, no cabe esperar tampoco que sintiera remordimiento. Todo cuanto hacía, lo hacía con la protección de su Dios. Y en cualquier caso, no conviene olvidar que el asesinato de su esposa y de su hijo ocurrió doce años después de que él viera la señal de la cruz en el cielo.

Fausta, esposa de Constantino, se sintió celosa de la popularidad de su hijastro, Crispo (el hijo que Constantino había tenido de su primera esposa llamada Minervina). Movida por los celos, Fausta acusó a Crispo de haber intentado seducirla. Helena, madre del emperador, quiso defender a su nieto, y convenció a Constantino de la culpabilidad de Fausta, acusándola de adulterio. El adulterio

era un crimen que cualquier delator podía denunciar. Lo cierto es que Crispo fue ejecutado.

Al poco tiempo, también Fausta fue liquidada con una muerte horrible. Constantino ordenó que Fausta muriera en una bañera llena de agua hirviendo. «Que la saquen cuando no haya duda de que no respira», dijo Constantino dejando a su esposa en el *caldarium* de las termas.

Como consecuencia de estas muertes, parece ser que Helena sintió después remordimientos que no le permitían vivir en paz. Oyó decir que la religión cristiana perdonaba todos los pecados. Y se puso en marcha en peregrinación, sin importarle que Palestina estuviera al otro lado del planeta.

Allí contribuyó a la construcción de grandes iglesias. Murió en loor de multitudes, y ha pasado a la historia como una verdadera santa. Una santa que contribuyó a construir iglesias, y que hizo obras de caridad gracias a ingentes cantidades de dinero que le proporcionaba su hijo, el emperador Constantino.

La razón por la cual se convirtió Constantino interesa poco en realidad. Lo que sí merece atención es el recurso utilizado para explicar dicha conversión. Constantino vio en sueños la señal de un dios que le prometía la victoria sobre su enemigo. Y aunque sea discutible la veracidad de tal señal, no lo es en absoluto la seriedad con que se tomaban entonces los sueños. Constantino fue capaz de convertir la evocación de un sueño en una auténtica revolución. Tratándose de un sueño que tenía que ver con una victoria militar no resultó difícil atraer la atención de los súbditos en un momento político difícil, que solamente una visión sobrenatural sería capaz de resolver. Nadie discutiría lo que procedía de un poder sobrenatural. En el mundo pagano las revelaciones se producían mediante sueños.

Constantino, incluso después de conceder la libertad religiosa, siguió honrando al Sol. En las monedas se podía ver la efigie del emperador con el Sol, pero también circulaban otras con las letras griegas *Xy P* (iniciales de *Christos*) que había visto Constantino en su sueño. Según parece, lo que vio fue una cruz con el monograma de Cristo. Pero esto no es todo. Con sus ojos mirando al cielo, vio estas palabras griegas *Touto nika* «con este signo vencerás». Y aunque nosotros podamos dudar de la verdad o falsedad de este suceso, lo cierto es que Constantino venció sobre su rival Majencio; de modo que importa muy poco si lo que vio fue una visión, o tuvo una alucinación, o se trató más bien de una astuta invención.

En cualquier caso, esas dos letras griegas que vio Constantino mientras levantaba sus ojos al cielo pueden ser las iniciales de otras palabras que nada tienen que ver con Cristo. Por ejemplo, en griego *chrestos* significa «protector», «favorable»; y el verbo *chrao* significa «dar una respuesta divina», «vaticinar», lo cual no supone ninguna novedad en lo que se refiere a la costumbre que tenían los antiguos de consultar a sus dioses y sacerdotes antes de emprender una batalla. La interpretación que siempre se ha dado de que la respuesta divina que tuvo Constantino fue el nombre de Cristo se la debemos, naturalmente, a autores cristianos que vieron en la figura del emperador a un santo, a un vicario de Dios en la tierra.

Emperador astuto, sagaz, ambicioso, Constantino no arriesgó nada. Su ambición le dio resultado, gracias a la protección divina acerca de la cual no tenía que convencer a nadie, puesto que el resultado de la batalla hablaba por sí mismo. La victoria sobre Majencio, seguida de la conquista de Italia y del control de África, es para Constantino una prueba celeste del acierto de su elección. Pero sabía que podría haber problemas en Roma, y se las ingenió para

ganarse la colaboración del Senado. Un apoyo político le sería útil para asegurarse la lealtad de sus nuevos territorios en los próximos años. En el transcurso de la noche anterior a la victoria de Constantino y su entrada en Roma al día siguiente, los senadores se reunieron para analizar la nueva situación política. Aunque muchos habían prestado servicio a las órdenes de Majencio y colaborado con su régimen, podían argumentar que lo hicieron bajo coacción. Por lo demás, algunos senadores pudieron haberse comunicado en secreto con Constantino antes de la batalla del puente Milvio, mientras muchos otros pudieron haberse conocido cuando Diocleciano visitó Roma en 303. Esto pudo ocurrir en el pasado. ¿Qué podría ocurrir en el futuro?

El Senado podía, si quisiera, ofrecer su apoyo a Constantino y fortalecer así su control sobre Italia y África mediante la influencia política que el Senado ejercía en esas áreas. Por supuesto Constantino no se atrevería a gobernar por la fuerza ni por ninguna forma de coacción. No habían pasado muchos meses desde que Licinio parecía ser el destinado a recuperar Italia y reunificarla con el resto del Imperio romano. Constantino fue el nuevo dueño de Italia solamente porque se anticipó a Licinio en una conquista inevitable. Pero pronto se desencadenó la guerra en Oriente entre Licinio y Maximino, cuya alianza con Majencio —ahora ya muerto— se había vuelto en contra de Licinio. Si Maximino venciera, Constantino no le permitiría de ningún modo disfrutar de su botín.

En estas circunstancias, Constantino supo combinar astutamente sentido común y propaganda. Habló en el Senado y anunció un nuevo plan de acción. Todos los reproches recayeron sobre Majencio y sus secuaces. Majencio había pasado a ser el usurpador que tenía a sus órdenes a mercenarios dispuestos a cometer todo tipo de crímenes por su jefe; sin embargo Constantino se

presentaba como verdadero conquistador, con hábiles muestras de clemencia, deseo de paz y rechazo ante lo que supusiera derramamiento de sangre.

Una vez ganada la simpatía necesaria, prohibió todo tipo de venganza contra sus rivales. Incluso protegió a los hombres de Majencio que habían cometido asesinatos obedeciendo órdenes del tirano. Anuló los rescriptos que su rival había puesto en marcha, con la precaución de que se respetasen los que parecían beneficiosos. Y a pesar de que invalidó algunos cargos que Majencio había otorgado a miembros del Senado, tuvo buen cuidado de respetar la categoría de los oficiales que prestaron su servicio al antiguo líder. Mantuvo durante un mes al prefecto de la ciudad a quien Majencio había nombrado el 27 de octubre de 312.

Cuando Constantino anunció su política en la Curia, prometió devolver al Senado su autoridad tradicional y las prerrogativas que hicieron de esta institución un modelo ejemplar del gobierno de Roma. El Senado le respondió con recíproca generosidad. Le nombró miembro señor del colegio imperial, lo cual significaba que Constantino era no solamente Augusto sino Gran Augusto.

¿Qué ganaba el emperador con este nombramiento? En primer lugar, el derecho de elegir a los cónsules. Y sobre todo, la ventaja de poder ocupar el primer puesto en los documentos oficiales. Pronto se dedicaron al nuevo emperador edificios y estatuas. Recibió un escudo y guirnalda de oro como libertador de Italia, y el Senado consagró una estatua de Victoria en su honor dentro de la Curia. La nueva basílica recién construida para Majencio fue dedicada a Constantino, y su interior pronto lo ocupó una inmensa estatua que daba testimonio de los sucesos recientes. En la entrada, Constantino estaba representado en piedra en un tamaño diez veces superior al tamaño real,

con la mirada dirigida al cielo y sosteniendo en la mano el estandarte cristiano, conocido como lábaro. La inscripción de esta estatua hacía explícito su mensaje incluso para los analfabetos: con este signo cristiano Constantino había liberado a Roma del yugo del tirano y devuelto al Senado y al pueblo su antiguo esplendor. Sea cual fuere el nombre de su dios protector, todos sin excepción reconocerían la protección de un dios iluminador; de ahí la presencia de la imagen solar en torno al emperador. El sol a nadie puede ofender.

Estos pequeños detalles, ejemplos extraordinarios de ambigüedad efectiva en los que Constantino era un verdadero experto, iban acompañados de gestos públicos que se hicieron inolvidables para los súbditos del Imperio. Cuando, por ejemplo, Constantino distribuía víveres al pueblo romano, lo hacía en frente de las columnas que el Senado había dedicado en el año 303 para conmemorar los veinte años al poder de Diocleciano y Maximiano, y los diez años de Constancio y Galerio. La elección del lugar obviamente no fue casual. Obedeció a su intención bien encubierta de demostrar al mundo que él era el verdadero sucesor de los tetrarcas.

Ahora bien, Majencio era hijo de Maximiano y cuñado de Constantino, y en 311 Constantino había maldecido la memoria de Maximiano como traidor y asesino. Después de octubre de 312, Constantino sustituyó fríamente propaganda por historia. La esposa de Maximiano juró en público que había concebido a Majencio en adulterio. De este modo, el derrotado tirano era un supuesto hijo de Maximiano, un enano deforme.

Una vez disociados Maximiano y Majencio, el primero pudo ver honrado su nombre: en 318 pasó a ser llamado Divino Maximiano, y apareció junto a Divino Constancio y

Divino Claudio en una moneda acuñada para conmemorar el ascenso de Constantino como el mejor de los emperadores.

A partir de entonces, Constantino fue no solamente jefe del Estado y de la religión del Estado, sino también protector de las artes. Aunque, a decir verdad, tenía fama de no ser especialmente culto.

El emperador fue consecuente con la decisión tomada. Por eso renunció al ascenso al Capitolio en su entrada triunfal en Roma para dar gracias a los dioses paganos, absteniéndose de tomar parte en los sacrificios, y mostrando una creciente generosidad con la Iglesia hasta el punto de poner al servicio de ésta el poder del Imperio. La corte y todo su ceremonial daba muestras de haber acogido la nueva religión. Los obispos se sentaban a comer a la misma mesa que el emperador, y le acompañaban a todas partes. A los tres años de su conversión, monedas de plata confirmaban que Constantino llevaba el monograma cristiano en su casco. Al mismo tiempo, el Sol Invencible seguía apareciendo en las monedas como protector del Imperio. Lejos de representar esta dualidad una duda religiosa, mostraba por el contrario la astucia de Constantino de actuar con precaución y, sobre todo, muy lentamente. Actuó, si se nos permite el símil, como la serpiente que avanza sigilosamente evitando que su presencia perturbe la confianza de su víctima que está muy cerca.

Al año siguiente, Constantino y su colega Licinio redactaron un texto en el cual otorgaban libertad de culto. Con este llamado «edicto de Milán», cambió el rumbo de la historia. Por vez primera, un texto imperial permitía oficialmente la práctica de todas las creencias y cultos. Y con ello empezó una nueva etapa.

Antes de la fecha histórica del año 313, los cristianos no podían tomar parte en el culto imperial, impedidos por su fe que rechazaba cualquier forma de culto que no fuese su

único Dios. Y ello les colocaba en una incómoda posición marginal respecto de la vida pública. La Iglesia llegó a poseer lugares de culto y cementerios, pero en precario. Estuvo siempre sometida a la arbitrariedad de las autoridades que tenían un poder absoluto. La revolución de Constantino consistió, precisamente, en darle la vuelta a esta situación. Y lo hizo con gran habilidad.

El ansia desbordada que había alimentado Constantino por ocupar el trono era similar a su habilidad en saber qué cualidades debía tener un monarca para ganarse la popularidad. Lo primero que hizo fue establecer a favor de los cristianos el principio de tolerancia religiosa. Y se acabaron las persecuciones contra los cristianos.

A continuación, reconoció la personalidad jurídica de la Iglesia, que antes no había llegado a ser nunca reconocida como corporación legalmente establecida. Ordenó restituir a la Iglesia los bienes que le habían sido confiscados, y se extendió a favor del clero el privilegio de exención de impuestos de que gozaban los sacerdotes paganos. Después, mandó lucir signos cristianos en monedas, medallas y estandartes, que mostraban la vinculación del emperador con el Dios de los cristianos, vínculo que equivalía a una señal de identidad. Pero sobre todo dio dinero, ropa, y refugio a los pobres, ayudó a los huérfanos y viudas, si bien esto último provocó desconcierto entre muchos cristianos: concedió dotes a las viudas más pobres para que pudiesen encontrar un segundo esposo. Cumplió, desde luego, escrupulosamente bien con el papel de benefactor. Lo hizo en el ámbito social que tenía más cerca, y también en el político que representaba algo más ambicioso; inauguró una nueva etapa histórica con la fundación de Constantinopla, la nueva Roma, libre de contaminaciones politeístas.

Parece ser que el obispo Osio de Córdoba influyó en todas estas decisiones del emperador, y ayudó a que la fuerza del Estado se pusiera al servicio de la Iglesia. A la entrada triunfal de Constantino en Roma sigue inmediatamente la entrega a la Iglesia de la *domus Faustae*, la casa de Fausta (su esposa a la que mandó matar en una bañera de agua hirviendo).

Estando así las cosas, ¿interesa preguntarse si lo que tuvo Constantino antes de abrazar la nueva religión fue un sueño, o una visión luminosa justo antes de la batalla, o si fue un simple reflejo del sol? No excluyamos la posibilidad de que todo fuese producto de su propia neurosis.

En historia importan los hechos y no las elucubraciones. Y los hechos son que a principios del año 313 vemos a un emperador enviando dinero al obispo de Cartago al tiempo que le ordena conceder beneficios eclesiásticos. Y Osio de Córdoba aparece como acompañante del emperador; mejor dicho, como su consejero espiritual en cuyas manos ha depositado su alma.

El edicto según el cual se otorgó libertad de culto a los súbditos fue de capital importancia para la historia de Roma, del cristianismo y de Occidente. He aquí una pequeña parte del texto:

Hemos decidido otorgar a los cristianos y a los demás la libertad de practicar la religión que prefieran, para que la divinidad que reside en el cielo sea propicia y favorable tanto a nosotros como a todos los que viven bajo nuestro dominio...

Nos pareció que era un sistema muy bueno y muy razonable no negar a ninguno de nuestros súbditos, sea cristiano o pertenezca a otro culto, el derecho de seguir la religión que más le convenga... Dejamos a los cristianos la

libertad total de practicar su culto; y, ya que lo otorgamos a los cristianos, los demás deben tener el mismo derecho. Es digno del siglo en que vivimos, conviene a la tranquilidad de que goza el Imperio que la libertad sea completa para todos nuestros súbditos de adorar al dios que han escogido, y que no se prive a cada culto de los honores que le son debidos».

Este texto fue, sin duda, un texto revolucionario que abrió una nueva etapa de la historia y convirtió al cristianismo en una potencia mundial. Cabe preguntarnos si, de no haber vencido sobre Majencio, se hubiese convertido Constantino a la nueva religión. Posiblemente la conversión le vino impuesta por esta victoria, que además de oportuna, resultó ser de un dramatismo catártico para una época que necesitaba de algún modo una catarsis colectiva. La victoria sobre Majencio reunía todos los ingredientes para pasar a la historia como escenario único capaz de ensalzar las maravillas de la nueva fe.

¿Una derrota ante Majencio hubiese impedido que la nueva fe prosperase? Eso nunca se sabrá. Y, posiblemente, Constantino no tuvo tiempo de hacerse tal pregunta, pues cuando quiso darse cuenta se vio impulsado por la celeridad de los obispos, quienes estaban ya políticamente organizados.

La estructura de la Iglesia en corporaciones mostraba la eficacia de la unidad de la Iglesia. Y esto quizá fuese lo que más gustó al emperador. La unidad de la Iglesia ofrecía un paralelo válido para conseguir la unidad del poder.

Lo que es incuestionable es que la conversión de Constantino dirigió hacia un camino imprevisto la historia de la humanidad.

El emperador, como un molusco cerrado

Toda la parafernalia de la corte tiene su origen en Diocleciano. Pero fue en tiempos de Constantino cuando alcanzó su esplendor.

Bajo el reinado de Diocleciano, la corte funcionaba como estructura de poder central, a través de la cual gobernaban los augustos y los césares. La corte en sí misma no tenía un lugar fijo, pues unas veces estaba en Tréveris, otras en Nicomedia, otras en Constantinopla. Adonde fuere el emperador, allá iba su corte. Todo lo que ocurriera en su interior era secretísimo, y nada trascendía al exterior.

Debemos a Diocleciano cambios sustanciales en la ceremonia de palacio. Sustituyó, como ya hemos dicho, el saludo por la adoración. Es decir, los funcionarios que acudían a la recepción oficial no saludaban, sino que adoraban al emperador mediante la *adoratio purpuram*, que consistía en arrodillarse ante el emperador, quien le ofrecía un extremo de su capa púrpura para que la besaran. No todos los funcionarios conseguían este privilegio, que se convirtió de hecho en el momento culminante de una carrera al servicio del emperador.

La comitiva imperial la formaban los funcionarios de la corte, a quienes dio el título de comités. A dichos comités o «acompañantes» les otorgaba distinto rango social. Uno era cónsul, otro senador, otro gobernador de capital de provincia, dependiendo del grado de proximidad personal al emperador. Constantino consiguió así convertir el trabajo de simple «servicio» en categoría personal muy apreciada incluso por la aristocracia.

La consecuencia de otorgar tantos títulos a los funcionarios de la corte fue una inflación incontrolada. Encontramos al administrador de una provincia, al encargado de los establos imperiales, a los oficinistas, a los contables, etc. Y todos ellos con un honorable título. El conjunto de estos funcionarios formaban el consejo, llamado

«consejo sagrado» o consistorio. El nombre de consistorio se debía a que en presencia del emperador todos permanecían de pie, y sólo el emperador estaba sentado.

La corte del emperador, como centro de mando del poder, era sagrada. Y sus decisiones, sagradas decisiones. Era sagrada su persona, era sagrado el palacio, y todo cuanto rodeaba los actos y las palabras provenientes de la corte. El emperador era como un molusco cerrado, así describió un autor de la época el secretismo en torno a su persona. Del emperador se decía que respondía en forma de oráculos parecidos a los oráculos de los dioses; de modo que si alguien desobedecía cometía sacrilegio.

Con tanto hermetismo y tanta ceremonia, los emperadores se situaban ya muy lejos de la gente y de los problemas de la sociedad. Este exceso de formalismo no hizo sino aumentar mucho más el distanciamiento que ya existía en los emperadores romanos de tiempos anteriores.

En la corte de Constantino, el silencio pasó a tener una importancia capital. En lo más recóndito de palacio se celebraba la ceremonia ante el emperador en un silencio absoluto. El silencio pasó a ser sinónimo de sentimiento religioso, de ritual sagrado que confundía al emperador con el dios a quien los súbditos rendían tributo. Ahora bien, no era la persona del emperador como tal lo que adquiría esa majestuosidad, sino el Imperio, elevado a categoría de monarquía absoluta siempre por encima de los humanos. Para entender la importancia que tenía toda esa parafernalia, basta con recordar una representación de ópera. La ópera, sin la parafernalia del escenario y del vestuario sofisticado no sería ópera. Pues en la corte imperial ocurría lo mismo. La sala del trono se había convertido en un escenario de ópera. Alfombras de lujo, vestidos bordados con hilos de seda y oro, flores en las

paredes, pájaros artificiales que imitaban el canto de los de verdad, todo ello conformaba el ambiente de palacio.

Cuando alguien se acercaba al emperador, se echaba al suelo y empezaba a sonar una música. A continuación, se echaba al suelo una segunda vez y entonces cesaba la música. El emperador permanecía sentado en su trono, situado en un lugar elevado. Justo al llegar ante el trono, el visitante se arrodillaba una tercera vez. Con todo este ritual, quedaba descartado cualquier pensamiento de igualdad entre súbdito y emperador, y hacía inequívoca la sumisión absoluta ante su sagrada persona. Por eso nos llaman tanto la atención aquellas leyes en las que Constantino anima a sus súbditos a denunciar ante él injusticias que observen a su alrededor. No olvidemos, eso sí, que uno de los rasgos más peculiares de Constantino era el sentido del humor (en este caso, humor sombrío):

Todo aquel que pueda demostrarme la injusticia de algún juez, de algún alto funcionario, de algún amigo o cortesano mío, que venga sin temor y se dirija a mí; personalmente le escucharé y me informaré de todo. Si se demuestra que es cierto, yo mismo me vengaré.

¿Cómo demostró Constantino su conversión?

En primer lugar, debe quedar claro que la victoria sobre Majencio no hizo que Constantino se convirtiese al cristianismo. Sencillamente, por una cuestión de fechas. La victoria tuvo lugar en el 312. Y, nada menos que en el 326, el emperador manda ejecutar a su hijo Crispo y a su esposa Fausta. No parece ésta una actitud propia de un buen cristiano.

Una cosa es la conversión personal del emperador, y otra muy distinta su generosidad hacia el cristianismo. Efectivamente dio dinero para la construcción de iglesias, favoreció a los obispos y a los clérigos con privilegios legales y exención de impuestos, y permitió la intervención de los obispos en asuntos políticos.

El primer paso que dio Constantino para ir quitándole terreno al paganismo fue promulgar leyes que prohibieran los sacrificios. A continuación, mandó destruir los templos paganos, como el de Asclepio en Cilicia, muy conocido por sus curas milagrosas, y el de Heliópolis en Fenicia, al que consideraba ofensivo para los cristianos por ser un centro de prostitución ritual. Antes de destruirlos, por supuesto sacaba todo lo aprovechable que había en su interior, tal como estatuas, dinero, oro, plata, y piedras de valor.

En el terreno legislativo, Constantino fue abriendo paso al cristianismo mediante leyes que favorecieran el culto cristiano. En primer lugar, santificó el domingo como día de descanso. Prohibió azotar injustificadamente a los esclavos, y desde luego no permitió que se les azotase en la cara. El rostro era imagen de Dios. Se podía azotar a los esclavos en cualquier otra parte del cuerpo, pero no en la cara. Y en cuanto al trato a los esclavos, no permitía que pasaran hambre, más que nada por razones prácticas. El emperador seguía el principio de que si un esclavo moría de hambre, habría que comprar otro. Así que resultaba más rentable tratar bien a los esclavos que ya conocían su trabajo y estaban acostumbrados a su amo.

Además, anuló la ley de Augusto según la cual se castigaba a quienes permanecían solteros y sin hijos. Constantino elogió, por el contrario, a quienes escogían la soltería como forma de vida y entregaban a Dios su vida y sus bienes. Contra el rapto estableció uno de los castigos más crueles de cuantos conocemos; al joven que rapta a una

mujer lo castiga con la muerte. Pero a la nodriza que permite que la mujer escape con su raptor le espera una de las muertes más horribles de cuantas conocemos del Imperio romano: se le introducía plomo líquido en la boca hasta asfixiarla. En cuanto a la divina inmortalidad del emperador, Constantino cayó en la cuenta de que ahora se había producido un pequeño cambio. En el cristianismo, el dios ya no podría ser él. Sólo había un Dios, que estaba por encima de los humanos y del propio emperador. Así que él siguió siendo divino, pero no era Dios. En todo caso, pasó a ser el representante de Dios en la tierra.

Llegado a este punto, se le planteó a Constantino el dilema de saber hasta dónde le correspondía a él intervenir en los asuntos que afectaban a la Iglesia. Ahora, claro está, los súbditos ya no eran sólo súbditos del emperador, sino hijos de la iglesia cristiana. Saber hasta dónde llegaba su intervención fue una de las mayores preocupaciones del emperador. Pero encontró pronto la solución. Cuando, por ejemplo, se produjeron los cismas dentro de la iglesia, el emperador intervino aduciendo que él era el transmisor de la voluntad divina. Lo que él decidiera, pues, era aceptado por todos sin protestar. La unidad era impuesta por encima de todo.

¿Qué consiguió Constantino convirtiéndose al cristianismo? Cuando el emperador se hizo cristiano, creó una oportunidad de oro para dar al Imperio una religión universal. Aprovechando la autoridad que tenían los escritos eclesiásticos y el reconocimiento de su espíritu misionero unidos al poder político, militar y económico del Imperio, Constantino soñaba con crear un auténtico Imperio mundial.

En momentos difíciles, convenía dar la imagen de que el Imperio era fuerte; en la Iglesia encontró un buen aliado para dar esta imagen de fortaleza. A Constantino le gustó la capacidad de organización que desde siempre había

demostrado la Iglesia; esta capacidad supo aprovecharla de un modo infalible. Con la creencia en un Dios invisible, el emperador se hacía más grande a los ojos de todos. El poder omnipotente de Dios, a su vez, justificaría el poder del emperador. De modo que su conversión inspirada por una revelación divina excluía cualquier objeción a su poder universal.

Al convertirse a la nueva fe, Constantino consiguió fijar en los súbditos la imagen de tres corazones: un Dios, un Imperio, un Emperador. Los tres corazones necesarios para hacer de este emperador el primer modelo de rey cristiano, un rey que no fue jamás llamado así, pero que actuó como si lo fuera. Haciéndose llamar obispo, quiso siempre aparecer como uno más de sus obispos. «Yo soy obispo de los de fuera...», dijo Constantino en una frase cuyo significado nadie se pone de acuerdo en interpretar. Para los cristianos que ya estaban dentro, correspondía a los obispos la labor de no perderlos. A los que aún estaban fuera, el emperador trataría de recuperarlos para la Iglesia.

El emperador era, pues, persona divina, obispo, oráculo de Dios, y también apóstol. El apóstol número trece, como le gustaba que le llamasen.

¿Qué efecto inmediato consiguió Constantino abrazando la fe cristiana? Ciertamente, el efecto inmediato no fue muy halagador. Su hijo Constancio fue arriano. Y su sobrino Juliano defendió el paganismo. Pero la conversión había estado precedida por una súplica a los dioses, o al Dios único —nunca se sabrá con certeza— en la cual Constantino imploraba «Dios de los cielos, dime por lo menos cuál era la divinidad en la que creyó mi padre...» Y a continuación, se le apareció la cruz. Así que Constantino no dudó nunca de haberse hecho cristiano por indicación de una señal divina. La conversión de Constantino fue, sin duda, el mejor remedio para que los cristianos dejaran de ser pobres. En

primer lugar, empezaron a dejar de ser minoría para empezar a ser mayoría. Y de ser los más pobres, empezaron a disfrutar de un bienestar procedente de las concesiones hechas por el propio emperador.

Las iglesias fueron acumulando tesoros, dinero, y más terrenos para edificar nuevas iglesias en lugar de los templos paganos. Los cristianos ya no tenían miedo a las persecuciones, y no corrían riesgos de ninguna clase. La seguridad y el bienestar que disfrutaban los cristianos fueron dos razones más que suficientes para ir ganándole terreno al paganismo. Pero era fundamental que reinase entre los cristianos la armonía y la concordia, pues Dios había concedido la victoria a Constantino para que pudiera dirigir el Imperio hacia la prosperidad y sobre todo hacia la unidad dentro de la Iglesia.

Reforzar el código moral fue uno de los pilares más sólidos en los que se apoyaron las nuevas leyes. De hecho, el rapto y el parricidio fueron los delitos castigados con la mayor severidad. El rapto como crimen sexual, y el parricidio como crimen moral, recibieron un castigo que en el *Código Teodosiano* aparece descrito con todo lujo de detalles. La nodriza que no ha denunciado el rapto de la joven morirá asfixiada por plomo líquido introducido lentamente en su garganta. El parricida, metido en un saco junto con un gallo, un mono, un perro y una víbora, será arrojado al mar y no tendrá sepultura. En tiempos de Constantino quizás no existiera la palabra sadismo, pero este tipo de castigo sería buen ejemplo para mostrar en qué consiste el sadismo. Y es que además el castigo viene acompañado de literatura adicional. En la ley que describe la pena del saco añade Constantino en atención al culpable: «...para que en vida le falte el aire, y ya muerto esté privado de sepultura»

La crueldad de tales castigos solamente se puede entender como un ansia desesperada de control sobre la comunidad. La mujer, considerada un ser débil y de carácter variable, tenía que ser controlada muy de cerca. El rapto suponía un gran peligro en un momento en el cual no estaba clara la situación con los judíos. Y un rapto de una cristiana a manos de un judío entrañaba un grave riesgo que debía evitarse a toda costa, sobre todo para que su dote no quedase dispersa en manos ajenas.

Constantino encontró una forma segura de control mediante la imposición de un código de conducta sexual porque ésta afectaba a todos: hombres, mujeres, y clérigos —a quienes recomienda que se alejen de la mujeres para evitar la tentación que de forma natural e irremediable ejercen las mujeres—. Homosexualidad, pederastia, estupro, violación, rapto, adulterio, todos estos eran crímenes castigados con penas severas por el primer emperador cristiano. En épocas de crisis y de confusión, la imposición de un rígido código sexual-moral sentó una base sólida para fortalecer su posición frente a cualquier otra doctrina.

Inmediatamente después de la batalla del Puente Milvio, Constantino tuvo que hacer frente al cisma surgido en la Iglesia africana motivado por la diversidad de opiniones respecto a la política a seguir con los *traditores*, es decir, los que habían entregado los Libros Sagrados durante las persecuciones. Se han conservado una serie de importantes documentos que permiten seguir el desarrollo de los acontecimientos y conocer cómo Constantino pudo comenzar a intervenir en los asuntos de la Iglesia e iniciar su política de concesión de privilegios eclesiásticos. El tema tiene una gran importancia porque marcó las pautas de lo que será la evolución posterior de la política de

Constantino con la Iglesia que continuarán sus sucesores. He aquí algunos de los documentos más importantes

relacionados con este asunto.

El primero es una carta de Constantino a Anulino, procónsul de África, sobre la restitución de los bienes a la Iglesia.

Salud, estimado Anulino. Es costumbre de nuestra benevolencia querer que no se cause ningún daño a lo que precisamente pertenece al derecho ajeno, sino que incluso se restituya. Por esta razón queremos que si algunos de estos bienes pertenecían a la Iglesia católica de los cristianos y ahora los detentan otras gentes, harás que dichos bienes sean restituidos inmediatamente a las mismas iglesias.

El segundo documento es una carta del emperador enviada de nuevo al procónsul Anulino, en la cual le comunica su decisión de conceder a los clérigos la exención de la cargas públicas para que puedan atender mejor su ministerio.

Parece que la religión en que se conserva el supremo respeto al santísimo poder del cielo, cuando ha sido despreciada ha sido causa de grandes peligros para los asuntos públicos y, en cambio, cuando se la ha admitido, ha proporcionado al nombre romano grandísima fortuna y a todos los asuntos de los hombres una prosperidad singular. Por ello he decidido, estimadísimo Anulino, que aquellos varones que con la debida santidad están prestando sus servicios personalmente al culto de la divina religión reciban la recompensa de sus propios trabajos.

Aquellos que dentro de la provincia a ti encomendada están prestando sus servicios a esta santa religión en la Iglesia católica, que está presidida por el obispo Ceciliano, y los que acostumbran a llamar clérigos, quiero que queden exentos de toda función pública civil, no sea que por algún error o por un extravío sacrílego se vean apartados del culto debido a la divinidad.

El siguiente documento es una carta de los obispos donatistas a Constantino, escrita en un momento en que la querella donatista está en plena efervescencia en África. Los donatistas no reconocen a su obispo Ceciliano y se dirigen al emperador para que el caso sea juzgado por los obispos galos puesto que ellos son ajenos a las discusiones debido a la poca repercusión que tuvieron las persecuciones en la Galia.

El asunto es de gran importancia porque son los propios obispos donatistas quienes solicitan al emperador que intervenga en un conflicto interno de la Iglesia. A continuación, cuando Constantino decida en contra de los donatistas, éstos rechazarán la competencia del emperador y reprocharán a los católicos el aceptarla. Así se lo recuerda Optato de Milevi, obispo africano, en este pasaje:

Puesto que oigo decir que algunos de tu secta, además de provocar peleas, están en posesión de ciertos documentos, no sabría decir de qué naturaleza, convendrá comprobar a qué documentos se debe conceder credibilidad. Vuestros documentos podrían estar manchados de mentiras.

¿Qué es lo que andáis diciendo sobre nosotros, a saber, que qué tienen que ver los cristianos con los emperadores? ¿Qué relación puede existir entre los

obispos y la corte imperial? Si es un delito reconocer a los emperadores, es rencor todo lo que os invade...

¿Por qué tanta ceremonia?

La ceremonia es, precisamente, lo que más ayuda a los fieles a hacerse una idea de cómo es la morada de Dios en el cielo. Cuanto más aparatosa es la representación del palacio y más solemne el entorno del emperador, más sublime resulta la invisibilidad de lo divino. Es éste, precisamente, uno de los aspectos más claros que el cristianismo hereda del paganismo. El cristianismo contribuyó a consolidar el carácter sagrado de la persona del emperador y a difundirla entre los súbditos. La liturgia cristiana refleja parte del ceremonial vigente en la corte del Bajo Imperio romano, y traza una línea de continuidad con algunos de sus ritos. El objetivo de tanta ceremonia y tanto misterio es despertar en los fieles un sentimiento de veneración por la divinidad a la no ven, pero con la que se comunican a través del propio ceremonial. La diferencia entre el emperador y Cristo es que al emperador se le puede ver, y a Cristo no. Como consecuencia de esta imposibilidad, el cristianismo ha ido desarrollando toda una cultura del miedo. Miedo a la condena eterna, miedo al pecado, miedo a la enfermedad.

La inaccesibilidad del emperador, y la invisibilidad de Cristo, son signos de su realidad. Cuanto más invisible, más real es su existencia y más temor despierta en los súbditos y en los fieles.

Cuando en una ocasión los obispos pudieron ver al emperador Constantino sentado en su trono macizo de oro, se quedaron mudos al contemplar su rostro sagrado. Al poder adorar su sacrosanto palacio, experimentaron los goces del reino celestial. Y es este aislamiento del

emperador lo que le separa del mundo terrenal y le confiere su carácter sagrado.

A partir de Constantino se abre una nueva etapa en el culto a la divinidad. Antiguamente, los griegos y romanos trataban con toda naturalidad a sus dioses. Pero no así los judíos y los orientales, quienes revistieron a sus divinidades de la solemnidad y del misterio que heredaría el cristianismo, y precisamente este misterio de lo divino se transformó para el hombre cristiano en algo real cuya existencia es indiscutible.

A través de la oración, el hombre cristiano entra en contacto con Dios. A través de la conmemoración de sus fiestas, los súbditos entran en contacto con el emperador. La celebración del día de su nacimiento —que el cristianismo heredó como la Navidad (es decir, natividad)— era una de las fiestas más importantes celebradas en honor al emperador.

Todo lo que rodea a la persona del emperador refleja el aislamiento y el silencio en que vive dentro del palacio. Los miembros que forman su Consistorio son llamados «silenciarios», y las sesiones que él preside se llaman «silencios».

Precisamente debido a este silencio permanente, el emperador y sus oficiales no pueden hablar directamente, sino a través de mensajeros que hacen de oráculos. El emperador no habla, sino que da a conocer sus respuestas mediante el cuestor, que es su oráculo habitual.

El emperador no solamente no habla, tampoco puede ser visto. Sólo tienen acceso a su persona algunos eunucos, asexuados como los ángeles de la corte celestial. Cuando el emperador habla a través de estos eunucos lo hace sin ser visto, oculto tras una cortina. Si al emperador de Roma le saludaban los gladiadores con la famosa frase:

«Ave, César, los que van a morir te saludan», ahora la frase se convierte para quienes visitan la corte imperial en «Ave, César, los que van a adorar tu rostro sagrado te saludan».

Este velo es el último símbolo material de la invisibilidad y aislamiento del emperador. Culmina toda la serie de muros levantados en torno a su persona, con el fin de aumentar el temor reverencial y constatar su majestuosidad.

La Iglesia se rindió ante tanta parafernalia, y la imitó para sus templos. El altar cristiano viene a ser el entorno del emperador, al cual solamente acceden unos pocos. Por eso es tan importante la presencia de iconos en las iglesias, para marcar el territorio de los fieles y celebrantes. Sólo el sacerdote se sienta en el trono, los otros oficiantes le asisten de pie, al igual que el público como espectador participa de los ritos invisibles que se desarrollan tras el altar. En esto consiste el sacramento de la corte y de la iglesia, en poner de relieve lo invisible a través de símbolos y de iconos que hagan comprensible la divinidad.

Cuando el emperador se deja ver lo hace de forma teatral, con el máximo esplendor, y su objetivo es llevar la felicidad a los súbditos. La llegada, o *adventus*, del emperador se convirtió en la fiesta por excelencia que regulaba el calendario del Imperio. La felicidad, la alegría de los súbditos se pone de relieve con la distribución de regalos y donativos al ejército y al pueblo para que esta felicidad que acompaña la presencia del emperador se plasme en un hecho real.

Esta aparición estelar del emperador es una auténtica epifanía, que es anunciada con gran protocolo como un hecho extraordinario. El emperador sólo puede ser contemplado en el lugar preparado al efecto y de la forma prevista. Viaja en un carro especial, un carro de cuatro ruedas, oculto a las miradas de todos. Hasta en sus viajes el

emperador es invisible, a menos que desee compartir el honor con algún miembro de su familia.

Hubo ya entonces quien criticó tanto misterio en torno a la persona del emperador. «¿No será que tenéis miedo de que la gente descubra que sólo sois hombres normales y corrientes, y por eso os escondéis como lagartos?», escribió alguien ya por entonces. El complemento del palacio como espacio cerrado era el Hipódromo, lugar de encuentro del emperador con los súbditos. En la Roma imperial había sido el Circo el lugar de encuentro entre el público y el emperador. Constantino hizo del Hipódromo de Constantinopla el lugar adecuado para manifestarse ante su público. Por supuesto también había tribuna en el centro del Hipódromo, pues éste era en realidad el punto de unión entre ambas residencias imperiales. La diferencia era que una estaba cerrada al público, y la otra abierta. Dentro del Hipódromo había una reproducción del propio palacio; así, el Senado, el Consistorio y la guardia imperial ocupaban los mismos lugares que en el palacio, pues la majestad del emperador tenía que ser preservada en todo momento. Es precisamente su escasa aparición pública lo que hace necesaria la reproducción de imágenes del emperador en retratos, esculturas, monedas, y especialmente en panegíricos, que contenían elogios en torno a la figura del emperador.

Unidos así arte y literatura, la imagen del emperador llegaba a todos los rincones del Imperio. Se recurrió a lo que hoy sigue causando estragos en el mundo contemporáneo. Postales, vajilla, calendarios, ropa, todo sirve como material donde plasmar la imagen del personaje a quien se venera. En el mundo antiguo eran estatuas, monedas, camafeos, gemas, platería. Regía el principio de que ya que el emperador no podía estar en distintos sitios a la vez, era conveniente que estuviera presente a través de esculturas y

retratos, con el fin de dar autoridad a los actos de los gobernadores de las provincias. Cuanto menos se prodiga el emperador en público, más se disfruta al verlo y se ansia su presencia (algo similar debían pensar los franquistas, y ahora también los monárquicos. La fotografía de Franco y de los Reyes ha estado presente durante muchos años en escuelas, ayuntamientos, bibliotecas, y demás instituciones de este país).

La presencia de tales retratos es mucho más que lo que representa el retrato del jefe de Estado. El emperador, persona entre lo humano y lo divino, protege a los súbditos, pero también los vigila. Nada escapa a su control. Se acerca al símbolo cristiano del ojo de Dios que todo lo ve.

Desde la época de Augusto se había asociado la imagen del emperador con el fuego, pues al fuego se asocia un poder purificador propio de la divinidad. De ahí la costumbre de quemar incienso ante las imágenes, igual que se quema ante la persona del emperador en el palacio, y la práctica de acompañar las imágenes expuestas al público con velas, antorchas o candelabros.

También la liturgia cristiana ha seguido esta costumbre, y el fuego acompaña las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los santos en las iglesias.

El culto a la imagen realza aquello que el aislamiento quiere transmitir. Y además de purificar, del fuego de la divinidad emana luz perpetua. De ahí, la aureola que rodea su cabeza.

Se resalta la majestad divina del emperador con recursos nuevos, hieratismo y rigidez. El rostro es fascinante y tremendo. Su mirada, fija y penetrante. Su gesto, no deja lugar a dudas acerca de quién posee el poder sobre los humanos. Todo es poco para demostrar que en el Imperio hay dos clases de personas: las que habitan el mundo terrenal, y una que lo dirige desde la divinidad del palacio.

En las estatuas del emperador, la mirada dirigida al infinito, más allá de este vil mundo, es la expresión de la función imperial en sí misma. El gigantesco tamaño de lo imperial contrasta con la pequeñez de lo humano.

4. INSTRUMENTO DE PERSUASIÓN

Constantino venció con unas armas que ningún emperador había utilizado antes: privilegios legales, y dinero. Ambas armas fueron reforzadas por una tercera que resultó infalible, la retórica, cuyo efecto más inmediato es la persuasión.

Así pues, antes de preguntarnos si fue sincera o no la conversión de Constantino al cristianismo conviene tener muy presente la capacidad de estas tres armas que, con ayuda de un obispo, supo utilizar con exquisita maestría. Nunca antes en la historia se habían obtenido tan suculentos frutos de la sabia combinación de ley, dinero, y palabras. ¿Apoyó Constantino la religión cristiana por razones políticas? Responder afirmativamente a tal pregunta supondría aceptar que Constantino era extraordinariamente inteligente. Por otro lado, los cristianos eran minoría, y pertenecían a las clases más humildes. La aristocracia senatorial era pagana en su mayoría.

Inmediatamente después de la victoria sobre su rival, Constantino escribió tres cartas que demuestran que el emperador concedió a los cristianos algo más que la tolerancia.

Una de ellas, dirigida a Ceciliano, obispo de Cartago, y otras dos a Anulino, procónsul de África. En esas cartas Constantino deja muy claras tres cosas: Que no solamente tolera el cristianismo, sino que apoya a la Iglesia con dinero público. Que el culto al Dios cristiano es necesario para el

bienestar del Imperio. Que el peligro al que estuvo expuesto el Imperio por culpa de las persecuciones anteriores ha terminado gracias a la religión cristiana.

Para tomar decisiones con respecto a la Iglesia, Constantino siempre escuchó a su consejero, el obispo Osio de Córdoba, su pensador de cabecera. No así para la elección de su fe. El emperador se convirtió al cristianismo no por obra de un misionero, sino por una señal enviada por el mismo Dios. Pero cuando se convirtió no sabía muy bien que el Dios cristiano esperaba —o exigía— exclusividad. Hay quien ha visto un símil entre la conversión de Constantino y un hombre que se casa: emocionado por la boda, el novio no cae en la cuenta de que tendrá que abandonar ciertas amistades de los tiempos anteriores al compromiso nupcial.

El emperador no era consciente de que ofendería a Dios si rendía culto a otros dioses, en particular al *Sol Invictus*, a quien él identificaba en cierto modo con el Dios cristiano. Pero los obispos jamás se atrevieron a darle consejos al emperador si él no los solicitaba. Más bien al contrario, observaban sus errores, pero se callaban. Y Constantino supo llevar muy bien su ambigua dualidad de culto. No legisló de modo tajante prohibiendo los cultos paganos, ni muchísimo menos. Eso hubiera podido hacerlo sólo si su convicción religiosa hubiera sido absoluta. Y no lo era, de eso no hay duda.

Los obispos tenían toda su atención puesta en los beneficios que el emperador cristiano concedía generosamente a la Iglesia. Por ejemplo, ordenó que los litigios civiles, con consentimiento de ambas partes, pasaran a estar bajo la jurisdicción de un obispo, incluso cuando hubiesen empezado en la corte imperial, y que la sentencia del obispo fuese inapelable. ¿Somos conscientes de lo que supuso esta medida?

Poco tiempo después, Constantino concedió donaciones a la Iglesia, y permitió que las manumisiones realizadas en la iglesia ante un obispo tuviesen validez legal, de modo que los esclavos que obtuviesen así la libertad se convertirían en ciudadanos romanos.

Prohibió marcar a los esclavos en el rostro, con el razonamiento de que el rostro humano está hecho a semejanza de Dios y no puede ser desfigurada su belleza; en su lugar, permitió que las marcas se hiciesen en las manos o en las piernas. Y por supuesto suprimió la ley de Augusto que castigaba el celibato y penaba a los matrimonios sin hijos (una viuda que no volviera a casarse y no tuviese hijos a quienes dejar su herencia era un caramelo goloso para la iglesia, siempre amable con las viudas). Reivindicó el carácter sagrado del domingo, día dedicado al descanso, en el cual estaba prohibido realizar juicios, negocios, y otro tipo de actividades que no fuese rendir culto a Dios (o al Sol, como revela la etimología del inglés *Sunday*, y alemán *Sonntag*). En domingo permitió, sin embargo, que se pudiese trabajar en el campo si hacía buen tiempo. Y en las iglesias estaba permitido emancipar a los esclavos que lo mereciesen.

En cuanto al divorcio, lo hizo más difícil. Sólo permitió que una mujer se divorciase de su marido si el marido era asesino, envenenador, o violador de tumbas; mientras que un marido se podía divorciar si su mujer cometía adulterio, envenenamiento, o frecuentaba un burdel (¿acaso no sabía Constantino que su propia madre había trabajado en un burdel?).

La legislación de Constantino reúne uno de los rasgos más peculiares del Bajo Imperio Romano: la idea de restitución de algo perdido, una vuelta a la tradición romana más auténtica, y a la cual es necesario volver si no se quiere perder el espíritu nacional. El emperador es, en este sentido,

la persona que restaura, reintegra, restituye, reforma, y siempre con la mirada puesta en la recuperación de los valores tradicionales. El reinado de Constantino es una época en la que florecen las palabras con el prefijo *re-*. Y para reformar con eficacia, es necesario un emperador con mano de hierro. Constantino fue, sin duda, un hombre con el físico adecuado para hacerse respetar. Cuello grueso, cabeza enorme, ojos grandes y saltones, y barbilla prominente. No estaba mal, pero no era suficiente. Era activo, de fuerte carácter y temperamento combativo, pero esto tampoco era suficiente para satisfacer las demandas de un pueblo en crisis. Al emperador le faltaba algo que le hiciera parecer más grande de lo que era: la majestuosidad. Y la corte imperial de Constantino supo adornarse de suntuosidad y solemnidad suficientes para impresionar a los súbditos. Constantino consiguió lo que ningún otro emperador, y fue parecerse a un gigante con poderes sobrenaturales.

La entrada del emperador en la ciudad daba idea de su grandeza. Cuando Constantino iba a entrar en Roma, los senadores salían a la calle para verle, acompañados por sacerdotes, magistrados, comerciantes, bandas de música, y una inmensa multitud. Él iba de pie en una litera o en un carro.

Los guardias con armadura de oro o de plata le protegían, llevando estandartes de seda que se agitaban al viento. Los escudos de los soldados iban pintados, el carro pintado y adornado con joyas, lo mismo que el conductor del carro, que lucía joyas y vestido de púrpura hasta los pies. El emperador no podía corresponder a los gritos de la multitud. Así lo mandaba el protocolo. Él se mantenía de pie sin moverse. Y a su paso, la gente aplaudía y gritaba palabras como ¡larga vida!, y similares. El aire olía a incienso.

He aquí la coreografía de la corte del emperador, excelente estrategia para persuadir a los humanos de la

divinidad imperial. La ceremonia de entrada, llamada *adventus*, la cual tomó muchos elementos del ceremonial oriental, daba una idea de la grandeza del emperador. Él no era como los humanos, estaba por encima de ellos. Y el primer signo evidente era que siempre ocupaba un lugar más elevado que los demás.

Sea cual fuere el lugar al que viajaba, esperaba al emperador un palacio de tamaño inmenso. Mandó construir palacios en Milán, Aquileia, Nicomedia, Antioquía, y en otros muchos lugares. Todo en ellos alcanzaba proporciones enormes, como correspondía a una residencia de un ser más divino que humano. Puertas gigantescas, pasillos interminables; en el suelo, un círculo de pórfito para depositar en él sus pies calzados con zapatos de púrpura. En el centro, el trono, también de pórfito y coronado por un palio de cuatro columnas bordado con hilos de seda y perlas preciosas.

Muy pocas personas podían verle. Tras pasar un exhaustivo control que descartara cualquier arma oculta en algún lugar del cuerpo, uno pasaba a un gran salón. Al fondo, a lo lejos, se abría una cortina. Silencio absoluto. El visitante era escoltado hasta una especie de biombo, y hablaba a través de él, sin ver al emperador. Éste le respondía. Algunas veces, y como privilegio excepcional, la cortina era retirada muy despacio y el visitante podía avanzar un poco hacia el trono, pero siempre de rodillas, con el fin de que pudiese presentar su petición escrita al emperador, petición que no cogía con su mano contaminada sino con unos pliegues de su túnica.

De toda este ritual surgió un lenguaje eficaz, además de enigmático. Entre el enigma de la persona imperial y la retórica emocional de los obispos se elaboró un código de comunicación entre emperador y súbditos que demostró ser de gran utilidad para ambos.

El monstruo de la administración

Constantino separó definitivamente los poderes civiles y los Militares, que anteriormente estaban unidos. Los prefectos del pretorio, que en tiempos fueron una especie de primeros ministros y dominaban al emperador, pasaron a ser solamente jefes de la administración de las cuatro prefecturas de Oriente, Iliria, Italia y Galia.

En cuanto a los poderes militares, se nombraron dos altos mandos, el Jefe de la Caballería y el Jefe de la Infantería. Con esta separación, Constantino evitó posibles usurpaciones, pues uno no podía hacer nada sin el otro.

Creó la Escuelas Palatinas, formadas todas por jinetes, las cuales actuaban como una especie de anillo de acero alrededor del trono. Su nombre procede de la antesala del palacio en la cual vivían. Compuestas inicialmente por 25.000 jinetes, los cuales iban vestidos con cotas de malla, montados en corceles cubiertos de joyas, y equipados con todo tipo de abalorios, iban avanzando a cada lado del carro imperial, o vigilaban las puertas de palacio. Los soldados que formaban parte de estas Escuelas Palatinas eran en su mayoría bárbaros.

Al frente de las Escuelas Palatinas estaba el Maestro de los Oficios, un nuevo cargo creado también por Constantino. Además de las Escuelas Palatinas, este Maestro de los Oficios tenía bajo su mando a los Agentes de Asuntos, que venían a ser una policía secreta. Su nombre original, *Agentes in rebus*, deja lugar a todo tipo de imaginación, pues la palabra latina rebus puede significar cualquier cosa. Entre los asuntos que ocupaban al Maestro de los Oficios cabe mencionar todo lo relativo a las peticiones al emperador, correspondencia epistolar, y apelaciones. Y era, sobre todo, el responsable de que la corte pudiera trasladarse de un lugar a otro sin dificultad, para lo cual

tenía que encontrar acomodo para todos los miembros de la corte. Ingente labor, sin duda.

Para hacernos una idea de cuánto viajaba la corte imperial, en poco más de un año el emperador redactó leyes en los palacios de Viena, Arles, Verona, Sofía, y Sirmium. Esto indica, pues, que el emperador se movía con cierta frecuencia. Proclamado emperador en York el 25 de julio de 306, Constantino dirigió una campaña contra los francos ya en el mes de octubre. Si consideramos la dificultad de los viajes, a caballo o en carros poco firmes, podremos valorar el alcance de su esfuerzo. Como pequeña muestra de su agenda, he aquí sus movimientos de dos años (312-314):

- Octubre del año 312, victoria sobre Majencio en el puente Milvio.
- Se queda en Roma hasta enero de 313.
- Febrero, viaja a Milán para casar a su hija Constanza con Licinio.
- A mediados de Febrero, viaja a Mesia.
- Marzo, regresa a Milán.
- Mayo, se dirige a Galia.
- Julio, viaje a Colonia.
- Agosto, a Tréveris.
- Octubre, visita Bretaña.
- De enero a julio, 313, permanece en Tréveris, su residencia oficial.
- Agosto, acude al concilio de Arles.
- Octubre, dirige una campaña contra los germanos.
- Noviembre, regresa a Tréveris, donde pasa el invierno.

El séquito del emperador lo formaban unas quinientas personas. A veces, incluso ochocientas. Directamente responsables del gobierno eran muchos menos, pero cada uno tenía a su servicio ayudantes, y a su vez ayudantes de

los ayudantes. En los viajes, cada oficial llevaba un trompeta personal y un numeroso servicio doméstico. Además, el equipaje de cada oficial: seis túnicas, seis camisas, dos capas de entretiempo, una capa de invierno, tres mantas, toallas, sandalias diversas, medias, joyas, sábanas, tapices, lámparas, copas, especias, comida, y vino. ¿Cabría todo eso en tres carruajes, o podrían transportarlo unos doce caballos? ¿Sería la comitiva de unos cinco kilómetros? Ese tipo de cálculos —una auténtica pesadilla— le correspondía hacer al Maestro de los Oficios.

Constantino, igual que su padre, estableció su cuartel general en Tréveris, a orillas del Mosela, por su proximidad con la frontera donde el emperador gestionaba sus asuntos más importantes. Ya hacía más de diez años que Tréveris funcionaba como sede central de las operaciones del gobierno. Había incluso una ceca, que abastecía a las tropas del Rin. Había asimismo un gobernador provincial; así como fábricas que confeccionaban los uniformes del séquito imperial, los trajes de la corte, escudos y lanzas. La ciudad y sus alrededores daba cabida a los centenares de funcionarios, y a sus familias y esclavos. Pero trasladar a tanta gente acarreaba problemas logísticos, hasta el punto de que fue necesario construir un inmenso depósito a la orilla del río para guardar las provisiones. Además de satisfacer las necesidades del día a día, el emperador tenía que viajar con toda la pompa que de su majestuosa persona esperaban los súbditos, de modo que resultase evidente su grandeza y su magnificencia. Por ello, tenía que habitar en espléndidos palacios, y prodigar su riqueza en las ciudades que escogía como sede para su gobierno.

Tréveris tenía el aspecto de un inmenso círculo con más de cien edificios. En el centro, estaba el foro con la residencia oficial del gobernador en un extremo, y en el otro los baños constantinianos, de una extensión mayor que los

de cualquier otra ciudad. De hecho, sólo la piscina de agua fría medía lo mismo que la catedral, y la sala de ejercicios se convirtió más tarde en una estupenda iglesia. Precisamente fue en uno de estos baños de vapor donde la emperatriz Fausta, esposa de Constantino, fue ahogada por orden de su esposo. Estos baños eran de gran tamaño porque tenían que prestar servicio a todo el personal de la corte.

Tres de los edificios de la parte norte se convirtieron después en la basílica que todavía se conserva hoy. El interior del palacio estaba decorado con un lujo acorde con la grandiosidad de la corte. Suelo, paredes, techos, columnas, todo estaba revestido de oro, mármol y dibujos con todo tipo de colores, sobre todo el rojo. El conjunto del palacio reunía belleza, esplendor, arte, y riqueza.

En la parte norte de este inmenso complejo estaba el palacio del emperador, de su esposa y sus hijos. Para hacernos idea de su tamaño, diremos que unos años más tarde fue transformado en una doble catedral. Se conserva todavía parte del techo de una de las naves, con frescos de mujeres de la familia real luciendo elaborados peinados y joyas. Constantino mandó construir un hipódromo inmenso, como corresponde a un emperador que supo hacer de la magnificencia y de la ostentación un arte inimitable. Un anfiteatro con veinte mil asientos nos permite hacernos una idea del pasatiempos favorito de la época.

Para el verano, toda la corte se trasladaba a una villa a las afueras de Tréveris, junto al río Mosela. Esta villa, que tenía cincuenta habitaciones, era casi una reproducción en pequeño del palacio imperial. Sus colores eran más vivos, en consonancia con la estación estival y fantásticas vistas sobre el río. En el centro, por supuesto estaba el trono. Constantino no podía olvidar en ningún momento que él era emperador. Es una pena que no dispongamos de testimonios personales del propio emperador acerca de sus gustos o

preferencias y solamente nos haya llegado su imagen a través de larguísimos y aburridos elogios de sus panegiristas. No es posible que todo en él fuese extraordinario y excelso. Su función como gobernante posiblemente sí lo era. Pero hubiese sido estupendo conocer un poco más de la persona que había detrás de tanta púrpura y de tanto oro.

En cualquier caso, Constantino supo practicar muy bien el principio de que no basta con ser grande. Además, hay que parecerlo. En este sentido, Constantino merece sin duda el apelativo de «visionario» que otros personajes de la historia han recibido. Lo que él creyó ver fue, quizás, algo distinto a lo que en realidad era. Lo que juró haber visto en sueños tal vez no fuera una cruz sino la respuesta oportuna a su búsqueda desesperada en tiempos difíciles para el Imperio. Constantino sabía muy bien que sólo una intervención divina sería capaz de resolver el caos político y económico que le tocó afrontar. Impulsado por dos resortes extraordinariamente eficaces —la ambición y la convicción personal de que iba a vencer a su adversario—, este emperador se embarcó en una aventura cuyo final jamás habría podido imaginar.

El hecho de ser el primer emperador cristiano le daba ya una identidad que lo diferenciaba de todos sus antecesores. En el aspecto religioso, por lo tanto, Constantino no tuvo rival. Y cuando se quiso dar cuenta del efecto que produjo en los súbditos esa ayuda divina en forma de cruz, ya no había tiempo para dudar, y mucho menos para volver atrás. El cristianismo siguió avanzando a un ritmo que ya no podía parar porque habían empezado a participar en su expansión dos protagonistas geniales, los obispos y las mujeres.

Los obispos supieron hacerse imprescindibles como consejeros de la nueva fe, y tenían ya su espacio en la corte. Las mujeres, por su parte, fueron causa de conflictos para

cuya solución era importantísima la intervención de los obispos. La idea del pecado, de la tentación, de la seducción, de la malicia femenina, de la provocación, incluso de la coquetería como vemos reflejado en algunos concilios eclesiásticos, tenía muy preocupados a quienes deseaban, ante todo, la serenidad del emperador y la higiene de las costumbres.

Nanear la moral empezando por la abstinencia fue un revulsivo de un éxito fulminante. Constantino, ayudado por los obispos, encontró un filón de oro en el alma pecaminosa de las mujeres. A él debemos sin duda una función del lenguaje desconocida hasta entonces: la capacidad de convertir a un cuento. Uno inventa, otro elabora el discurso para contarlo, y el tercero lo cuenta. Un triunvirato perfecto: emperador, obispos, mujeres. Aplicado al primer emperador cristiano, el triunvirato se plasma en el siguiente invento: Constantino se inventa que ha visto en sueños una cruz; su obispo de cabecera explica oficialmente que ha sido revelación divina; y por último, las mujeres se encargan de difundir el cuento que ya no es un cuento sino dogma de fe.

Hasta las prostitutas pagaban impuestos

La fuente principal de la recaudación de impuestos eran los impuestos anuales sobre el beneficio de la propiedad y sobre el rendimiento del suelo.

Este impuesto se llamaba *annona*, y obligaba a contribuir a cada uno de los propietarios de terrenos y suelos agrarios, así como a la población rural.

Los ciudadanos de Roma y de Constantinopla estaban exentos.

Mientras que los propietarios agrícolas debían proveer a las necesidades del Estado en cuanto a víveres y materias

primas, el dinero y los objetos manufacturados habían de ser suministrados por las ciudades y sus habitantes. Los artesanos y los industriales debían pagar un impuesto unitario, y se les exigía además que suministraran al Estado o a las ciudades ciertas cantidades de productos a precios especiales. Los grandes terratenientes, los senadores, pagaban por sus fincas un impuesto especial en dinero, llamado *collatio glebalis*. Por último, los artesanos, las ciudades y los senadores debían pagar, cada cinco años, el impuesto tradicional de la corona, y otro tributo suplementario cada vez que un nuevo emperador ascendía al trono.

La reorganización de los impuestos no introdujo, por lo demás, cambio alguno en el principio de exacciones obligatorias en caso de necesidad. En tiempo de guerra continuaron, como antes, las rapiñas, y en la larga lista de obligaciones del pueblo siguió figurando el trabajo obligatorio y la prestación de animales de transporte.

El cálculo de los impuestos, que en el siglo IV eran en su mayoría contribuciones en especie, se regía por unidades fiscales: una unidad fiscal era como la parcela de tierra que podía ser trabajada por un hombre. El cálculo se completaba con la suma de parcelas de cultivo, trabajadores y animales de tiro; cada mujer contaba como medio trabajador. Como suplemento extraordinario a los impuestos anuales de la *annona*, se calificaba el impuesto sobre el patrimonio de los senadores, introducido por Constantino; este impuesto había que abonarlo en efectivo.

Otro tipo de impuesto era el del jubileo, también establecido por Constantino. Había que abonarlo cada cinco años, y en cada ascensión al trono, así en como en los diversos aniversarios del gobierno. Era obligado pagarlo en oro u otro metal precioso. Tenían obligación de pagar impuestos todos los comerciantes, los campesinos que

vendían sus productos en las ciudades, y también las prostitutas incluidas en las listas. Este sistema de recaudación de impuestos resultaba simple y eficaz. Permitía al Estado realizar un presupuesto anual tal como lo entendemos actualmente; es decir, calcular las contribuciones y los ingresos fiscales. Todo esto se hacía a través de una organización del territorio en provincias al mando de gobernadores, las cuales pertenecían a una diócesis dirigida por un vicario, que dependía a su vez de una prefectura. El Imperio estaba formado por más de mil quinientas ciudades, organizadas de manera que los contribuyentes cumpliesen verdaderamente con su obligaciones fiscales.

Esta organización, que obedecía al deseo de Constantino de descentralizar la administración, permitía agilizar las gestiones que, debido al precario sistema de transportes, hubiesen resultado imposibles de otra manera.

Sea como fuere, la inflación continuó en los tiempos de Constantino, a pesar de los nuevos impuestos y de la nueva moneda que el emperador introdujo, el *solidus*, una moneda de oro de unos cinco gramos. No se puede negar que Constantino obtuviera éxito en el mismo terreno en el que Diocleciano había fracasado y consiguiera estabilizar aunque fuese por un breve espacio de tiempo la moneda, y hasta cierto punto restablecer la confianza en la economía.

Pero este florecimiento fue efímero. Los impuestos opresivos e inicuos basados en la esclavización de los agricultores en el campo y de los artesanos en la ciudad; la parálisis de la vida económica; la destrucción implacable de la clase más culta y activa del Imperio; la burguesía urbana; la corrupción y la violencia entre los miembros de la administración imperial; todo ello condujo a un estado anímico de resignación, al cual nada benefició la dureza de los castigos impuestos por Constantino en sus leyes, las

cuales además de muy numerosas eran repetitivas hasta la saciedad. Cuando una ley se repite tantas veces, suponemos que es porque su eficacia es nula.

El espíritu de la población estaba deprimido. El sentimiento general era que no merecía la pena luchar; valía más someterse y aceptar en silencio las cargas de la vida, con la esperanza de hallar otra mejor más allá de la muerte.

Este estado de ánimo era inevitable, pues todo esfuerzo honrado estaba condenado de antemano al fracaso. Cuanto más producía un individuo con su trabajo, más le quitaba el Estado. Si un campesino conseguía mejorar y aumentar sus tierras, sabía que su destino era ser promovido a la condición de curial; es decir, pasaba a ser un individuo elegible para los puestos del consejo municipal y para las magistraturas: lo cual significaba la esclavitud, la opresión y la ruina. El cargo de curial era el más odiado dentro de la administración. Y pocos escapaban a su yugo infernal.

Así que, ante este panorama, era más conveniente producir sólo lo necesario para mantener a la familia y no hacer esfuerzos inútiles para mejorar de posición. El soldado sabía que mientras siguiera siendo soldado y condenara a sus hijos a la misma vida podría vivir relativamente bien; pero sabía también que apenas hubiera intentado romper el círculo que le mantenía tranquilo, su destino era el de ser agregado a la curia.

En momentos de desesperación, individuos aislados pensaban acaso en mejorar de suerte recurriendo a medios también desesperados: el colono y el campesino podían desear ingresar en el ejército o convertirse en bandidos; el soldado, desertar; y el pobre curial, ser cualquier otra cosa.

Pero todo era inútil. Si alguno lo conseguía, su situación no mejoraba. En consecuencia, el sentimiento dominante era el de la resignación, y la resignación no ha conducido jamás a la prosperidad y sí ha dado alas al dictador. El rasgo

más notable de la vida económica del período final del Imperio romano fue el empobrecimiento progresivo.

El comercio decayó no sólo a causa de las invasiones bárbaras, sino por la falta de clientes. Los únicos clientes aún posibles eran los miembros de las clases privilegiadas —funcionarios, soldados y grandes terratenientes—; y éstos eran provistos de los artículos de primera necesidad bien por el Estado (los sueldos eran pagados en especie), bien por la producción de sus propias fincas. Así pues, el primer ramo comercial que decayó fue precisamente el más importante, esto es, el comercio de los artículos de primera necesidad dentro de cada provincia.

No había posibilidad alguna de desarrollar empresas comerciales de importancia; y apenas alguien lo intentaba comprando buques o estableciendo relaciones comerciales, se convertía en miembro de una de las corporaciones navieras y obligado con ello a trabajar para el Estado, a transportar toda clase de mercancías por su cuenta, o a otorgar al Estado un derecho de prioridad en la venta de sus artículos.

Como la propiedad de la tierra, también el comercio y los transportes pasaron a ser una carga hereditaria que no se podía rehuir.

Las grandes empresas industriales fueron desapareciendo poco a poco. Pero como el Estado las necesitaba, especialmente para el ejército, para la corte y para los funcionarios, varios establecimientos industriales fueron transformados en fábricas del Estado, en las que trabajaba un personal obrero vinculado a su profesión como a una carga hereditaria.

Todo individuo podía ingresar en el servicio militar, pero la legislación contra los desertores muestra que tampoco la profesión militar constituía un privilegio envidiable. El resto de la población urbana, navieros, mercaderes, artesanos y

obreros, fueron todos vinculados a su profesión y a su residencia. La única clase privilegiada era la de los propietarios sin trabajo y los mendigos de las ciudades y del campo, cuya asistencia se dejaba a manos de la Iglesia. Estos, por lo menos, eran libres... Libres de morir de hambre, si querían, o de rebelarse.

La clase de los funcionarios no era hereditaria, por lo menos legalmente. Ser funcionario era un privilegio, y el emperador no hallaba dificultad alguna para reclutar sus agentes entre los hombres mejores del país. Pero esta libertad era limitada. El curial no podía llegar a ser funcionario gubernativo, y si alguno de ellos conseguía infringir esta regla, debía esperar ser devuelto en cualquier momento a su curia. Ni los navieros ni los mercaderes eran elegibles para el grado de funcionario, y mucho menos los campesinos y los proletarios de las ciudades.

La carrera militar era completamente distinta de la civil, y ningún soldado podía ser elegido para un cargo civil. De este modo, por la fuerza de las circunstancias resultó que los funcionarios no podían ser reclutados más que entre las familias de funcionarios, y la clase burocrática pasó a convertirse en una verdadera casta. Lo mismo puede decirse de la nueva aristocracia senatorial. Era ésta una aristocracia de servicio, y el ingreso en ella suponía una concesión que los emperadores hacían, con carácter hereditario, a los más altos funcionarios civiles y militares.

Así pues, desde el punto de vista social no hubo nivelación ni equiparación alguna. En el Imperio romano de esta época final la sociedad se hallaba subdividida no en clases, sino en verdaderas castas cerradas y exclusivas. Y era tal la estructura social del Bajo Imperio que más bien parecía un gran sistema de esclavitud en el que nadie tenía plena autonomía.

Los grandes propietarios agrícolas eran esclavos de los emperadores, pero señores de los colonos-siervos que vivían en sus dominios. Los curiales eran esclavos de la administración, que los trataba como tales; pero eran señores no sólo de los colonos de sus tierras, sino también de la población de la ciudad y de su territorio, por cuanto repartían y recaudaban los impuestos y vigilaban la ejecución de los trabajos obligatorios.

Los funcionarios y los militares de los distintos grados, aunque gozaban de poder sobre miles de hombres, se hallaban también sometidos a una férrea disciplina de tipo servil, siendo prácticamente esclavos unos de otros y todos de los agentes de la policía secreta. Así pues, la servidumbre general era el carácter distintivo de la época.

Las reformas de Diocleciano y de Constantino dificultaron casi toda actividad económica productiva, pero no impidieron la formación de grandes fortunas; por el contrario, más bien la favorecieron, aunque por otros caminos. La base de las nuevas fortunas no fue ya la energía creadora individual, ni el descubrimiento y la explotación de nuevas fuentes de riqueza, ni tampoco el desarrollo de empresas comerciales, industriales y agrícolas; las nuevas fortunas provenían principalmente del aprovechamiento sagaz de una posición privilegiada que permitía defraudar y explotar a un mismo tiempo al Estado y al pueblo.

Los funcionarios públicos se hacían ricos con la inmoralidad y el cohecho. Los miembros del orden senatorial, exentos de las cargas municipales, invertían su botín en fincas rústicas, y utilizaban su influencia en desplazar las cargas tributarias sobre las demás clases, en defraudar directamente al Tesoro y en esclavizar a un número cada vez mayor de trabajadores.

La compra, el arrendamiento, el patronato, el arrendamiento hereditario con la obligación de cultivar el

suelo, todas estas posibilidades fueron utilizadas por el orden senatorial para llegar a ser la clase de los grandes terratenientes y para hacer surgir por todo el Imperio inmensos latifundios.

La importancia de la vestimenta

La vestimenta ha sido siempre una especie de código social, que actúa más allá de las palabras. Distinción de clases, categorías profesionales, pertenencia a un grupo, etc. Esto era en la antigüedad, y actualmente sigue siendo la vestimenta un recurso de identidad entre jóvenes y no tan jóvenes.

En época de Constantino, el estatus social se reflejaba en el vestido. Las leyes decían quién podía usar o no cierta prenda, y penaban su uso indebido. El emperador del Bajo Imperio no viste como sus predecesores, que llevaban lo mismo que los senadores. Ahora, se castiga con pena capital vestir con tejidos y colores que son de exclusivo uso imperial.

La púrpura, muy especialmente, es de uso exclusivo del emperador y de alguno de sus miembros. Procedente del Cercano Oriente unos dos mil años a. C., pasó a ser distintivo de la corte. Algunos emperadores anteriores a Constantino habían querido lucirla, pero recibieron críticas por lujo excesivo y ostentación de poder. Diocleciano la recuperó como distintivo imperial. La palabra «púrpura» se convirtió en sinónimo de alta dignidad imperial. Y fueron necesarias algunas leyes que prohibieran el uso de la *sericoblatta*, seda tejida con púrpura roja, puesto que ésta en particular estaba reservada a la familia imperial. Usurpar el color rojo y la púrpura podía ser castigado con pena de muerte, por entenderse usurpación de poder. La existencia de leyes

prohibiendo el uso de este tejido indica, cuando menos, que hubo personas que lo utilizaban. Pero el hecho de que se repita la misma ley varias veces en el *Código Teodosiano* refleja, posiblemente, que fue inútil su prohibición.

El emperador vestía manto rojo. Debajo, túnica de seda con bordados de oro, ceñida al cuerpo y sujeta por un cinturón también de púrpura. El manto se sujetaba al hombro derecho con un broche de oro y piedras preciosas. Con tal indumentaria la epifanía impresiona más. La diadema del emperador con piedras preciosas brillantes emitía reflejos de su luz divina. Diocleciano introdujo las piedras preciosas también en el calzado. Quería que todo de la cabeza a los pies reflejara destellos de luz.

Otros símbolos imperiales eran el globo y el cetro. El globo era el símbolo del universo sobre el que ejerce su poder, con un águila alada que se posa sobre él. Y el cetro era el bastón de mando, símbolo del triunfo. Por último, casco, espada y lanza completaban los símbolos militares propios del emperador que ostenta el triunfo.

La aparición del emperador impresionaba a quienes tenían el privilegio de estar presentes en sus ceremonias. Se conservan algunos textos que describen tal momento. En especial, su entrada en la sala de sesiones durante el concilio de Nicea:

Poniéndose todos en pie a una señal, que indicaba la entrada del emperador, avanzó éste al fin por en medio, cual celeste mensajero de Dios, reluciendo en una coruscante veste como con centelleos de luz, relumbrando con los fúlgidos rayos de la púrpura, y adornado con el lustre límpido del oro y de las piedras preciosas.

Pero no faltaba tampoco quien se burlara de tanta ceremonia:

¿Cuándo crees que le ha ido mejor al Imperio romano?, ¿desde que estáis empurpurados y envueltos en oro y con piedras preciosas de montes y mares extranjeros os coronáis, os calzáis, os revestís, os abrocháis y tapizáis vuestros sitios? La verdad es que os habéis convertido en un espectáculo de lo más abigarrado, como los pavos.

De cuantos elementos constituyen el símbolo del poder imperial sobresale, por excelencia, el trono. Al margen de su tamaño y riqueza, lo que distingue al trono es su elevación sobre todo lo que le rodea. El ámbito real para la ubicación del trono eran los ábsides escalonados que realzaban su elevación y aislamiento. En el *missorium* de Teodosio se puede apreciar la diferencia entre la altura del emperador sentado en su trono y los senadores a una altura inferior.

Entre tanta parafernalia ceremonial, el papel del Senado se vio ligeramente modificado. Lejos estaba ya el viejo Senado de Roma que tenía plena autoridad. Ahora, el Senado de Constantinopla pasó a formar parte de la comitiva del emperador.

Senado, Consistorio y guardia palatina, además de los eunucos que ocupan un lugar relevante, he aquí la nueva comitiva. Y al frente, el eunuco mayor o gran chambelán. Asexuados, los eunucos atendían los aposentos de las emperatrices y mujeres de la corte (compárese la corte de ángeles asexuados que acompañan a Dios: sexo y divinidad no encajan juntos. Igualmente, los obispos se rodean de vírgenes que han renunciado al sexo. Las vírgenes eran utilizadas como instrumento de poder y prestigio de los obispos). Los eunucos contribuyen a realzar la majestad del

emperador al igual que el oro, las piedras preciosas y la púrpura.

Un filósofo ironizó así el papel de los eunucos en la corte:

«Todos éstos con los que convivís en vuestras estancias y en otros lugares y para quienes la entrada al palacio está más expedita que para los generales y capitanes; éstos cuyo contento procuráis, individuos de poca cabeza y cortas entendederas, a los que la naturaleza marca con algún defecto, como los banqueros que falsifican moneda; éstos, fingiendo a la vez risa y llanto sin acabar nunca, con gestos y gritos y todas las demás bufonadas de que son capaces, os hacen perder el tiempo y, con males aún peores, os consuelan de esas tinieblas que tenéis en el alma por no vivir de acuerdo con la naturaleza. Este es el fruto que sacáis de vuestro sorprendente modo de vida: de los más sensatos de vuestro pueblo sospecháis y os revestís de majestuosidad ante ellos, mientras a los necios los admitís a vuestra presencia y ante ellos os desnudáis».

A partir de Constantino, también el ceremonial de la corte empieza a cristianizarse. La corte celestial se llena de ángeles eunucos, y la púrpura permanece como el distintivo de la más mundana de las dignidades eclesiásticas, el cardenalato.

Cómo veía al emperador la gente de la calle es difícil saberlo, pero por la reacción que produjo años después la actitud de Juliano de suprimir eunucos, boato, crápulas y parásitos, parece ser que a la gente le gustaba la ostentación de riqueza y ceremonial. Las formas gustan, pues la ceremonia inspira respeto a la gente.

Por eso lo pagó tan caro Juliano, que contra todo boato defendía la sencillez y uso de la barba, melena larga, uñas negras, odio a los espectáculos, al circo y al teatro, pues allí era donde precisamente el emperador podía hacer gala de su magnificencia y majestuosidad. Le criticaban que se dignase a hablar con personas de la calle. La popularidad era, precisamente, todo lo contrario: aparecer distante y majestuoso. Juliano, el gran Juliano a quien apodaron El Apóstata, quiso ser más filósofo que emperador, y eso no se lo perdonaron. Expulsó del palacio a los cocineros y barberos como primera medida de su rechazo ante gastos superfluos, y le salió mal.

Y es que, en esa época, el ritual no era una máscara del poder. Era en sí mismo la representación del poder.

¿La gente sabía leer y escribir?

En el siglo de Constantino no hubo grandes escritores ni sobresalió nadie en particular por su interés en lo que hoy llamamos Cultura. Hubo escritores que llenaron cientos de páginas con elogios al emperador. Pero desde luego esto no representa la cultura de una época.

Nadie escribió un manual de arquitectura como hizo en otro tiempo Vitrubio. Ningún escritor emprendió la magnífica aventura de plasmar en una enciclopedia los conocimientos del universo como hizo Plinio en su *Historia Natural*. Y si hubo médicos en tiempos de Constantino, desde luego no se repitió el caso de Galeno o de Sorano que explicaron las enfermedades del cuerpo y daban consejos a las mujeres en su embarazo. El Imperio romano era cada vez mayor y más poderoso; no hubo, sin embargo, ningún geógrafo como en tiempos de Estrabón, que explicara a los lectores las excelencias de las tierras conquistadas. Y en el campo de las

leyes, no se repitieron juristas como Ulpiano, o Papiniano, dueños de una clarividencia excepcional.

¿Por qué esta pobreza intelectual en tiempos gloriosos para un Imperio que ya no conocía límites ni fronteras? ¿A qué se dedicaban las personas que podrían haber escrito grandes obras para la humanidad? ¿O acaso todo lo que preocupaba a los súbditos del Imperio era observar la pompa y ceremonial de la corte del emperador? ¿Tan conformistas eran las gentes de la época de Constantino? ¿Tendremos que pensar tal vez que a nadie le importaba nada sino los asuntos de religión? No. No interesaban solamente los asuntos de religión. Interesaba ascender en los puestos de la administración. Los hombres del siglo IV tenían mentalidad de funcionarios. Y como tales, eran de mentalidad estéril y poco ambiciosa. No se dejaron seducir por el conocimiento, ni por la curiosidad de averiguar cuan inmensa puede llegar a ser la inteligencia aplicada a las necesidades del espíritu.

Hubo, como es de esperar, muchos hombres que alcanzaron puestos importantes en el ambiente de la corte. Un puesto importante equivalía a poder político. Por su lealtad al emperador, algunos pasaron a ser tutores de los príncipes. Otros obtuvieron el gobierno de alguna provincia, o pasaron directamente a prestar sus servicios en la administración central. En este abanico caben nombres como Lactancio, Ausonio, Símaco, Paulino de Nola, y muchos otros.

Los emperadores sentían la obligación de impulsar el aprendizaje. Unos más que otros, por supuesto. Juliano El Apóstata, por ejemplo, era famoso por su entusiasta dedicación a leer y a aprender. De hecho, la desgracia de Juliano fue que era más filósofo que emperador. Y ese perfil no encajaba bien en la época que le tocó vivir.

Constantino, que no tenía nada de intelectual, sin embargo animó a cuantos quisieran entrar en el mundo

académico. Su sucesor Constancio sí destacó por su elegante estilo en la escritura. Y poco más que su afán por compilar lo que otros habían hecho fue lo que caracterizó a emperadores como Teodosio y Justiniano.

El interés de los hombres del siglo iv iba por otros derroteros que no eran el cultivo de las ciencias y las letras. Su interés estaba centrado en asuntos militares.

En cuanto a estudios superiores en las escuelas, había muy pocas escuelas. Las disciplinas técnicas, que constituían la enseñanza posterior a la lectura, al cálculo y a la geometría, interesaban a muy pocos. Las autoridades intentaron poner remedio a esta situación ofreciendo becas a los estudiantes, creando academias especializadas, y haciendo promoción de mecenas interesados en proteger a los estudiantes con talento. Pero el esfuerzo fue en vano. Y además los profesores gozaban de poca simpatía entre los oficiales. Se leía poco. Se escribía poco, y tal vez se pensaba poco.

Lo que es cierto es que, siendo el siglo iv una época propicia para un renacimiento cultural, fue todo lo contrario. Gobernadores de provincia de alto rango se conformaban con saber leer y escribir; y entre sus ayudantes, muchos ni siquiera sabían leer.

Esta situación tan lamentable tiene sin duda sus causas; quizás haya que buscar la primera en la incorporación al trono de hombres como Diocleciano, quien sabía mucho de estrategia militar pero apenas sabía quién fue Homero. Y de un emperador con poca cultura hay que esperar inevitablemente que se rodee de personas de igual perfil. A partir de Diocleciano, en efecto, entran en la escena política gentes que traen modales del campo y una educación poco refinada. Constantino, por su parte, sentía simpatía por los bárbaros, y con ellos formó un gran ejército. Después de él, fue cada vez más habitual hablar de una sociedad

militarizada y rústica. Lejos quedaban ya los generales cultos como Julio César, capaz de combinar históricas batallas con la escritura de episodios que él mismo inmortalizó en su *Guerra de las Galias* y en *La Guerra Civil*.

En la época de Constantino fue surgiendo una nueva aristocracia procedente del campo, y que iba modelando las aspiraciones de la nueva sociedad. Esta aristocracia advenediza trajo consigo un menosprecio por la cultura, a la cual consideraba poco práctica e incluso peligrosa. Las ciencias pasaron a ser pseudo-ciencias, y las matemáticas un arte diabólico en palabras de Diocleciano; acerca de la filosofía que originalmente fue el amor por la sabiduría se preguntaban con desprecio qué es eso de la sabiduría. Hubo, eso sí, abundantes escritores de retórica y de asuntos relacionados con la magia y amuletos.

En cuanto al interés por estudiar los fenómenos naturales, un obispo opinaba que eso era algo superfluo y que no estaba al alcance de la mente humana. Otro de los obispos se escandalizó cuando alguien afirmó que los terremotos no son provocados por la ira de Dios sino que son un fenómeno de la naturaleza. Quienes defendían esto último eran llamados herejes. Pero esto no debería sorprendernos tratándose de una época en la que triunfó una religión de acogida inmediata en los círculos más humildes y más ignorantes. Una religión que, a su vez, era enseñada a través de personas poco cultivadas. En resumen, una religión que creía que aspirar a la sabiduría en este mundo es lo mismo que estar loco. El odio a la cultura y la condena del conocimiento son dos flancos que avanzaron al mismo ritmo que la nueva religión que se iba abriendo camino.

Una de las consecuencias de esta pobreza cultural fue la afición por lo milagroso; mejor dicho, por lo que entonces se entendía como milagroso.

De un tal Apolonio de Tiana, que tenía fama de mago y charlatán, se decía que era un vidente.

Predijo la plaga de Efeso. Sus enemigos —que los tenía igual que los tienen nuestros videntes— le retaron ante el emperador a que demostrara que su capacidad de ver el futuro no la había obtenido con ningún truco de magia. Como respuesta, esto fue lo que dijo:

Sigo una dieta más ligera que los demás, y eso me permite ser muy sensible a los peligros futuros. Esta dieta preserva mis sentidos como en una especie de éter y me protege contra las maldades; gracias a ello puedo predecir lo que nos reservan los dioses para el futuro inmediato. Pero esto sólo es posible gracias a la sabiduría.

La consecuencia de creer en los milagros de la magia es que no hace falta aprender, ni estudiar, y mucho menos aspirar a la cultura. En el fondo, esto es en lo que consiste la fe, en no preguntar el porqué de las cosas. Personajes como Apolonio de Tiana abundaban en los siglos III y IV de nuestra era; tal es así que se generalizó una forma de pensar entre la gente: si uno tiene poderes, ¿para qué hacen falta las letras?, ¿de qué sirve a los filósofos romperse la cabeza con ideas imposibles si luego recurrimos a los monjes que sin tener cultura adivinan el futuro? Y si no, que le pregunten a Evagrio, un monje famosísimo, que decía «bienaventurados los ignorantes...».

Llegados a este punto, uno puede preguntarse cómo se llegó a esta situación de falta de interés por la cultura. Resulta extraño que los escritores que realmente destacaron fueran escritores de la Iglesia y no hubiese escritores interesados por la ciencia. Pero ¿qué se puede esperar de una época en que la gente estaba convencida de que su

emperador había ganado una batalla por la visión de una cruz?

En tiempos anteriores de la historia de Roma, hubo igualmente diferencias de clase entre los patricios y los plebeyos. La diferencia no radicaba solamente en su poder económico sino también cultural. Pero en la época de Constantino el cristianismo fue eliminando la frontera entre cultos e incultos, ya que se consideraban como personas cultas aquellas que creían ciegamente en los milagros y apariciones, en los poderes de los santos, y en muchas otras supersticiones. Y desde luego lo que hoy entendemos por cultura tenía poca cabida.

Indudablemente, de un mal gobernante resultará difícil que surjan ideas brillantes en lo político, en lo social y por supuesto en lo cultural. Pero de un buen gobernante como Constantino, iluminado por la gracia de Dios, pudo haber salido alguna propuesta para favorecer la cultura de los ciudadanos del nuevo Imperio que él dirigía. En su lugar, sin embargo, despreció las enseñanzas de Sócrates, de quien decía que perdía el tiempo buscando argumentos contradictorios. De Platón destacó lo equivocado que estaba del camino de la verdad. A Pitágoras lo despreció con ironía. En cuanto a los juristas de la época clásica, lamentaba que hubiesen perdido tanto tiempo con discusiones inútiles. Constantino, en definitiva, dio importancia a una sola voz, la suya. Y su voz no podía estar equivocada porque tenía protección divina. Ante este argumento, del que él estaba completamente convencido, no cabía discusión alguna. Y por eso no resulta sorprendente que en su época supiera leer apenas un diez por ciento de la población. *Absint doctil* fue la frase preferida del emperador. ¡Fuera los eruditos! No hacen más que confundirnos. Lo único que prevaleció en tiempos de Constantino fue defender la necesidad de

convertirse a la nueva religión como la única verdadera. Las demás, todas eran superstición.

Digamos que el emperador dedicó su energía a hacer propaganda del *Do ut des* en que convirtió su política religiosa. Es decir, como debía su victoria a Dios, tenía que hacer propaganda de la religión cristiana entre los súbditos. En suma, tenía que devolver el favor a su protector.

En suma, no es que el siglo de Constantino fuese un siglo de decadencia cultural, es que sencillamente interesaban otras cosas. Hubo, en efecto, alguna innovación importante debido a las exigencias técnicas del momento. La innovación más importante fue la aparición del código, un invento revolucionario que nos permitió después disfrutar el formato del libro. Hasta entonces los textos eran transcritos a grandes rollos —*volumina*— de papiros de Egipto primero, y de pergamino después. Copiado en columnas sobre un rollo de 6 a 10 metros que había que desenrollar, enrollar de nuevo al tiempo que se leía, el texto debía leerse sin interrupción; no se podía retroceder ni avanzar, debido a la fragilidad de estos rollos extremadamente delicados. No había índices, así que la búsqueda de un pasaje concreto era casi imposible. Se comprenderá, pues, la revolución que supuso la aparición del libro hecho pliegos escritos por ambas caras, que permitía sostener el código con una sola mano y con la otra escribir. A partir de entonces, fue posible la lectura en silencio, sin necesidad de un lector.

El enorme desarrollo de la burocracia trajo consigo la aparición de tecnicismos y, por consiguiente, la necesidad de conocimientos que se adquirirían con el aprendizaje del derecho. A lo largo del siglo IV creció el número de personas interesadas en aprender derecho y en ejercer como abogados en asuntos relacionados con la administración. Aprender derecho suponía naturalmente aprender

elocuencia, única herramienta que distinguía a un romano de un bárbaro.

Para ver un cierto interés por la cultura hubo que esperar al final del siglo iv, en el cual se produjo un renacer de las letras y de las ciencias. Pero sobre todo llegó la moda de los epítomes, de los compendios, y de las compilaciones. Fue algo similar a lo que ocurrió hace años en el mundo editorial, cuando se tomó la iniciativa de divulgar en formato resumido algunas obras que originalmente tenían una gran extensión.

Tuvieron éxito en el siglo iv los cuentos y las leyendas, pero muy especialmente las traducciones. Se tradujeron del griego al latín las obras de filosofía y de moral, las obras de medicina, los poemas, las novelas (la *Novela de Alejandro* escrita en la época de los Severos), las crónicas, y las vidas de los santos. Hubo un resurgir paulatino de la cultura pagana en la segunda mitad del siglo iv, período que recuperó de forma espectacular las obras de Terencio, Virgilio, Cicerón, Salustio, Séneca, y tantos otros. A partir de este momento, se identifica a la persona culta con la persona que sabe hablar bien. La oratoria se convierte en la reina de las escuelas, y Cicerón es el espejo en el que aprenden cómo hablar y escribir con elegancia.

Oratoria y elocuencia traen consigo inevitablemente una ola interminable de Panegíricos —discursos pomposos— que ensalzan las cualidades del emperador.

5. EL GRAN PROTAGONISTA: EL OBISPO

Difícil de definir, el obispo es un ser difícil de atrapar en la red. Por ello resulta tan atractiva y original su figura. El obispo tiene un poco de sacerdote, político, jurista, filósofo, y juez. Es lo más peculiar de esta época.

Su influencia sobre el emperador era enorme. Estatus elevado, riqueza familiar, y formación cultural, tres cualidades que hacían de los obispos excelentes candidatos para dirigir la sociedad de su tiempo. El hecho de ser sacerdotes les concedía libertad de acción y prestigio social. La condición de obispo era una especie de unión entre sacerdote y político laico, lo cual le hacía diferente, original y sumamente poderoso. Todo eso, unido a su habilidad en el uso de la palabra, le convirtió en principal protagonista del siglo IV. El perfil del obispo perfecto era origen aristócrata, bien formado en el uso de la retórica, buen político, y sobre todo diplomático. Uno de los gestos que exigía el canon de los buenos modales era resistirse al nombramiento. Era un gesto de buen gusto hacerse rogar por timidez o humildad, aunque encubierta de ambición. Demasiada ambición evidente no es buena, ya que ella genera violencia por mantener el cargo. Así que conviene rechazar el poder, aunque sea aparentemente.

La retórica forma a los nuevos dirigentes de la sociedad. Por eso los obispos se convirtieron en los dirigentes políticos

de su tiempo. Los poderosos son para los obispos como las manos, los instrumentos de que se sirven para ejercer su influencia. La capacidad retórica del obispo mediante las epístolas era enorme. El buen orador era una garantía para la ciudad y, por consiguiente, se vio en el obispo a la persona que protege a su comunidad.

En la Roma republicana el prestigio político se alcanzaba mediante el ascenso en la carrera de magistraturas. Ahora, el episcopado equivale a las magistraturas. Desde que Constantino abrió las puertas a todos los obispos en el concilio de Nicea, hubo la sensación de que éstos manejaban las palancas del poder hasta niveles muy altos. Saber estar junto al poder sin contaminarse fue lo que sublimó la figura del obispo. El ejemplomás claro del poder del obispo es Ambrosio, por obispo de Milán. Nunca intentó eclipsar a Teodosio compitiendo por su poder, más bien lo eclipsó censurando los errores y la soberbia del emperador.

Y es que, en los tiempos de los que hablamos aquí, dominar el uso de la palabra era dominar el mundo. El llegar a ser obispo se convierte en un ideal y también en un objetivo muy apetecido, y en una forma de promoción social que compite y supera la posibilidades que ofrecía la carrera política y civil a través de la magistraturas. En las décadas siguientes a Constantino, encontramos algunos casos de campesinos incultos quienes, llevados por la ambición de grandeza y poder, sirvieron primero como eunucos en la corte imperial y después fueron hechos obispos.

Tal fue el boom alcanzado por la figura del obispo, que se elaboró una especie de perfil ideal en torno a su origen, función, y carácter. Ello tenía como objetivo liberar al obispo de sus connotaciones políticas y sociales y acercarlo al ideal religioso. Son conocidas las palabras de Gregorio de Nisa exhortando a los clérigos de Nicomedia sobre los criterios que debían evitar para cubrir la sede vacante de la ciudad:

Buscar el nacimiento, la riqueza, el brillo mundano entre las cualidades del obispo no es lo que nos prescribe el Apóstol. Si alguna de estas cualidades acompaña de forma espontánea a quienes tienen funciones de dirección, como una sombra que sigue a la realidad, nosotros no las rechazamos. Pero no es éste el caso, pues hay cualidades más valiosas.

No olvidemos que el obispo es, ante todo, un sacerdote. Y como tal, heredero y continuador de las tradiciones antiguas; por eso no resultaba fácil imponer en la mente de los hombres una visión espiritualizada del sacerdocio, que además gozaba de un prestigio social como ningún otro cargo público.

Si alcanzas la condición de gran sacerdote de Apolo te convertirás en un hombre eminente en la ciudad; podrás intervenir de una forma decisiva en las elecciones sacerdotales, controlarás las instancias presentadas a los gobernadores provinciales y las embajadas al emperador, cualquiera que sea su naturaleza y, entre otras ventajas, disfrutarás de riqueza, del liderazgo de la comunidad, de grandes honores y de la más brillante reputación».

Ser obispo, pues, era casi un ideal de vida.

Había dos formas de alcanzar fama y prestigio en el mundo: una, con el ejercicio de la política; otra, con el de la retórica y la filosofía. Los obispos cristianos supieron servirse para superar el prestigio del político, no sólo de la filosofía, sino también de la retórica. Para nosotros que ya estamos acostumbrados a tener acceso a todo tipo de información quizá nos resulte extraño el inmenso poder que llegó a tener

el obispo gracias al uso de la palabra, pero el escenario impresionante de la basílica cristiana era un foro extraordinario para ejercer ese poder de persuasión. El obispo es, de hecho, el mejor modelo de diplomacia que ha existido nunca.

El obispo por excelencia en la época de Constantino fue sin duda Osio de Córdoba, y el personaje más influyente en la política religiosa del emperador. Presidió el concilio de Nicea y participó activamente en la controversia arriana como principal defensor, junto a Atanasio de Alejandría, de los postulados de Nicea. A pesar de todo, sabemos poco de su obra escrita. El único escrito que se ha conservado es una carta al emperador Constantino transcrita por Atanasio en Alejandría en su Historia de los arrianos. La carta es de la época en que la controversia arriana está en pleno apogeo, después del 355. El emperador Constancio ejercía presiones sobre Osio para que éste condenara a Atanasio.

Osio, ya centenario, responde al emperador con esta carta en la cual pone de manifiesto la entereza y dignidad que mostró en toda su larga vida.

«Osio al emperador Constancio, salud en el Señor: Yo confesé a Cristo ya una vez, cuando tu abuelo Maximiano suscitó la persecución. Y si tú me persiguieres, pronto estoy a padecerlo todo, antes que a derramar sangre inocente y ser traidor a la verdad. De ningún modo puedo aprobar tu conducta, ni tus escritos, ni tus amenazas. Deja de escribir semejantes cosas; no pienses como Arrio, ni des oídos a los Orientales, porque lo que éstos dicen no lo dicen para favorecer a Atanasio sino a su herejía. Créeme, Constancio, a mí, que por la edad podía ser tu abuelo...

Teme el día del juicio y consérvate puro para él. No te entrometas en los asuntos eclesiásticos, ni nos mandes sobre puntasen que debes ser instruido por nosotros. A ti te dio Dios el imperio; a nosotros nos confió la Iglesia. Y así como el que robase el imperio se opondría a la ordenación divina, guárdate tú de incurrir en el horrendo crimen de adjudicarte lo que toca a la Iglesia. Escrito está: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Por tanto, ni a nosotros nos es lícito tener el imperio en la tierra, ni tú ¡oh rey!, tienes potestad en las cosas sagradas...»

El poder de la palabra

La palabra era sin duda la mejor arma y la más eficaz. Económica, directa. Quienes hubiesen pasado por la escuela de retórica eran considerados más inteligentes, más refinados, y eso les marcaba para el resto de su vida. La retórica era la reina de las disciplinas. Con ella las personas influyentes discutían cara a cara con sus superiores y con sus iguales.

Política y buena educación retórica estaban relacionadas. Los jóvenes aprendían a «limpiar sus lenguas», se preparaban para lo más importante, actuar en público a través de la palabra. Y no sólo palabra, sino cortesía y buenas maneras.

El escenario, la basílica. Desde su trono episcopal, la palabra del obispo llegaba a todos. Recursos literarios y retóricos que solamente los obispos conocían, y utilizaban con eficacia en sus sermones, captaban la atención de sus oyentes ávidos de mensajes nuevos. Todo ello, acompañado de coros de vírgenes cantando. Pero el poder de la palabra

era tan inmenso porque lo religioso era inseparable de lo político y lo social.

El obispo era elegido por un juicio de Dios que se manifestaba mediante el sufragio del pueblo y su posterior convalidación por el asentimiento de otros obispos que le ligaba a la Iglesia universal en la comunidad de Dios. Ello significaba asumir una magistratura perpetua que hacía de él un jefe único y vitalicio de su comunidad. En definitiva, el suyo era un poder sagrado y monárquico muy similar al del emperador.

El obispo fue partícipe de la autoridad imperial, intermediario eficaz entre la divinidad y los humanos, entre el emperador y los súbditos.

Considerado sabio por su experto uso de la palabra, el obispo trajo un nuevo significado a la palabra «culpa» no conocido hasta entonces. No se trataba ya de la culpa que se debe pagar con un castigo impuesto por la ley, sino una culpa que sólo se puede expiar con una sanción sobrenatural. Los obispos trajeron un nuevo concepto de la ira de Dios y de su piedad inconmensurable a través del arrepentimiento y las buenas obras. La voluntad del emperador de escuchar al obispo, y la necesidad de contar con su consejo, trajo efectivamente una nueva forma de poder. Lo que está claro es que un lenguaje que fue capaz de convertir una religión minoritaria en religión universal merece como mínimo un respeto. Un respeto que fue transformándose con el tiempo en un verdadero mito.

En la tradición bizantina posterior a Constantino se gestó el mito de EL EMPERADOR, con mayúsculas y sin apelativos, en referencia al primer emperador cristiano cuyos méritos fueron reconocidos universalmente, hasta el punto de que algunos cambiaron su propio nombre o el de sus hijos para adoptar el de Constantino. Leo V cambió el nombre de su hijo mayor por el de Constantino; y también lo hizo Basilio I.

Fuese o no considerado por algunos como usurpador por haber alterado las bases de la Tetrarquía de Diocleciano que rechazaba la sucesión hereditaria, lo cierto es que Constantino se ganó la admiración de sus sucesores como el prototipo de líder imperial, punto de referencia indiscutible, y como símbolo de identidad del Imperio.

6. PELIGROS DE LA SEXUALIDAD

En España se produjo una repentina iluminación después de los cánones elaborados en un concilio de 19 obispos reunidos en el sur de España poco antes de la persecución de Diocleciano.

En el año 306 aprox., un número de obispos y presbíteros viajó al sur de España para reunirse en una basílica de Elvira, un pueblo cerca de Granada. 81 decisiones manifestaron su autoridad sobre las iglesias. Estos cánones, los primeros de ese tipo que sobrevivieron en la historia del cristianismo, son un testimonio fascinante para conocer la evolución de la iglesia primitiva. Están llenos de confrontaciones interpersonales, de tensiones entre lenguaje y realidad, de contradicciones en torno a las necesidades morales cristianas; y son sobre todo testimonio del éxito arrollador de la Iglesia.

Analizando el lenguaje de estos cánones, y observando las contradicciones que hay en algunos de ellos, se puede apreciar cómo fue avanzando el cristianismo desde que era una secta minoritaria hasta que se convirtió en religión del Imperio.

En este concilio, al que por supuesto acudió Osio, obispo de Córdoba y asesor personal de Constantino, casi un cincuenta por ciento de los cánones tratan el tema de la sexualidad. Obviamente, los obispos no viajaron hasta Granada para hablar de sexo, lo cual indica que los asuntos que se trataban en el concilio les llevaban inevitablemente a

abordar algún aspecto relacionado con la sexualidad. Es en estos cánones, precisamente, donde más claro se manifiestan los miedos y las angustias de la nueva religión en sus comienzos.

Los razonamientos que contienen dichos cánones se repiten una y otra vez, lo cual indica la seria preocupación que despertaba en los obispos el asunto de la sexualidad, que hoy se conocería con el nombre de ética situacional, o algo así.

Nos sorprende, cuando menos, la severidad de algunas penas impuestas a delitos que a nuestro juicio no parecen tan graves. Pero a medida que leemos el contenido de dichos cánones, observamos que la desproporción entre crimen y castigo no es sistemática sino que depende del estado emocional de quienes los elaboran. En primer lugar, la forma de expresar sus decisiones no surge de la nada; se emplea el modelo utilizado en las asambleas romano-cristianas y en el antiguo lenguaje legal: *placuit inter Nos...* «hemos decidido...»

Lo que es nuevo en este concilio es la aplicación de ciertos cánones a asuntos particulares y a una persona determinada. Por ejemplo, la prohibición de recibir la comunión se aplica a los tres pecados capitales de apostasía, adulterio, y asesinato. Asimismo, el perdón otorgado en el lecho de muerte no era nuevo de este concilio, sino anterior. Sin embargo, el sínodo concedía tal perdón en ciertos casos; y nunca a un clérigo.

En realidad, las penas impuestas en estos cánones demuestran que sus decisiones fueron el principio de algo que siguió aplicándose dos mil años después. No resultan tan lejanos. De hecho, todos recordamos la censura impuesta a determinados autores, artistas exiliados, o nombres prohibidos, heterodoxos condenados, etc. Para que estos cánones no nos parezcan tan de otro mundo basta con

que comparemos, por ejemplo, el canon 36, que dice así: *No habrá pinturas en las iglesias a menos que sean pintados en las paredes para recibir adoración.*

Pues bien, hace años Richard Nixon dijo algo que merece repetirse aquí:

«Nosotros no somos pro árabes ni pro israelíes. Somos pro paz. Estamos por la seguridad de todas las naciones».

Es decir, las palabras pueden ser verdaderas y falsas al mismo tiempo. Entender con total claridad los motivos de unas leyes y de unos cánones no resulta fácil, pues son el resultado del razonamiento humano que en sí es ambiguo y contradictorio. La paradoja que a veces contienen las leyes no nos debe extrañar. La vida es ambigua, la historia es ambigua, porque el ser humano es ambiguo. Pretender, pues, que el primer emperador cristiano sea coherente y claro en todas sus acciones es olvidarnos de que Constantino era también un ser humano. Exigirle lo que no exigimos al resto de los humanos es caer en el mismo error de quienes le consideraban un dios. Porque quizás en ningún otro momento de la historia la apariencia estuvo más alejada de la realidad.

Tal vez en las decisiones legislativas es donde más se percibe el conflicto permanente entre el mundo y quienes lo habitan. En este sentido, los cánones eclesiásticos reflejan bastante bien los miedos y las preocupaciones de la iglesia primitiva.

He aquí un ejemplo del esquema que seguían los cánones:

1. la persona: el sacerdote
2. la causa: que después de recibir el bautismo realiza sacrificios
3. la justificación: puesto que ha cometido tal crimen

4. la autoridad: hemos decidido
5. la decisión: que no recibirá la comunión.

Los cánones empiezan casi siempre nombrando a la persona culpable ante la asamblea; sean mujeres, sacerdotes, jóvenes, hombres libres. Al nombrar al culpable, se pronuncia su nombre con una carga emocional. Es como si la finalidad del canon fuese hacer recaer todo su peso en la persona contra la cual se establece dicho canon. No se penaliza el delito, sino al delincuente. Un canon siempre se refiere a «aquel que cometa adulterio...», o bien «la mujer que aborte, será inmediatamente excomulgada». De los 81 cánones que comprende el concilio de Elvira el tema central gira en torno a la identidad de los clérigos y al control sexual. Los concilios eclesiásticos aportaron un cambio sustancial en lo que se refiere a la naturaleza divina. Cristo es Señor, no César. De modo que todo el ceremonial de la Iglesia estaba dedicado al Señor de la comunidad cristiana, no al César como en tiempos anteriores. En este sentido, el concilio de Elvira es un documento extraordinario para ver cómo la Iglesia va definiendo su propia identidad, y pone de manifiesto que los nuevos protagonistas son los obispos, auténticos creadores de un lenguaje nuevo que tendrá muy pronto sus rasgos y características particulares frente al lenguaje jurídico de los códigos imperiales.

Amenazas combinadas con ofrecimiento de perdón transitan en los cánones, cuyo castigo suele estar contenido en una sola palabra: anatema.

Prohibiciones ambiguas alternan con otras más rotundas e inequívocas, por ejemplo, la unión de cristiana con judío. Pertenecer a la comunidad cristiana suponía no ser hereje ni judío; pero es sin duda la cuestión sexual la que protagoniza este concilio. En él se penaliza el adulterio, la prostitución, las relaciones fuera del matrimonio, el aborto, la

homosexualidad, y también la coquetería provocadora. Pero no deja a un lado ni a los actores, ni peluqueros, ni mujeres que pasan la noche en los cementerios. De la sexualidad acepta, únicamente, la practicada dentro del matrimonio. Y por supuesto quedan prohibidos actos contra natura, tales como la sodomía y posturas realizadas a tergo, por la espalda.

El concilio de Elvira, cuyo objetivo primordial era tratar de la apostasía, acabó monopolizando el tema sexual de modo espontáneo. Donde hubiera mujeres, había problemas. Y donde había problemas relacionados con la sexualidad, los obispos veían la necesidad de controlar las actividades entre hombres y mujeres en la esfera más íntima, y por ello más peligrosa.

Para entender la razón de tanta preocupación en torno al ámbito sexual, quizá sea conveniente preguntarnos ¿quién era cristiano, y quién no lo era? En la época de las persecuciones esta pregunta podría responderse con claridad: el cristiano era un miembro de una iglesia que luchaba bajo la bandera de su figura histórica, Jesús de Nazareth; luchaba contra la situación religiosa que tenía entonces el Imperio romano con su ideología. Cuando cesaron las persecuciones, se produjo una crisis de identidad. ¿Contra qué iban a luchar los cristianos cuando ya no eran perseguidos? El enemigo real había desaparecido, pero en su lugar se avistaba otro enemigo difícil de describir, pero que afectaba al comportamiento de todos los humanos. El sexo empezó a verse como un adversario perturbador de la paz cristiana. El sexo ponía en peligro el control de la comunidad.

El principio fundamental del concilio era defender el matrimonio. Pero una vez establecida la defensa del matrimonio, se vio que el matrimonio erróneo podía ser peor que el adulterio. Por matrimonio erróneo se entendía la

unión con un pagano, con un judío, o con un hereje. Es decir, la unidad de la iglesia se ponía en peligro si se unían hombres y mujeres de distinto credo.

El mensaje de los cánones era el siguiente: si tú actúas siguiendo este modelo, entonces formas parte de la comunidad cristiana.

Muy pronto se dieron cuenta los obispos de que el principal problema eran las mujeres. Los clérigos estaban expuestos a la irremediable tentación de caer rendidos ante las mujeres. Pues las mujeres son todas sin excepción seductoras del sexo masculino. Y eso lo tuvieron muy presente los obispos. Entre la naturaleza débil y poco fiable de las mujeres, y su inclinación innata a seducir, las mujeres pasaron a ser el problema número uno de los obispos. Y algunos cánones están redactados con un tono agresivo contra ellas, lo cual no es de extrañar puesto que quienes redactaban tales cánones sufrían ellos mismos la represión de no caer en la tentación que veían por doquier.

Un nuevo invitado: la culpabilidad

Constantino ganó la batalla de 324 como un libertador: salvó Oriente del gobierno opresor, y a los cristianos de Oriente los rescató de la persecución. En cuanto llegó a Nicomedia, cumplió las promesas que había hecho. Como nuevo amo de Oriente, anuló las leyes de su adversario Licinio ahora derrotado, sustituyéndolas con sus nuevas leyes. Constantino envió dos cartas muy importantes a los habitantes de las provincias de Oriente. Una de ellas iba dirigida a las iglesias, y la otra iba dirigida a las personas que no pertenecían a ninguna iglesia.

Las cartas empezaban diciendo que el poder de Dios había dado siempre prosperidad a quienes habían

manifestado su fe en la religión cristiana.

Y quienes habían perseguido a los cristianos pagaron ya por su crimen. Con ello dejaba claro que Dios escogió a Constantino como su representante en la tierra, y que quienes siguieran sus mandatos vivirían en la prosperidad del Imperio.

El nuevo emperador devuelve las tierras a sus antiguos dueños, libera a los clérigos de sus obligaciones curiales, y libera del exilio a los cristianos que habían sido deportados a islas desiertas. Si de algunas tierras o propiedades no se conocía su dueño, inmediatamente pasaban a ser propiedad de la Iglesia. El emperador ordenó a los paganos que entregasen enseguida los bienes, casas, jardines, y todo lo que hubieran confiscado anteriormente a los cristianos y calcularan los beneficios que habían producido. Amenazó con castigar severamente a quienes se negaran a cumplir sus órdenes.

Mandó eliminar a los hombres de Licinio, sin celebración de juicio alguno. Quería dejar claro que todo lo que tuviera algo que ver con el paganismo merecía poco respeto. Prohibió levantar estatuas de culto pagano y consultar los oráculos, y por supuesto todo tipo de adivinación quedó rigurosamente prohibido, así como la celebración de sacrificios. Un cambio tan absoluto y tan repentino sorprendió a los paganos, que escribieron algunas cartas al emperador protestando por tales prohibiciones. Pero Constantino contestó furioso que el paganismo era un templo de falsedad, y con eso zanjó la cuestión.

Sin embargo, a continuación reconoce que los emperadores que persiguieron a los cristianos están ya pudriéndose en el infierno, y que por lo tanto su mayor deseo es que ahora todos puedan vivir en paz. Manifiesta que los paganos tienen derecho a vivir en paz, con lo cual despierta la tentación de que ellos también deseen hacerse

cristianos. Declara públicamente que a partir de ahora tolerará a los paganos por una sola razón, porque eliminarlos provocaría rebelión y desorden público.

Constantino da a conocer abiertamente cuál va a ser su política a partir de este momento. El cristianismo es la religión del emperador, y los cristianos pueden estar seguros de que recibirán un trato preferente. Los paganos pueden conservar sus templos, pero los sacrificios y ritos de adivinación quedan prohibidos.

En muchos asuntos, Constantino mostró cierta cautela que parecía ser una actitud de tolerancia religiosa. En Italia y en Oriente, donde él había sido emperador mucho antes de la fecha de 324, no hizo serios intentos de prohibir los sacrificios paganos. Sabía que no podía decepcionar a quienes en su día le apoyaron con su lealtad, fuera cual fuera su religión. Así que cedió en algunas cosas, y llegó incluso a pagar el viaje a un sacerdote de los misterios eleusinos que visitó la tumba de los reyes en Tebas, Egipto. Asimismo, recibió a un filósofo pagano en palacio, y saludó a un sacerdote de Apolo en Delfos que mostró su respeto a la casa del emperador.

En cualquier caso, ninguno de estos gestos significaba tolerancia hacia los cultos paganos. Constantino permitió que siguieran con sus ritos, incluso que construyeran nuevos edificios. Pero les permitió adorar a sus dioses solamente en el sentido cristiano de la palabra, no en la forma aplicada tradicionalmente. Dejó bien clara su política religiosa cuando respondió a una petición solicitándole permiso para construir un templo de la familia Flavia. Constantino respondió afirmativamente, pero especificó que el santuario dedicado a la familia imperial no estuviera nunca manchado por supersticiones contagiosas.

A partir de 324 Constantino mostró abierta oposición a todo tipo de manifestación religiosa que recordara las

prácticas grecorromanas. El cristianismo era ahora la religión del emperador, de modo que el paganismo tendría que adaptarse a las exigencias de la nueva religión. Y esta medida no se quedó en simple obligación sino que vino acompañada de una argumentación infalible: quienes la incumplieran ponían en peligro la salud del Estado. Es decir, serían culpables no sólo por desobedecer la orden imperial sino por arriesgar la paz del Imperio.

La culpabilidad fue, sin duda, un sentimiento nuevo que entró de la mano del cristianismo. Y no vino sola. Trajo con ella el miedo, la inseguridad, el temor de provocar la ira de Dios personificada en la figura del emperador. Cualquier atisbo de ambigüedad que hubiese en las acciones del emperador quedaba diluida por ese temor, que se transformaba en obediencia.

Constantino demostró su victoria sobre Licinio fundando una nueva ciudad como capital del Imperio. Este gesto, aunque pareciese un gesto simbólico, tenía una dimensión política. La nueva capital sería una ciudad cristiana en la cual los emperadores cristianos podrían tener su corte alejada de ritos provenientes de otras religiones.

El 8 de noviembre de 324 Constantino invistió a su hijo Constancio con la púrpura imperial y marcó de manera formal el perímetro de la nueva ciudad. El emperador la llamó Nueva Roma, aunque muchos preferían llamarla Constantinopla en honor a su fundador. Tanto la aceptación del cristianismo por parte de Constantino como su fundación de una nueva capital tuvo un efecto importante en la estructura de la religión. Entre otras cosas, Constantino consideraba que su deber como emperador era ayudar a definir lo que tenían que ser las creencias cristianas correctas.

No tenía dudas de su cualificación personal para intervenir en asuntos de teología. Ni se le ocurrió pensar que

no reuniera las condiciones necesarias para decidir con respecto a sutiles cuestiones teológicas. No dejaba que nadie olvidase que él se había convertido por iluminación divina.

Así que nadie tenía derecho a poner en duda su capacidad para asuntos metafísicos.

Constantino tenía muy claro que la verdadera religión era ortodoxa. Las otras variedades del cristianismo eran herejías (palabra griega que, precisamente, significa «elección»), y por tanto eran falsas porque permitían a cada cual elegir sus propios ritos. Curiosa contradicción para el arranque de la que iba a ser religión universal.

Seguirían existiendo riñas y disputas mientras no hubiese un arbitro que zanjase las discusiones entre las sectas. Todas las sectas apelaron al emperador, con la esperanza de convencerle de su propia verdad. Así que todas las sectas se doblegaron ante la idea de que el emperador era la cabeza de la Iglesia, lo cual recibió el nombre de cesaropapismo: el control del emperador sobre la Iglesia.

Se desató la controversia entre arrianos y atanasianos, esto es, los partidarios de Arrio, y los partidarios de Atanasio. Los arrianos creían que Dios era supremo y que Jesús era inferior a Dios. Los atanasianos defendían que Dios, Jesús y el Espíritu Santo eran aspectos diferentes e iguales de la Trinidad.

Para resolver la disputa, Constantino decidió convocar un concilio de obispos para discutir el problema. Él lo presidiría y tomaría la decisión final.

Fue éste el primer concilio ecuménico, es decir, universal. Tuvo lugar en Nicea, a unos treinta kilómetros al sur de Nicomedia, entonces capital del Imperio de Oriente. Unos años antes había celebrado otro concilio en Arles, pero no ecuménico; su objetivo había sido solucionar los problemas provocados por el cisma donatista en África.

El concilio de Nicea tenía como objeto traer la unidad a la Iglesia, la cual estaba siendo víctima de divisiones internas que debían resolverse urgentemente. Constantino se dirigió a los obispos lamentando que un cisma dentro de la Iglesia era peor que una guerra civil. ¿Podría el demonio mancillar la pureza de la Iglesia cuando ya los perseguidores de la fe cristiana habían desaparecido? Era, pues, necesario restablecer la armonía en el seno de la iglesia cristiana. En cuanto el emperador hubo terminado de pronunciar sus duras palabras, se acercaron a él algunos obispos para entregarle por escrito sus puntos de vista particulares. Constantino cogió los escritos, y luego los quemó. Reprochó a tales obispos que interfirieran en los asuntos de Dios. Y entonces empezó el debate.

El obispo Osio de Córdoba presidió el concilio. Constantino estaba sentado lejos de los obispos, pero lo suficientemente cerca para participar en las discusiones. Es una lástima que no se registrara cuanto allí se dijo, pues no hay manera de saber lo que ocurrió exactamente en aquella sesión que duró mucho más de lo previsto.

Los asuntos que se trataron fueron muchos y muy variados. Se empezó por los más graves relacionados con los cismas y enfrentamientos dentro de la Iglesia. El emperador decidió a favor de Atanasio y la Trinidad. Por lo tanto, su doctrina se convirtió oficialmente en la doctrina de toda la Iglesia, es decir, de la Iglesia Católica (palabra griega que significa «universal»). Pero se trataron otros muchos temas, como la apostasía, la penitencia, la prohibición al clero de prestar dinero con interés, y de la convivencia de clérigos con mujeres en la misma casa a menos que fuesen de la propia familia.

Gracias a la *Vida de Constantino* escrita por Eusebio, conocemos el discurso con el cual el emperador abrió la sesión de este concilio:

Ha constituido el fin de mi súplica, oh carísimos, gozar de vuestra presencia, y al haberlo conseguido, sé de veras que debo dar gracias al Rey universal, porque para colmo de otros dones, me ha permitido el ver éste, que es superior con creces a cualquier otro bien, es decir, acoger a todos juntos aquí, y contemplar el sentir, común y concorde. Que no dañe, pues, una páfida envidia los bienes que disfrutamos, y que el maligno demonio, una vez terminada con el poder del divino salvador la guerra antidivina suscitada por los tiranos, no cubra de insultantes calumnias la ley divina. Según mi parecer, la perturbación interna de la Iglesia de Dios es más terrible que cualquier guerra y combate, y este asunto está adquiriendo un cariz mucho más nocivo que los asuntos del exterior. Cuando me levanté con la victoria sobre los enemigos, pensé que no quedaba otra cosa que dar gracias a Dios. Pero cuando fui informado de vuestra disensión más allá de lo que cabía esperar, no relegué a un segundo plano lo que se me estaba refiriendo, sino al contrario, sin dudarlo mandé convocar a todos con el fin de que este asunto fuese solucionado con mi intervención. Así pues, carísimos sacerdotes de Dios, y fieles ministros de nuestro común Señor y salvador de todos, no dudéis en dar comienzo desde ahora mismo al planteamiento sincero de los motivos de la disputa entre vosotros, ni en desatar toda la compleja madeja de controversias, según las leyes de la paz. Pues así habríais realizado lo más grato a Dios omnipotente, y a mí vuestro consiervo me rendiríais un favor extraordinariamente grande.

Al finalizar este concilio que impuso a todos la ortodoxia, y antes de que los obispos se marchasen de Nicea, Constantino les concedió un honor especial. El 25 de julio de 325 se cumplían los veinte años de reinado del emperador. Para conmemorar esta fecha, Constantino invitó a un banquete a todos los obispos, que acudieron a palacio y le honraron con su presencia igual que los apóstoles alrededor de Cristo. Después del banquete, Constantino dio a cada uno de los presentes un regalo y los emplazó para otra ocasión mientras se despedía con un discurso que tenía como palabras centrales la caridad, la cooperación, y la concordia. Y tal vez también un mensaje: que sólo el emperador podía convocar un concilio ecuménico, lo cual era una poderosa arma del Estado frente a la Iglesia.

Este primer concilio estableció la desigualdad de los obispos. Antes, todos eran iguales. A partir del concilio, los obispos de ciertas ciudades obtuvieron beneficios especiales.

Los obispos de Roma, Alejandría y Antioquía resultaron beneficiados. Eran las tres mayores ciudades del Imperio, y además habían participado en la antigua historia de la Iglesia. Antioquía fue la primera ciudad, con la excepción de Judea, que tuvo una importante congregación cristiana. Alejandría había sido el centro del pensamiento cristiano, y Roma tuvo como primer obispo a San Pedro (aunque según un documento conservado celosamente en el Archivo Secreto en los Sótanos del Vaticano parece que no fue San Pedro el primer obispo, a juzgar por las hipótesis de algún historiador).

Los obispos de estas ciudades eran los patriarcas, es decir, los primeros padres. Con el tiempo, el obispo de Roma empezó a ser llamado de forma aún más sencilla «el padre», que era *pappas* en griego y se convirtió en Papa en español.

Como colofón a la celebración del concilio, Constantino propuso visitar Roma, que no había visto desde hacía diez años. Partió en el mes de marzo, y se dispuso a entrar en la ciudad como triunfador. Pero cuando llegó al norte de Italia, se desató un escándalo. Constantino siempre creyó que los delitos sexuales merecían los castigos más severos. Pues bien, en los próximos días sucedieron dos episodios relacionados con el sexo más o menos indirectamente, que marcaron una página negra en la historia familiar del emperador. La muerte de su hijo mayor, Crispo, y la muerte de su esposa Fausta por orden del propio emperador, abrieron un interrogante acerca de las causas de tan terrible suceso.

Lo cierto es que parece haber tenido algo que ver en este asunto Helena, la madre de Constantino, que emprendió viaje hacia Tierra Santa, tal vez para olvidar lo sucedido y limpiar su sentimiento de culpa en un crimen cuyo origen pudieron ser los celos. No se sabe muy bien la causa que despertó en Helena el deseo de ir a Jerusalén, pero resulta cuando menos extraño que una mujer decida emprender un viaje tan largo y fatigoso a una edad tan avanzada. En Palestina, Helena mandó construir iglesias y muchos edificios sin reparar en gastos, que su hijo asumía gustosamente. Viajó de Jerusalén al norte de Siria, y en el camino dio dinero a las ciudades, a los soldados, y a los pobres que se acercaban a ella. Liberó de la cárcel a presos, y a muchos que habían sido condenados a trabajos forzados.

Helena murió con sus buenas obras en el recuerdo de todos. La leyenda hizo de ella una santa. Su hijo hizo construir un magnífico sarcófago de pórfido, y una inmensa escolta militar la acompañó hasta Roma, donde fue enterrada en un mausoleo en la Vía Labicana.

Su hijo dio el nombre de Helenópolis a la ciudad de Drépano, en Bitinia, donde nació su madre.

La muerte de Crispo había dejado un peligroso vacío para un futuro usurpador. Así que Constantino decidió nombrar césar a Constantino que entonces tenía doce años, junto con un consejero en Trier con el fin de asegurar la estabilidad de las provincias orientales. En la primavera de 328 Constantino dejó Nicomedia. Pasó un tiempo cerca del Danubio. Y en septiembre marchó a Trier. Durante el otoño dirigió una campaña contra los germanos, a los que derrotó. El 1 de enero de 329, asumió el nuevo consulado junto con su hijo. Augusto y César estaban ahora juntos disfrutando del apoyo incondicional de todos. Pronto se marchó Constantino, y dejó a su hijo en palacio acompañado de sus consejeros, que pondrían especial cuidado en que el césar no se apartase de la línea política de su padre.

Medios de comunicación

Había dos tipos de comunicados imperiales: pronunciamientos oficiales y observaciones institucionales. Los primeros podían tener dos formas, verbal y visual. La información verbal se hacía a través de edictos y leyes, y mensajes para ser publicados a través de las autoridades locales. Tales documentos se daban a conocer en lugares públicos donde residía el emperador. Se enviaban copias a varios oficiales, y al recibirse eran leídas.

Mientras era leído el edicto, a veces se aprovechaba la introducción al texto para dar cuenta de las hazañas del emperador. Por ejemplo, el lector del edicto de precios de 301 dio relato de todo el reinado de Diocleciano:

*Cayo Valerio Diocleciano Pío Fortunato Invencible
Augusto, pontífice máximo, que venció a los
Germanos seis veces, cuatro veces a los Sarmacios,*

dos a los persas, a los britanos, a los Carpos, armenios, medos...

Cuando terminó su relato, el lector comunicó que al emperador le preocupaba mucho fijar unos precios mínimos.

Los edictos imperiales estaban elaborados de tal manera que creaban una imagen apropiada del emperador. Su correspondencia con los súbditos tomaba forma de respuestas a preguntas o a apelaciones. Muchas veces, sin embargo, el emperador podía elaborar su respuesta para adaptarla a una audiencia particular. Constantino era especialmente bueno en esta técnica.

En el 313 dio a conocer que había sido inspirado por una excepcional divinidad. Al utilizar esta palabra ambigua, no ofendía a nadie puesto que no mencionaba a un dios concreto. En una carta de Constantino al pueblo de Umbría que pedía la independencia de Toscana, tenemos otro ejemplo de la soltura con que actuaba el emperador para evitar comprometerse:

El emperador César Flavio Constantino El Grande, Germánico, Sarmático, Gótico, Invencible, Triunfante Augusto, y Flavio Constantino y Flavio Constancio y Flavio Constante... Nos ocupamos de todas las cosas que protegen la sociedad humana en la deliberación de nuestra vigilante compañía.

Una de las cosas que el pueblo de Umbría estaba interesado en hacer para celebrar su libertad era construir un templo en honor a la familia de Constantino, y no estaba interesado en decir que él era cristiano. Las palabras anteriores demuestran que supo actuar con gran cautela.

En cuanto a las prácticas de magia y consulta de harúspices, Constantino prohibió el ejercicio de la adivinación, si bien él acudió a tales adivinos en más de una ocasión. Pero hay leyes que demuestran que Constantino lo prohibió. Si un harúspice acudía a una casa para realizar sus ritos, era quemado vivo. Y a continuación, se añadía una cláusula de excepción: se podía consultar al adivino si uno tenía miedo o presentimiento de que un rayo iba a caer sobre palacio. Es curioso que esto ocurriese ocho años después de su conversión.

Dice así su ley:

Se ha decidido que si nuestro palacio es afectado por un rayo, se permitirá consultar a los harúspices para averiguar qué significado tiene eso. La visión fue sin duda el recurso indiscutible en que se apoyó Constantino para dar fuerza a su decisión de convertirse. Si la visión decía que la cruz prometía la victoria, la cruz sería abrazada sin discusión. La profecía era infalible en la mente de todos, ya que tenía verdadero sentido político.

Después de Constantino, el crecimiento de la nueva religión fue indiscutible. Y no se puede negar que su origen fue una profecía.

Teniendo en cuenta el precario sistema de comunicaciones de la época, merece especial atención el tipo de discurso que generó la nueva religión como discurso totalizador.

El éxito del cristianismo hay que verlo en su capacidad de organizar un plan de vida moral que fue penetrando lentamente en las distintas comunidades.

El éxito se apoya en tres pilares:

- **Código moral**, a través de las vidas de santos y cánones eclesiásticos.
- **Código ritual**, por medio de iconos y cruces que subliman aquello que está ausente.
- **Código verbal**, mediante los sermones y tratados retóricos.

La combinación de los tres penetró de forma impecable en la sensibilidad de los fieles. Conceptos como caridad, bondad, piedad operaron mágicamente en los corazones de quienes antes nunca oyeron hablar de tales vocablos.

Para comprender la enorme importancia que tuvo la creación de un nuevo discurso cristiano, pongamos como ejemplo la imagen de Prometeo mordido por el buitre y de Saturno devorando a su hijo. Y por otro lado, Cristo en la cruz coronado de espinas. ¿Qué diferencia hay entre ambas imágenes? La piedad, sentimiento de conmiseración cristiano, mientras que el paganismo transmitía ira y venganza en la representación de sus mitos.

El cristianismo no transmite odio ni venganza en sus imágenes. La diferencia entre Cristo y Prometeo es que nadie lloró por el dolor de este titán cuando, encadenado a una roca, fue castigado por Zeus a sufrir la visita diaria de un buitre que le devoraba el hígado sin remedio. El sufrimiento de Cristo, sin embargo, fue llorado por una mujer, y por muchos miles de hombres y mujeres.

Esta idea del sufrimiento es lo que dio a la conversión del emperador su máximo significado. La conversión en sí misma poco hubiese dado de sí, si tras ella no se hubiese elaborado toda una retórica visual que llegaba al corazón. Sin discurso propio, sin propaganda emocional, el cristianismo no habría llegado a ser lo que fue.

Cuida tu voz como el músico cuida su instrumento.

He aquí el mensaje para los que predicaban la nueva religión.

La voz, como instrumento imprescindible para transmitir la palabra de Dios.

En una época en la que las comunicaciones y correo eran lentos, era importantísimo que el emperador tuviese un buen equipo trabajando en las provincias. Pues cuando el emperador estaba en Constantinopla, se encontraba a una distancia de un mes de Antioquía, y a muchas semanas de Alejandría. La distancia era una batalla constante a la hora de hacer llegar a tiempo los edictos, a pesar del correo rápido dispuesto para mensajeros oficiales.

7 ¿QUÉ COSAS CAMBIÓ EL CRISTIANISMO?

Se recomendaba a los cristianos que evitasen el vino, el baile, el teatro, el maquillaje, las joyas, y los adornos. Todas estas cosas conducen al sexo. Y el sexo es ilícito. El sexo en los primeros tiempos del cristianismo era igual a vicio y perversión, pues las relaciones conyugales con el fin de procrear eran otra cosa que nada tenía que ver con el sexo.

Estaba prohibido vestir de modo provocativo, hacer gestos insinuantes, andar de determinada manera; y para las mujeres, beber vino. Los hombres podían beber, pero no antes de los treinta años. Para la mujeres, era obligatorio ir a la iglesia con la cabeza cubierta con un velo.

Pero aparte de la regulación moral —por llamarlo de algún modo— ¿qué cambios trajo consigo el cristianismo, por ejemplo, en la costumbre tan normal de tener esclavos y tratarlos como si fuesen objetos? La respuesta es: ninguno. El cristianismo no cambió la situación de la esclavitud porque, sencillamente, no hizo nada por abolirla. Es cierto que Constantino aprobó una ley mediante la cual prohibía marcar en el rostro a los esclavos, pues no es bueno desfigurar el rostro hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero esta medida resulta algo macabra, ya que a continuación añadía que se le podía marcar en las manos y en las piernas. En cuanto a la esclavitud, por lo tanto, nada cambió el cristianismo. Incluso los obispos tenían esclavos.

Y por lo que respecta al trato entre las mujeres de distinta clase social, existía un código diferente según se tratara de una mujer casada y con hijos, o de una mujer que tuviese un trabajo indigno como por ejemplo el de camarera.

El asunto de la homosexualidad era considerado vicio contra natura y absolutamente prohibido. Ambos aspectos, el trato a las mujeres y la homosexualidad, estaban igualmente enfocados antes del cristianismo. Y siguió aplicándose entonces como ahora una doble moral que medía con distinto rasero a los nobles que a los plebeyos.

Los combates de gladiadores contra fieras salvajes no cambiaron su suerte. Es cierto que Constantino prohibió en una ocasión la celebración de tales espectáculos sangrientos, pero no ha de verse solamente tal prohibición en un sentimiento humanitario, sino en el coste inmenso que suponía mantener bien entrenados a los gladiadores, que si eran buenos y famosos exigían elevadas cantidades de dinero igual que las estrellas del deporte actual. En Roma había muchos gladiadores extraordinarios que eran mantenidos por aficionados ricos que se complacían en su espectáculo, y pagaban ingentes cantidades de dinero. Pero con el tiempo esto se acabó, y entre los cristianos no hubo quien tuviera mucho interés en gastar su dinero con este entretenimiento. Así que en el aspecto legislativo, el cristianismo no se ocupó de prohibir tales combates. Por otra parte, Constantino asistió a más de uno.

Ante la crueldad de los castigos que vemos en las leyes de Constantino resultaría contradictorio que este emperador hubiese prohibido las luchas sangrientas. Sus propias leyes fueron mucho más crueles que una lucha entre gladiadores. Parece que tenía predilección por hacer morir a espada. No se conformó con imponer la pena de la decapitación. Especificaba con mil detalles distintas formas de hacer morir: ahogar en agua hirviendo (como mató a su esposa

Fausta), sofocar la garganta con plomo líquido hasta que deje de respirar, clavar en la cruz (lo cual resulta inexplicable porque en teoría prohibió la crucifixión), encerrar en un saco de cuero al acusado junto con perro, víbora, gallo y mono, y lanzarlo al mar para que su alma no encuentre nunca el reposo de la sepultura, quemar vivo a fuego lento, arrancar la lengua, y una larga serie de torturas que no es de buen gusto seguir describiendo.

¿Qué cambios aportó el cristianismo a tanta crudeza? Muy pocos, y sí estableció una diferencia con las leyes anteriores en algo que merece la pena mencionar. Los delitos relacionados con el sexo eran castigados con penas que hoy nos hacen pensar más en el sadismo que en la necesidad de justicia. Nada extraño si recordamos cómo describen los primeros textos cristianos los muchos castigos que esperan en el Purgatorio a los pecadores: colgados de sus lenguas, enterrados en excrementos humanos hasta la altura de sus bocas, sus ojos arrancados con un punzón de hierro caliente, y así sucesivamente.

El parecido entre estos castigos y los impuestos unos años antes por Diocleciano es que ambos respondían al deseo de Dios y del emperador.

Cuando Diocleciano castigó a los maniqueos como secta maldita justificó la crueldad de las penas con la necesidad de castigarlos como se merecían.

Lo mismo pensaban los primeros cristianos; los pecadores merecían ser castigados para cumplir con la voluntad de Dios. La diferencia entre paganos y cristianos en la aplicación de penas es que, en el caso de los paganos, la consideración moral les importaba muy poco. Eso era asunto de los filósofos. Los cristianos, sin embargo, unían a la necesidad del castigo una justificación moral que explicaba las razones de tantas amenazas y torturas, que en el siglo

que nos ocupa alcanzaron una dimensión jamás conocida antes.

La gran diferencia entre paganos y cristianos fue que éstos encontraron en el sexo el pilar donde agarrarse para elaborar un código de conducta que les identificara como cristianos. Y éste fue, sin lugar a dudas, un filón que sigue siendo todavía hoy inagotable. Si algo tienen todos los seres humanos es el impulso de la pasión sexual. Unos más ardiente que otros, pero todos la tienen y por muchos años. ¿Hay algo, pues, más eficaz para ejercer control sobre la mente humana que la maldición de los instintos pasionales?

La austeridad sexual, el ascetismo, la continencia, la abstinencia, eran todos ellos variedades de una sola cosa: la disciplina sexual, completamente desconocida para los paganos.

Pero aparte de la regulación sexual, ¿qué cosa importante trajo el cristianismo que no tuviera el paganismo? En ambos está la idea de la inmortalidad. Ya Homero hablaba del alma humana y de los Campos Elíseos como lugar al que uno va después de morir; Platón habló del alma como algo indestructible; en el funeral de un ser querido se anima a los familiares y amigos a congratularse del nuevo estado de felicidad del difunto que ahora está en los cielos junto a la divinidad (da igual que sea una o varias). Y esta alegría por el bienestar del muerto la comparten paganismo y cristianismo: Menelao, Aquiles y tantos otros se reunieron con los dioses tras su muerte. «Por fin ha dejado de sufrir...», se dice de alguien que ha muerto tras una larga enfermedad. La muerte, pues, como liberación y reencuentro es compartida por ambas religiones.

A los dioses paganos había que rendir tributos, ofrendas y sacrificios. Al cristianismo, también. La única diferencia es que unos iban dedicados a varios dioses, y otros a un solo Dios. ¿Pero y los santos? ¿Acaso nos olvidamos de la fe que

profesan los cristianos a los santos, santas, patrones, vírgenes, y mártires que completan el ideario religioso? ¿Acaso no vemos el golpe maestro que ha dado en pleno siglo XXI el reciente Papa Benedicto XVI al proponer la inmediata canonización del fallecido Juan Pablo II, rompiendo así con la tradición de dejar pasar cinco años para tal canonización? En tiempos de crisis, hay que buscar nuevas maneras de despertar el fervor religioso entre las masas.

La idea del monoteísmo tampoco es exclusiva del cristianismo. Griegos y romanos ya hablaban de un dios monarca superior a los demás; pero la novedad que aportó el cristianismo fue la hostilidad contra cualquier otro dios que no fuera el Dios único. Y esto caló fácilmente en la gente más ignorante, sobre todo en las mujeres que rondaban por los templos ofreciendo sacrificios y consultando oráculos. Exceptuando a las mujeres de la alta sociedad, raramente una mujer tenía un nivel de educación superior, y no muchas sabían leer. Esto iba en detrimento de su capacidad crítica frente a influencias externas como puede ser la propaganda religiosa que se les pusiera delante.

Empezando, pues, por las personas intelectualmente más débiles, la nueva religión fue desplegando sus armas de seducción hasta llegar a las clases más cultivadas. Su avance lento, pero seguro, fue apoyado por una campaña publicitaria sin precedentes en la historia. Algo muy especial tuvo que tener el mensaje de los misioneros dispersados por el mundo como para conseguir aumentar el número de seguidores desde cinco millones a treinta millones en menos de un siglo. En una época en la que no existían los medios de comunicación de masas ni las retransmisiones vía satélite para llegar a cualquier rincón del planeta, esta capacidad de persuasión merece una reflexión.

*En tus manos encomiendo mi espíritu.
Tú decide por mí, que yo no soporto el peso de mi
libertad...
Por ti me dejo guiar, porque sé que me llevarás por
buen camino...*

¿Puede alguien poner en duda la seducción que hay tras estos mensajes evangelizadores? Nada hay más eficaz para controlar a una comunidad que convencerle primero de su debilidad.

Hombres para la iglesia

El siglo de Constantino fue el siglo del celibato masculino por excelencia. El celibato consistía en la abstinencia de relaciones sexuales después del matrimonio, cuando el hombre tenía una edad entre 25 y 30 años; para los clérigos se estableció la edad después de los 30. Esta forma de celibato no pretendía imponer una total renuncia sexual. El sexo era considerado entonces como una especie de sustancia volátil, que se consumía rápidamente en los ardores de la juventud. Una vez alcanzaban hombres y mujeres una serenidad sexual —si es que se alcanza alguna vez—, conviene que las prácticas sexuales queden olvidadas. Por eso, en siglos posteriores, la Iglesia castigó tan duramente a los incendiarios, pues comprobó que existe una intensa relación entre un incendio y la masturbación, dos maneras de producir un calor que es a la vez destructivo y creativo.

La masturbación fue condenada, con objeto de castigar un exceso de deseo, siempre mayor en la mujer que en el hombre.

El altísimo índice de mortalidad femenina aseguraba un buen número de viudos asentados ya por su edad que rondaba los treinta años, y que habían dado rienda suelta a sus pasiones. En este aspecto, el celibato ofrecía una estupenda ocasión a muchas personas para dedicarse a la vida de la Iglesia. En el siglo III la Iglesia de Roma contaba con 155 clérigos y ayudaba a 150.000 viudas y pobres. Era ésta una cantidad enorme para aquellos tiempos. El celibato, junto con un lenguaje de poder en pleno desarrollo, iba ganando terreno en el escenario urbano del siglo III. A finales de siglo, los obispos y el clero que constituía ya una nueva clase social separada de los asuntos mundanos formaron una élite de igual prestigio al de las clases altas de la ciudad.

A esta Iglesia controlada por los dos poderes de obispos y clero es a la que se convirtió Constantino en el año 312. Su conversión le dio a la Iglesia la solidez necesaria para avanzar ya de un modo imparable.

En cuanto a las clases dominantes que habían tenido el control en los puestos elevados de la ciudad, modificaron su posición. Ahora, además de pertenecer a las clases privilegiadas, pasaron a desempeñar nuevas funciones como servidores del emperador. Adquirieron los cargos más influyentes dentro de la administración imperial, dispuestos a dar su última gota de sangre por su querida ciudad. Eran, en definitiva, los llamados *potentes*, los hombres de poder, que tenían bajo su control las ciudades con el fin de paliar la inmensa distancia del emperador, que se mantenía encerrado en palacio. Estos hombres se encargaban, en definitiva, de que el esplendor de las ciudades no disminuyera, labor que lograban realizar desde sus opulentos palacios y casas de campo, alejados del ruido y ajetreo de la ciudad.

Los obispos y los nuevos hombres de poder hacían de intermediarios con los gobernadores de provincias a fin de obtener cuanto necesitaban para ayudar a los pobres y oprimidos. La nueva comunidad cristiana estableció un tipo de unión muy especial gracias a su sentido de la solidaridad.

Dentro de las iglesias, pasaba desapercibida la jerarquía de clases sociales que en la calle eran evidentes. La basílica cristiana se convirtió en un lugar de reunión donde hombres y mujeres de todo tipo y condición permanecían unidos ante la mirada de Dios. Una comunidad dirigida por obispos y clero se transformó inevitablemente en un conjunto humano caracterizado por unos rasgos determinados.

Sobre esta comunidad recayó la preocupación de tres cosas que eran completamente nuevas hasta entonces: pecado, pobreza, y muerte. Estas tres figuras de aspecto oscuro y relacionadas entre sí, ocuparon el horizonte de los cristianos del siglo III. Sólo quien prestara atención debida a estas tres nuevas figuras conseguiría acercarse a la ciudad de Dios.

El pecado, casi siempre identificado con el sexo, pasaba a ser entonces el parámetro que juzgaba si un hombre o una mujer tenía derecho a entrar en la casa de Dios. Al mismo tiempo, la iglesia pasó a ser sinónimo de morada imprescindible para el pecador que necesitaba el perdón de Dios. De este modo, asuntos tan íntimos y personales como las prácticas sexuales y las opiniones sobre el dogma cristiano pasaban a ser de conocimiento público —es decir, del clero—, con el consiguiente riesgo de ser expulsado de la iglesia.

La excomunión conllevaba exclusión de la Eucaristía, y sus efectos podían ser corregidos solamente por un acto público de reconciliación con el obispo. Dentro de la basílica, la colocación de los fieles era rigurosa; en primer lugar, cerca del altar, se sentaban los obispos y el clero; a

continuación, hombres a un lado y mujeres a otro; y al final de todo, estaban de pie los penitentes cuyos pecados les apartaban de la participación activa de la eucaristía. De aspecto humilde, y vestidos con ropas que así lo demostraran, con la barba sin afeitar, esperaban ante la mirada de todos el gesto del obispo que les concedía la reconciliación. Esta democratización del pecado, expuesto a conocimiento público, dio resultados memorables. Entre ellos, el obispo Basilio de Cesárea se negó a perdonar al emperador Valente, por hereje; Ambrosio, obispo de Milán, obligó al emperador Teodosio a colocarse entre los penitentes. Y todos pudieron ver al dueño del mundo despojado de su púrpura y de su diadema, por haber ordenado una masacre injusta en Tesalónica.

Los pobres estaban siempre presentes. Indigentes, vagabundos, inmigrantes, montones de pobres se ponían a las puertas de las basílicas y dormían en el suelo. Se hablaba de los pobres siempre en plural, lo cual indicaba su presencia irremediable en una sociedad de la cual, por supuesto, no formaban parte ni como ciudadanos ni tampoco como no ciudadanos. Eran, simplemente, los pobres.

Y, paradójicamente, rezar por las almas de los pobres se convirtió en la parte esencial de la penitencia impuesta a los penitentes de pecados veniales (pensamientos impuros y pereza, principalmente). El anonimato de los pobres ayudó a mantener un tipo de solidaridad inquebrantable entre los cristianos, que relacionaba a los pobres con los pecadores. Con el tiempo, surgió un sentido del deber cívico de ayudar a los débiles, identificando bajo esta categoría a pobres y a pecadores. De hecho, gran número de basílicas fueron construidas gracias a los donativos y limosnas procedentes de las clases más pudientes. De paso, quienes contribuían a la construcción de tales basílicas estaban convencidos de

que tenían el derecho a controlar a la comunidad que se congregaba en ellas.

Ventajas de la nueva política de Constantino

La primera ventaja fue que las cosas empezaron a estar claras en cuanto a política religiosa. El cristianismo dejó bien establecido que era una religión exclusiva y única. No tenía nada que ver con el resto. Lo que no era cristiano era herejía. A partir de 312, Constantino reservó sus favores y privilegios fiscales para los cristianos que pertenecían a la Iglesia católica. Gestos muy firmes del emperador no permitían dudar acerca de su política religiosa. Por ejemplo, cuando los donatistas se negaron a reconocer al obispo católico de Cartago nombrado por el concilio de obispos y por el propio emperador, Constantino les castigó como culpables de un crimen, y por lo tanto les confiscó sus propiedades. La victoria que obtuvo después en 324 le permitió hacer de esta decisión una norma universal. Legisló rápidamente para acabar con todas las sectas herejes.

A través de una carta enviada a cada una de ellas, con un tono agresivo e insultante, el emperador condenaba como intolerables las sectas de los Valentinianos, Marcionitas, Paulianistas, Montañistas, y muchas otras más; les prohibió que se volvieran a reunir incluso en sus propias casas; sus lugares de reunión habituales pasaron a ser propiedad de la Iglesia, y confiscados todos sus bienes. Resulta difícil para nuestra mentalidad comprender por qué fueron prohibidas algunas de las sectas que se sucedieron a lo largo del tiempo, porque aparentemente no parecen incurrir en grave error y mucho menos blasfemia. ¿Puede alguien decir que es peligrosa una religión que en la comunión utiliza agua en lugar de vino?, ¿hay razón para temer a una religión que

para condenar el lujo hace vestir a sus seguidores con sacos hechos con restos de ropa vieja? Pues bien, ambas sectas, cuyos seguidores recibían el nombre de *Hydroparastatas* y *Saccophoros*, fueron consideradas por Teodosio como siniestramente peligrosas.

La nueva política religiosa, pues, demostraba que aguardaba un mal final a todo el que no opinase como el emperador; o como los obispos, lo cual era todavía más peligroso. A pesar de todos los intentos, el concilio de Nicea no logró llevar la armonía a la Iglesia de Oriente. Más bien al contrario, las divisiones internas se agudizaron. En Oriente no fue aceptado el principio de que la decisión del emperador es única e indiscutible, y que el concilio de los obispos posee autoridad divina. Pero la causa de este fracaso no hay que verlo en la excesiva autoridad del emperador a la hora de imponerse en asuntos religiosos, sino en todo lo contrario. No actuaba sin consultar con los obispos, quienes a la hora de la verdad tenían el poder de decisión.

Ello conllevaba un grave riesgo. Un obispo era mandado al exilio por incumplir las normas básicas de buen comportamiento. Y nada más fácil que las tentaciones del sexo para acusar a un obispo de mala conducta. El emperador, naturalmente, no tenía tiempo para averiguar si un obispo se dejaba tentar por las llamadas del cuerpo. Y de eso se encargaba el concilio de obispos, quienes rápidamente encontraban razones para expulsar a quien ellos considerasen indigno. Eustacio de Antioquía fue expulsado por delincuencia moral; deshonoró el sacerdocio viviendo una vida disoluta en compañía de una amante, y además habló irrespetuosamente de la madre del emperador (quien, recordemos, antes de ser madre de Constantino había sido tabernera). Así que el obispo de Antioquía tuvo

que partir hacia el exilio. Y lo mismo ocurrió con los obispos de Gaza, de Siria, Fenicia y Palestina.

Todos estos obispos fueron inmediatamente sustituidos por otros que tenían opiniones más acordes a las del concilio que les juzgaba.

Llegados a este punto, no podemos olvidar que éste es un libro sobre Constantino y no sobre los obispos, porque si empezamos a hablar de las rencillas episcopales dentro de la Iglesia, corremos el riesgo de alejarnos del protagonista y de dejarnos llevar por la fascinación del culebrón episcopal.

Porque, sin duda, las disputas entre obispos son lo más parecido a un culebrón sentimental. Cartas, peticiones, respuestas, disculpas, lamentos, quejas, reproches, traiciones, envidias, culpas, delitos, venganzas, he aquí parte de los ingredientes que formaban parte del gran cóctel de poder.

La razón de tanta lucha individual era lograr el objetivo de poder ser llamado hombre de Dios. Para ello, todo servía si eliminaba obstáculos y barreras para que uno pudiese demostrar ante el emperador ser digno de tal merecimiento. El emperador respondía pidiendo, como primera medida, que se amaran mutuamente y dejaran a un lado las disputas. Si esto se conseguía, el excomulgado volvía a ser admitido en la Iglesia. Y si no se conseguía, Constantino perdía la paciencia y dejaba explotar su fuerte temperamento.

Otra ventaja de la nueva política de Constantino fue la organización y administración de la Iglesia. El obispo era el encargado de administrar los bienes de la Iglesia. Fue importantísimo el principio inspirado en el criterio romano de que el patrimonio de la Iglesia, por su carácter divino, era inalienable. Se le reconoció el carácter de patrimonio fundacional, independiente de la persona que lo poseyera y administrara, que había de dejarlo intacto. Los principios de

este proceso se encuentran en la época de Constantino. Como a consecuencia de numerosos abusos se había perjudicado el patrimonio de la Iglesia, su administración quedó sujeta a inspección, y luego se prohibió enajenar bienes que fuesen propiedad de la Iglesia.

Gracias a que las mujeres eran débiles y además piadosas, el clero pudo obtener grandes propiedades a favor de la Iglesia, obtenidas como donaciones en el momento de la muerte, con evidente perjuicio para la familia que se quedaba sin herencia por culpa de esa piedad tan bien aprovechada por el clérigo de turno. Los emperadores sucesivos, como Valentiniano y Teodosio, prohibieron a los monjes y clérigos que visitaran las casas de las viudas y huérfanos, declarando inválidas todas las donaciones de viudas y demás mujeres por las que so pretexto de la religión se habían interesado los clérigos.

La existencia de pobres, cada día en aumento debido a la descomposición económica y social del Imperio romano, fue ventajosa para la nueva política religiosa, ya que las actividades benéficas de la Iglesia fueron un método de propaganda eficaz y barato para ganarse adeptos. Había tantos indigentes que fue necesario llevar un registro de sus nombres para tener un cálculo de las personas a las cuales la Iglesia prestaba su ayuda. Estas listas se llamaban *matriculae* en latín, y de ahí viene la palabra española matrícula.

La Iglesia fomentó el espíritu de caridad, proclamando que las limosnas contribuían a la salvación del alma. Y para tal beneficio había un gran número de candidatos que aseguraban el éxito de tan generoso promotor.

Un frondoso jardín de suplicios

De la cruz a la horca, de la horca al patíbulo, y del patíbulo a la asfixia. Tal fue, más o menos, el recorrido de la gama de suplicios en tiempos de Constantino, emperador muy preocupado por refinar los procedimientos de tortura para los súbditos de su Imperio. Los castigos experimentaron un elaborado proceso de modernización, acompañada de una visual dramatización en la que Constantino demostró ser un verdadero experto. Antes, habían sido suficientes las muertes por decapitación, hoguera, o crucifixión; y como castigo menor, el exilio.

Pero en el reinado de Constantino se procede a modernizar los métodos penales, y en consecuencia, a elaborar todo un catálogo de tipos de castigo con mayor o menor tortura. Del trío siniestro formado por las tres penas capitales —cruz, hoguera, fieras— se pasó a una lista detallada de posibles variantes. Y por supuesto, adaptadas a la clase social del condenado, pues no todos morían igual. Un noble moría a golpe seco de espada, sin sufrimiento; mientras que un plebeyo se retorció de dolor mientras su cuerpo ardía a fuego lento o era expuesto a la embestida de los leones.

La muerte en la cruz, que jamás aplicaron los judíos y apenas los griegos, fue considerada una práctica habitual entre los bárbaros, especialmente entre los persas. Los romanos la tomaron prestada de los cartagineses, y aunque les gustaba aplicarla tuvieron que sustituirla —por respeto a la muerte de Jesucristo— por otra muerte similar: la horca o el patíbulo. Entre éstas y la muerte en la cruz hay una diferencia fundamental que separa un traumatismo instantáneo y definitivo de una agonía que puede durar muchas horas.

Partiendo de que un colgado es una maldición de Dios, los justicieros de Constantino y quienes le sucedieron, se contentaron con aplicar penas similares. Al buscar métodos

nuevos, tuvieron claro su objetivo: los castigos tenían que ser disuasorios y servir de ejemplo para los demás. Es decir, querían conseguir que a nadie le apeteciera repetir ese mismo crimen.

Para ello elaboraron un sofisticado código que merece exponer aquí, aunque sólo sea una pequeña muestra:

- El blasfemo es colgado por la lengua.
- La mujer coqueta y adúltera es colgada por los pelos, encima de barro hirviendo.
- El homosexual es arrojado desde un peñasco, o quemado vivo.
- El que no cree en la Eucaristía es encerrado en un pozo precintado.
- El que desprecia los sermones en la iglesia es quemado vivo, igual que el homosexual y el sacrílego.

Pero mucho más sorprende que Constantino recuperase un castigo que ya había sido suprimido por anteriores emperadores, tal vez por su crudeza. La pena del saco —ya mencionada en otra ocasión— era con la que antiguamente se había castigado a los adúlteros. Consistía en introducir por el ano un pez llamado mújol, que a través del ano entraba en el estómago y mataba al adúltero; todo eso ocurría mientras el condenado estaba encerrado en un saco de cuero, que en latín se llamaba *culleus*. Pues bien, este sádico castigo lo recupera Constantino para el parricida, eliminando el detalle del pez por el ano. En su lugar, encierra al condenado en un saco en compañía de otros animalillos no menos activos. Y los echa todos juntos al mar.

Si algún avance supuso con respecto a la antigua ley del talión la llegada del Derecho Romano, con su sentido de la equidad y de la justicia, desde luego Constantino y los que en su nombre defendieron la fe cristiana, enturbiaron el

trabajo que tantos años les costó a los juristas de la Roma clásica.

El sobrino de Constantino, Juliano, a quien la historia se ha empeñado en llamarlo El Apóstata por intentar deshacer todo cuanto hizo su tío, describió a Constantino como innovador y destructor de las leyes anteriores de larga tradición. Hubo, ciertamente, quienes le hicieron responsable de introducir en el Derecho Romano costumbres cristianas y orientales.

Lo cierto es que, siendo Constantino el emperador que más tiempo se mantuvo en el poder desde Augusto, bien pudo ejercer su influencia en el sistema legislativo vigente. Aprobó nada menos que 330 leyes, de las cuales un veinticinco por ciento tratan de las relaciones familiares y sexuales.

Bien pudo haber mantenido las leyes que otros emperadores habían aprobado en torno al matrimonio y a la familia. En tiempos de Augusto, por ejemplo, el adulterio de la mujer que antes había sido un asunto privado vengado por el propio entorno familiar, pasó a ser delito público castigado con igual pena que cualquier otro crimen. A los solteros y sin hijos Augusto les penalizó prohibiéndoles recibir herencias de familiares hasta un sexto grado de parentesco, y para los cargos públicos más importantes dio prioridad a quienes tuvieran hijos. Los matrimonios sin hijos también estaban penalizados; sólo podían recibir la mitad de las herencias, y la otra mitad pasaba a las arcas del Estado.

Constantino cambió rotundamente esta ley de Augusto, y en su redacción utilizó unas palabras que muestran la habilidad de nuestro emperador. En su nueva ley Constantino suprime cualquier castigo para los solteros y sin hijos, y a las mujeres «las libera del yugo que pesa sobre su cuello de tener que engendrar hijos por imposición de leyes

terribles» (*C Th.* 9,16,1). Con este golpe maestro el emperador se ganó al aplauso de paganos y cristianos por igual, sobre todos de los ricos que heredaban grandes fortunas y no tenían que resignarse a dar la mitad al Estado. Después de todo, la pérdida que ello suponía para las arcas públicas supo compensarla Constantino confiscando tesoros de templos paganos.

Esta ley, que a la vista de todos fue una auténtica ley cristiana, trajo un beneficio extraordinario al emperador y a la Iglesia. Favoreció la práctica de la ascesis, de la castidad, de la abstinencia sexual; y por consiguiente abrió un puente de oro hacia succulentos donativos a la Iglesia, beneficiaria directa de la política moral de su emperador. En cuanto al divorcio, Constantino restringe de forma drástica las posibilidades legales de iniciar unilateralmente el divorcio. En el Derecho clásico tanto el hombre como la mujer podía poner punto final al matrimonio con sólo notificarlo a su pareja y devolverle su dote. Y el hombre debía divorciarse de su mujer si ésta era adúltera; si no lo hacía, era culpable de lenocinio (o sea, un alcahuete).

Constantino pone dificultades al divorcio obligando a que se den tres condiciones para que la mujer pueda divorciarse: si el marido es un asesino, o trabaja en algo relacionado con la magia, o es un profanador de tumbas; en estos tres casos la mujer recupera toda su dote. Pero si se quiere divorciar por cualquier otra razón, bien porque el marido sea un borracho, o ludópata, o mujeriego, será deportada a una isla, y el marido se quedará con todo lo que sea propiedad de la mujer, hasta la «última horquilla del pelo». En cuanto al marido, puede divorciarse de su mujer si ella es adúltera, envenenadora, o alcahueta. Bajo otra circunstancia, tiene que devolverle la dote. Todo esto se refiere, naturalmente, a los casos de divorcio pedido por uno de los dos. En caso de mutuo acuerdo, no había restricción alguna. Fue dos siglos

más tarde, bajo el emperador Justiniano, cuando se prohibió el divorcio de mutuo acuerdo.

Una de las cosas que más llama la atención de la ley de divorcio redactada por Constantino es su lenguaje. Aparece por vez primera el término *muliercularius* para describir al hombre mujeriego; y en lugar de adúltera se habla de *moecha*, que es más ofensivo.

Y en cuanto a los matrimonios entre personas de distinta clase social, el Derecho clásico no reconocía como legal un matrimonio entre libre y esclavo, y por supuesto tampoco entre esclavos. Pero no los penalizaba. Constantino, por el contrario, los castiga con el exilio y prohíbe a sus hijos el derecho de heredar. Más adelante, reforzó la pena ejecutando a la mujer libre, y quemando vivo al esclavo.

En esta prohibición no hay que ver un temor por parte del emperador de que se produjera un deterioro de la moral. Más bien hay que ver en la prohibición de tales uniones un temor a que los hijos nacidos de mujer libre y esclavo adquiriesen los mismos derechos de herencia y de propiedad que las personas libres y respetables. Constantino dejó bien patente su preocupación por distinguir entre los nacidos libres y los nacidos esclavos.

Una de las leyes que más nos sorprenden de un emperador cristiano es la que hace referencia a la venta de hijos recién nacidos por motivos de pobreza. En Derecho clásico, la venta y abandono de niños era ilegal; sin embargo, se producía. Si un niño que había nacido libre era abandonado al nacer, y luego era criado por otra persona como esclavo, el niño seguía siendo libre legalmente y podía ser reclamado años después por sus padres que lo abandonaron. Esto, naturalmente, originaba conflictos entre los padres biológicos y los que, con toda razón pero sin reconocimiento legal, reclamaban sus derechos por haber rescatado al niño y haberlo criado como si fuese hijo propio.

Esta situación de niños expósitos fue causa de numerosos rescriptos imperiales que intentaban dar solución a un problema que fue muy habitual en Roma. Constantino permitió a los padres que tuviesen necesidad extrema vender a sus hijos, y el comprador podía utilizarlo como esclavo e incluso venderlo para pagar sus deudas. Años más tarde, concedió a quien recogiese a un niño abandonado todos los derechos sobre él, y negó a los padres biológicos cualquier derecho de reclamarlo en el futuro. Cuando un padre abandona a un hijo, cesa inmediatamente su patria potestad.

Hay que reconocerle a Constantino el mérito de dos leyes aprobadas a favor de aquellos padres quienes, obligados por su extrema pobreza, vendían o abandonaban a sus hijos. Para ayudar a esas familias, ordenó a sus oficiales de África que les repartieran provisiones de trigo del que se tenía almacenado, así como ropa y calzado para sus hijos. De nuevo hay que dudar que hubiese en esta actitud un gesto cristiano, y más bien conviene ver en ella simplemente una reacción humana. Porque, sin temor a equivocarnos, podríamos esperar que el sentimiento cristiano hubiese prohibido tajantemente la venta y abandono de niños. Pero tal vez no sea justo esperar cambios drásticos en costumbres tan arraigadas.

En muchos casos quedaba patente la preocupación de los cristianos por las niñas abandonadas, que corrían el riesgo de ser obligadas a ejercer la prostitución. La defensa del pudor de la mujer fue preocupación prioritaria de los autores cristianos, y por supuesto de Constantino. Su famosa ley contra el rapto muestra que la obligación de la mujer es quedarse en casa hasta que su nuevo marido la saque. Por lo tanto, en el caso de ser raptada pagan todos la culpa: el raptor, la raptada por no haber sido capaz de pedir ayuda

con gritos a los vecinos, y las nodrizas que la cuidaban, por ser cómplices de algo que tuvieron que haber visto.

Otra ley establece con respecto a una joven sin padre, una vez llegada la edad de casarse, que su tutor debe confirmar que la virginidad de la joven sigue intacta. Si descubre que no es virgen, recae sobre él la sospecha, y si no puede probar su inocencia es deportado y le son confiscadas sus propiedades.

Siendo el hogar el sitio en el que debía quedarse la mujer, por supuesto no le estaba permitido entablar acciones legales de ningún tipo. En su lugar, lo hacía el marido, que tenía la obligación de velar por la buena conducta y reputación de su esposa. Si una mujer se atrevía a salir de casa con la intención de acudir a un abogado para que le gestionase algún asunto, era amenazada con el exilio por su atrevimiento. Esta prohibición afectaba a mujeres de cierto nivel social; porque a las camareras, por ejemplo, se las consideraba indignas de categoría, y por consiguiente quedaban fuera de la ley.

En resumen, la actitud de Constantino hacia las mujeres quedó reflejada en sus leyes; éstas son el reflejo del sentir general del hombre mediterráneo desde Hesíodo hasta hace poco. Las mujeres son seres inferiores, débiles e inestables, que necesitan vigilancia permanente. Sólo a través de la castidad y buena conducta se hacen merecedoras de respeto.

Hay quienes defienden influencia cristiana en la legislación de Constantino, sobre todo en el Derecho de familia. Pero ¿acaso existía en la época del emperador un código establecido acerca del matrimonio y la familia al cual Constantino pudiese recurrir en caso de necesidad? La respuesta es no.

No se había desarrollado todavía una reglamentación sistemática que ayudase a resolver los casos que se

presentaban día a día. Los cánones eclesiásticos son buena muestra del caos que reinó durante mucho tiempo en el empeño de marcar una doctrina coherente.

Constantino no intentó introducir una moral nueva; más bien reconoció el código moral vigente en muchas áreas del mediterráneo, y que sigue todavía hoy en lugares recónditos. Lo que hizo Constantino fue introducir una nueva retórica del castigo. Con él, la palabra adquirió otra dimensión. La ley no era sólo ley; era discurso, era argumento, era explicación de una necesidad, era una respuesta a un caso concreto, un discurso a un individuo, una justificación.

¿Cómo era la educación en tiempos de Constantino?

Culturalmente, el Imperio Romano se dividió en dos mitades; en occidente se hablaba latín, y en oriente se hablaba griego. En las escuelas de occidente, no obstante, el griego se enseñaba como lengua de cultura imprescindible. San Agustín, por ejemplo, había odiado el griego en la escuela pero reconocía la importancia de poetas como Homero o Menandro. Saber griego era fundamental para un nivel cultural medio. La lengua griega significaba mucho más que el simple conocimiento de un léxico o de una gramática. Significaba refinamiento, buena educación, sensibilidad, y apertura al mundo.

Los griegos, por su parte, siempre vieron en los romanos cierto aspecto de bárbaros. Los griegos se sentían superiores a los romanos tanto por su cultura como por la belleza de su idioma. En Oriente, el latín no formaba parte del currículo escolar. Aun así, algunos decidían aprender latín por razones prácticas; después de todo, el latín era la lengua oficial del

Imperio incluso en Oriente, de modo que saber latín podía resultar útil a quien tuviese aspiraciones de ascender en puestos de administración, o en el ejército, o en la carrera judicial.

En la práctica, sin embargo, no resulta fácil averiguar si en la administración se utilizaba verdaderamente el latín en la parte oriental del Imperio. El Gobierno romano se había comunicado con sus súbditos griegos en griego desde el principio. Las leyes y edictos se publicaban con traducción griega.

Pero hay datos que indican que se utilizaba el griego de forma más generalizada que el latín en el ámbito de la administración, mientras que en el ejército y en Derecho el latín era la lengua habitual.

La educación tenía tres niveles. En la escuela primaria los niños aprendían a escribir y a contar de un modo que seguramente no resultaba muy divertido, a juzgar por testimonios como el de San Agustín, quien cuenta en sus *Confesiones* cómo le aburría cantar las tablas de multiplicar con las que aprendió uno más uno es dos; y dos más dos son cuatro.

El maestro era una persona muy humilde, que recibía como paga una cantidad muy moderada. Acudían a la escuela niños de clase media, pues los hijos de los ricos solían recibir la enseñanza por medio de su propio tutor que solía ser un esclavo. La enseñanza superior estaba reservada a los más adinerados, ya que costaba cinco veces más cara que la enseñanza primaria. Además, no en todas las ciudades había escuelas superiores, sino en las ciudades más grandes. Ello suponía vivir en régimen de internado durante unos años, con elevados costes que muy pocos podían asumir.

No existían las universidades tal como las conocemos hoy, en el sentido de instituciones donde se pueden cursar

estudios superiores, realizar exámenes y obtener un título. Había, en su lugar, ciudades universitarias que tenían su prestigio y en ellas se reunían buenos profesores para dar sus conferencias y seminarios. Además de Roma y Constantinopla, eran ciudades universitarias Cartago, Burdeos, Alejandría y Atenas.

La duración de los cursos variaba según la carrera. Para retórica eran necesarios tres años. No había exámenes en sentido estricto, ni tampoco titulaciones. Los estudiantes demostraban su talento en discursos públicos; y una vez superado este reto, obtenían de su maestro una carta de recomendación.

Cada ciudad tenía su propia especialidad. Alejandría, por ejemplo, era famosa por su enseñanza de las matemáticas, astronomía y medicina. Atenas, por la filosofía; mientras que Roma y Constantinopla pronto sobresalieron por su enseñanza del derecho, aunque el lugar indiscutible para aprender derecho era Beirut.

Aunque Oriente y Occidente hablaban diferente idioma, las materias que formaban parte de la enseñanza superior eran idénticas. Los alumnos aprendían gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música, astronomía y filosofía. La cultura clásica era la alta cultura, reservada a las clases más adineradas. En ella se leía a Cicerón, Horacio, Ovidio, Tito Livio, y entre los griegos a Platón, Demóstenes, y tantos otros.

La principal alternativa intelectual al cristianismo era el neoplatonismo, que tenía un matiz religioso y supersticioso, sobre todo a través de la práctica de la teurgia, una técnica para convocar a los dioses por medios mágicos u ocultos. La meta última de la teurgia, como del neoplatonismo en general, era la unión del alma con Dios.

En los siglos v y vi el neoplatonismo se fue identificando progresivamente con la oposición pagana al cristianismo,

hasta que se cerró la Academia ateniense en el año 529. Sin embargo, muchos cristianos y paganos sufrieron su influencia por las enseñanzas de Plotino dos siglos antes, gracias a las cuales se dieron a conocer los escritos de Platón. Las obras de Platón que atraían especialmente a los cristianos eran el *Banquete* y el *Fedro*, que tratan del ascenso del alma hacia Dios. El neoplatonismo también compartía con el cristianismo el énfasis en el ascetismo y la moderación. Una obra neoplatónica escrita por Porfirio aconsejaba la abstinencia sexual; su autor la tituló *Carta a Marcela*, y la dirigió a su esposa. Y en su otra obra titulada *De abstinencia* defendía la vida vegetariana.

Para quienes buscaban algo en qué creer había mucho donde elegir y sistemas muy distintos que adoptar. Durante un tiempo, Agustín perteneció a los maniqueos, una secta que seguía las enseñanzas de Manes, un gurú mesopotámico del siglo III, de acuerdo con cual existían dos dioses, un dios creador maligno responsable de la materia, y el dios bueno del espíritu. A pesar de la persecución oficial, existían grupos maniqueos por todo el Imperio, y el maniqueísmo tuvo una vida prolongada en Oriente en países tan alejados como China.

Junto a obispos cultivados como Ambrosio y Juan Crisóstomo (su nombre significa «boca de oro»), coexistían monjes, monjas y eremitas que rechazaban abiertamente cualquier forma de cultura y ponían en tela de juicio los valores de la sociedad. Identificaban la cultura con la ciudad, y ellos optaron por la vida ascética retirada del entorno urbano. Pero esta actitud era peligrosa y arriesgada, puesto que el cristianismo era una religión de palabras, basada en escrituras sagradas que necesitaban interpretación. Hacía falta, pues, el cultivo de la mente y de la hábil exposición verbal. La literatura teológica requiere mucha concentración e inteligencia, pero sobre todo

capacidad retórica para defender las teorías de cada uno frente a su rival.

¡Ay esos hombres que sienten pasión por otros hombres!

Por si fueran pocos los problemas que tenía la Iglesia con las mujeres, Pablo de Tarso añadió otro: su preocupación por esas mujeres que alteran sus relaciones naturales con prácticas antinaturales, y por esos hombres que dejan sus relaciones normales para ser consumidos por la pasión por otros hombres.

Tertuliano fue el primer escritor latino en crear con retórica magistral el malicioso artefacto de la naturaleza humana sujeta para siempre al sexo. A la mujer, igual que al esclavo, conviene que se la controle en casa. Por su vicio innato de seducir, la mujer contagia al hombre con impulsos propios de su *mulieritas*, gestos y palabras provocadoras que hacen caer al hombre en la tentación del sexo el cual, por naturaleza, es mucho mayor en la mujer que en el hombre (según Tertuliano).

Y he aquí el punto clave en torno al cual se ha disfrazado la realidad durante siglos. El sexo ha sido tratado como un hecho «natural», cuando en realidad lo que se quiere decir es algo muy distinto: el sexo como acto cultural, como un modo de conducta aprobado o reprobado por un canon social o religioso impuesto por una élite moralizante que dice qué es lo correcto y lo incorrecto en unos actos que deberían pertenecer al ámbito privado y personal del ser humano.

Si el sexo fuese un hecho natural, no habría sido posible escribir una historia de la sexualidad. Y, sin embargo, es a través de ella como se han podido conocer costumbres y

modos de vida de otras civilizaciones. Por poner un ejemplo, el gesto de una madre manchú chupando el pene de su bebé es algo cultural; una madre manchú nunca le daría un beso en la mejilla. Esto indica que el canon de comportamiento para una madre manchú no permite en público un beso en la mejilla pero sí en el pene, y que [*afellatio* es para nosotros siempre un acto sexual, mientras que no lo es para otras culturas.

La famosa expresión para definir la homosexualidad como una práctica contra natura procede de la palabra griega *physis*, opuesta a *nomos*, es decir, la norma. En este sentido, una práctica contra natura se refiere a aquella que va en contra de la constitución física ortodoxa: hombre con mujer.

Cuando la sexualidad es enfocada desde el punto de vista de la familia, está claro que todas las desviaciones de la norma quedarán radicalmente prohibidas. El sexo como medio para la perpetuación de la especie ha ocupado siempre el centro de cualquier legislación. Por lo tanto, el sexo deja de ser una actividad natural —lo cual equivale a decir «libre»— para empezar a ser una actividad normalizada, regulada, sujeta a unos cánones que varían según la época histórica.

Ya es conocido de todos el horror ante cualquier manifestación sexual que se vivió en la época victoriana. En Alemania, en el siglo XVIII, se abrieron escuelas para formar a los jóvenes en la castidad, que luego ante la presencia de personajes ilustres los alumnos llevaban a gala exhibiendo todo lo aprendido (resulta difícil imaginar en qué consiste exhibir públicamente la castidad).

Pues bien, estas referencias históricas que parecen cosa del pasado cobran un sentido nuevo a la luz de la situación en que se encuentra actualmente la cuestión de la homosexualidad en el marco político, el cual —por fin— ha

separado la página del díptico que hasta ahora se mantenía inseparable del religioso.

1. «Está claro por las Sagradas Escrituras que Dios detesta el pecado de sodomía y lo ha demostrado haciendo caer su ira sobre Sodoma y Gomorra...»
2. «Si una persona, hombre o mujer, tiene relación carnal por el ano o por la boca, será considerado culpable de sodomía y castigado a la pena de cárcel entre uno y veinte años...»
3. «Cuando un hombre se casa y luego cae en la tentación de tener relación carnal con otro hombre, el sexo deja de tener su significado original. Venus cambia su forma, y se busca el amor de un modo que no se encuentra... Ordenamos que la ley actúe en este caso levantando su espada vengadora, y que los culpables de tan horrible crimen sean castigados debidamente.»
4. «Todo aquel que practique la costumbre de condenar el cuerpo de un hombre representando el papel de mujer expiará su crimen en las llamas vengadoras».

Desorden objetivo, desviación del demonio, crimen antinatural, he aquí algunos de los nombres con que ha sido condenada la homosexualidad desde los primeros tiempos cristianos hasta hoy.

Podría resultar un reto interesante tratar de adivinar a qué época pertenece cada uno de los textos mencionados anteriormente. Pero seguro que más de un lector se sorprenderá al descubrir que no son de la gris época medieval como en efecto lo parecen. El primero de ellos corresponde a un decreto de Venecia del siglo xv. Pero los demás son actuales. El segundo texto está recogido en el Derecho Criminal de Virginia, en Estados Unidos (26 estados

más tienen esta misma legislación contra la homosexualidad).

El tercer texto pertenece ni más ni menos que a una ley de los hijos de Constantino, aprobada unos diez años después de su muerte. Y el cuarto texto es una de las muchas leyes que promulgó Teodosio, emperador que estableció al cristianismo como religión del Estado. Su influencia en materia religiosa fue inmensa para todo occidente. La Iglesia, en pleno siglo XXI, mantiene el mismo lenguaje en materia de sexualidad que los obispos del antiguo concilio de Elvira a principios del siglo IV, quienes llamaron a los homosexuales *stupratores puerorum* («pervertidores de niños»). La difícil tarea en materia sexual emprendida por los primeros emperadores cristianos y obispos la continuó Justiniano con mano de hierro. A Justiniano no le pareció suficiente con mandar a la hoguera a esos «depravados de Satanás», y elaboró junto a la establecida pena de muerte un sistema de terror con la advertencia de que Dios enviaría plagas y terremotos a la tierra si los hombres no corregían sus vicios.

Así que los homosexuales, hombres *malakoi*, «débiles y afeminados» según el término griego con el cual son descritos en las Sagradas Escrituras, han sido el azote de los legisladores de todos los tiempos. Y resulta cuando menos sorprendente que, en los tiempos actuales, las leyes civiles hayan dado un paso adelante, mientras que la postura de la Iglesia sigue aferrada a su antiguo dogma que condena un acto contra natura cuando, en realidad, se trata de una pura convención social.

8. CONSTANTINOPLA, LA CIUDAD DE CONSTANTINO

El placer que sintió Constantino después de derrotar a Licinio en Oriente se tradujo en una ambición: fundar una nueva Roma que llevara su nombre. En principio no pensó en Bizancio como capital del nuevo Imperio, sino que consideró la posibilidad de otros lugares, por ejemplo Sárdica —en Bulgaria—, y Tesalónica, aunque su primera opción fue la vieja Troya, la ciudad que los griegos habían destruido quince siglos antes y que Homero había venerado en el poema épico más famoso de todos los tiempos, *La Ilíada*.

Al final, prevaleció la consideración práctica sobre la romántica. La posición de Troya en el extremo de los estrechos que daba al mar Egeo no era tan fuerte como la de Bizancio en el extremo que daba al mar Negro. La ciudad quedaba justo a medio camino entre las fronteras más amenazadas: por los godos en el Danubio, y por los persas en el Eufrates. Con unas murallas resistentes, un gran ejército y una flota eficaz a disposición de Constantino, Bizancio sería un bastión inexpugnable en el caso de que todo lo demás se derrumbara.

Así que Constantino comenzó a hacer algo nuevo de la antigua Bizancio, que debe su nombre tal vez a los gigantes míticos Byzas y Antes. A lo largo de toda su extensa historia, Bizancio había sido a lo sumo una ciudad comercial

próspera, pero no se había distinguido en otro aspecto. Nunca fue un centro de arte ni de erudición, no se había destacado en la guerra, ni dio nombres de especial importancia.

Pero Constantino se apoderó de ella y la cambió casi por completo, pues Septimio Severo la había reconstruido en parte después de resultar gravemente dañada por las guerras civiles. Constantino destruyó lo que había, y comenzó desde el principio. Señaló con una lanza una zona mucho mayor para amurallar y se propuso construir una imitación de Roma, pues su intención era nada menos que imitar la vieja Roma. Incluso se aseguró de que su construcción se hiciera sobre siete colinas igual que Roma.

Empezó a construir edificios importantes siguiendo un modelo romano: un foro, un senado y un palacio. Una victoria tan importante necesitaba verse reflejada en suntuosos edificios, lujosos palacios, y un enclave geográfico excepcional. Todo eso sería posible en la nueva Roma, como pensó llamar Constantino a la nueva capital. Después, pensándolo mejor, le sedujo la idea de que llevara su propio nombre.

Quiso que su ciudad tuviera el encanto de lo viejo y se apropió de estatuas y cuadros de otros lugares, robando lo mejor del Imperio para poder embellecer su capital. Para quienes quisieron colaborar aportando estatuas y otras cosas útiles, cambió el significado de una palabra que todos conocían bien. El pillaje, si era en beneficio de la nueva urbe, pasó a significar colaboración para la causa del Imperio, y se dio la bienvenida a todos los tesoros que unos quitaban de un sitio para colocar en otro. En este aspecto Constantino no fue ni pagano ni cristiano, pues ofendió a ambas religiones al llevarse las estatuas de los dioses hacia otra ciudad.

Los teatros, los baños, las iglesias, los embalses, los graneros, las casas de la aristocracia, todo fue construido a base de trabajo forzado. Era importante construir las casas para los aristócratas imitando las de Roma, a fin de convencer a sus nobles propietarios para que se trasladasen a la nueva capital. Constantino quería poblar su nueva ciudad con ciudadanos dignos de tal categoría.

Ofreció alicientes a los nuevos pobladores. Constantino tenía la intención de trasladar allí su corte imperial, y todos los que deseaban una posición pública, todos los que querían escalar socialmente llegaron en tropel a la nueva ciudad.

Se colocó solemnemente la primera piedra de las murallas el 4 de noviembre del año 326, cuando el sol se hallaba bajo el signo de Sagitario pero Cáncer dominaba la hora. Poco antes había dado orden de matar a su hijo Crispo y a su esposa Fausta. Mandó llamar a un famoso astrónomo para que estudiara el horóscopo de la ciudad. El astrónomo pronosticó para ella una existencia de 696 años (obviamente se quedó corto). Constantino escogió para inaugurar su nueva Roma una fecha significativa, el 11 de mayo de 330, que era la fecha del festival de San Mocio, un mártir de Bizancio que murió por orden de Diocleciano, y a quien tal vez Constantino conociera en su juventud.

La nueva ciudad fue dedicada al Dios de los mártires. Desde el principio el emperador levantó numerosas iglesias y encargó a Eusebio de Cesárea que trajera cincuenta copias de la Biblia para usar en las celebraciones. Las fuentes y edificios públicos mostraban arte cristiano por doquier.

En lugar de figuras mitológicas, se pusieron imágenes del Buen Pastor, de Daniel en la guarida del león, y otras alusiones bíblicas. Constantinopla se convirtió inmediatamente en la capital del Imperio de Oriente y en uno de los centros culturales más importantes del mundo

griego. Incluso los intelectuales paganos sentían curiosidad por conocer la nueva ciudad, a pesar de su ostentosa muestra de condición cristiana.

El emperador dio a los habitantes de su nueva urbe privilegios apropiados a su estatus como capital de Oriente. Creó un Senado de Constantinopla, cuyos miembros detentaban la misma autoridad que los senadores de Roma.

Dos años más tarde, Constantino distribuyó grano de forma gratuita. Las cosechas de Egipto que antes se transportaban a Italia fueron desviadas a Oriente. Construyó un hipódromo a continuación del palacio. Y los espectáculos que en él se celebraban no eran escandalosamente paganos. Los espectadores de las carreras de caballos tuvieron la oportunidad de aplaudir a su emperador benefactor como emperador cristiano. Un emperador que, por otro lado, no tuvo ningún reparo en cortar la cabeza de una estatua colosal de Apolo que estaba situada a la entrada del foro y sustituirla por la suya propia. Hay quien dice que lo hizo para no ofender la sensibilidad de los cristianos que ya no querían ver estatuas de dioses paganos. Y en lugar de retirar la estatua, colocó en ella su propia cabeza.

Además de estatuas de dioses, mandó traer de Roma muchas estatuas de emperadores, sin duda para contrarrestar el poder de quienes ya no lo ejercían con el poder divino y universal que ahora detentaba el primer emperador cristiano. La arquitectura se hallaba en crisis; de modo que, cuando ya no fueron suficientes para adornar nuevos edificios las estatuas que se habían robado de otros edificios, fue necesaria la presencia de nuevos artistas.

Para incentivar su llegada, les ofreció privilegios fiscales. Y de este modo, acudieron artistas y constructores a levantar suntuosos edificios en la capital oriental. Entre sus construcciones destacan magníficas iglesias, que, no

obstante, no consiguieron eclipsar el esplendor de templos paganos que había en la ciudad.

Unos días antes de la consagración de la nueva capital, un filósofo pagano se presentó ante el emperador y le imprecó: «No te levantes por encima de los antepasados porque hayas echado a tierra a los antepasados». Constantino le ordenó que abandonara sus prédicas paganas; pero el filósofo gritó que quería morir por los antepasados, y fue decapitado. Pronto dejó claro el emperador cristiano que los filósofos resultan molestos a veces, y es mejor eliminarlos.

La organización administrativa de la nueva urbe se hizo de modo progresivo. Constantino transformó la Asamblea de Bizancio en Senado de Constantinopla, formado por seiscientos senadores. A los dos años de su fundación, la ciudad recibió una provisión de trigo de unas ochenta mil raciones, lo cual permite calcular la población en unos trescientos mil habitantes.

Constantino no descuidó Roma, ni muchísimo menos. De hecho, en Roma inició sus primeras grandes construcciones cristianas, pues la mayoría pagana que residía en Roma significaba un obstáculo importante. La fisonomía de la vieja capital del orbe siguió siendo durante muchos años predominantemente pagana. Fue necesario luego una demolición prolongada y una construcción tenaz para que la Roma cristiana sobresaliera de la Roma imperial con sus basílicas y monasterios. Las construcciones del siglo anterior habían estado consagradas a exaltar el paganismo y sus placeres.

Las termas de Caracalla, y luego las de Diocleciano; el foro Trajano, la lujosa villa de los Gordianos, el templo solar de Aureliano, la basílica y el circo de Majencio, y cientos de templos por todas partes.

En Roma Constantino puso gran empeño en sus construcciones cristianas. La memoria de San Pedro quedó inmortalizada en el Vaticano desde hacía tiempo. A su alrededor, Constantino mandó edificar una basílica gigantesca.

La iglesia de Letrán, que había sido construida en 324, fue mandada redecorar con nuevas lámparas y mobiliario litúrgico por un valor aproximado de 350 kilos de oro. El palacio de Letrán, anteriormente propiedad de Fausta, la esposa del emperador a la que él mandó matar, fue donado por Constantino a la Iglesia de Roma (o eso se dijo al menos). Después se convirtió en residencia de los obispos y de sus ayudantes. Bajo el reinado de Constantino fue cuando Letrán pasó a ser el corazón de la Iglesia romana. Por esta razón se le ha llamado hasta ahora la catedral del obispo de Roma. Todo cuanto mandó construir el emperador alcanzaba dimensiones gigantescas; con ello quiso inmortalizar la magnificencia de la corte.

En Constantinopla, las primeras basílicas cristianas fueron construidas bajo la protección de abstracciones divinizadas: Santa Sofía (en griego *Sophia* significa «sabiduría»), junto al palacio y junto al hipódromo; debajo de lo que es ahora Santa Sofía hubo antiguamente un templo de Apolo. Y la basílica de la Paz (llamada Santa Irene, del griego *Eiréne*, que significa «paz»). También mandó construir la iglesia de los Santos Apóstoles, que sobresalió por la enorme cantidad de oro utilizada en su decoración, pero de esta iglesia no queda nada.

A pesar de que el nombre de la vieja Bizancio nunca dejó de existir, el nuevo nombre de «la ciudad de Constantino» perduró más de un milenio.

Actualmente, pocos llaman a esta ciudad con el nombre de Constantinopla (los griegos la siguen llamando así); en la mayoría de países europeos la llaman Estambul. En

cualquier caso, ambos son de origen griego (Estambul es la evolución del griego *eis ten polin* «hacia la capital», y Constantinopla es «la ciudad de Constantino»).

Los restos arqueológicos del moderno Estambul no ayudan mucho a comprender las verdaderas razones de por qué Constantino fundó una nueva ciudad. Los restos del palacio imperial permanecen enterrados o destruidos bajo siglos de edificaciones posteriores, y Santa Sofía (*Aya Sofía*, su nombre actual) es la que construyó Justiniano en el siglo VI. Todavía puede verse el contorno del Hipódromo, el obelisco y el basamento erigidos por Teodosio II.

El crecimiento posterior de la ciudad fue posible gracias a la construcción del acueducto atribuido a Valente, y las actuales murallas de tierra, que con sus seis mil quinientos metros rodean un espacio mucho mayor que el de la ciudad construida por Constantino, fueron levantadas por Teodosio II, en el siglo V.

Quien visita hoy Estambul, poco ve de las murallas teodosianas, y menos aún de lo que fue el hipódromo o el palacio del emperador. Sin embargo, al pasear por las calles de esa ciudad uno percibe el esplendor de un pasado glorioso. Al atardecer, las orillas del Bósforo se llenan de una delicada luz rojiza que ilumina a la que fue capital del Imperio Romano de Oriente, de Bizancio y luego del Imperio Otomano.

Constantino sabía bien lo que hacía al fijarse en este lugar para fundar su nueva ciudad. No solamente fue su privilegiada situación geográfica lo que despertó el interés del emperador, ni la facilidad con que llegaría el trigo de Egipto con que alimentar a miles de personas. Constantinopla era mucho más. Era el punto donde se cruzan los caminos de la Historia.

9. ¿QUIÉN CONOCÍA A CONSTANTINO?

Ojalá tuviéramos las memorias de Constantino, citadas con frecuencia por Lydus. Constantino fue un político, actuó como un legislador, y apareció ante el mundo como un rey. Pasó a la posteridad como un mito para la Europa cristiana. Pero nos habría gustado leer sus escritos de primera mano, como ha sido posible con tantos otros emperadores. Y desde luego nos habría ilustrado mucho saber algo de lo que ocurría en su alcoba.

¿Tenía vicios Constantino? ¿No habrá que ver, precisamente, en su obsesión por la castidad alguna necesidad de ocultar ciertas conductas? Es una pena que este emperador levantara ya entonces tantas pasiones a su favor, y también en contra. Porque por esta razón no tenemos un juicio ecuaníme en torno a su persona.

Entre sus biógrafos de la época, es imprescindible leer la *Vida de Constantino* que escribió Eusebio de Cesárea. El riesgo que conlleva leer a Eusebio es que consigue crisparnos los nervios; tal es su encendido amor por el emperador cristiano, que nada en sus páginas permite poner en duda la santidad de Constantino. Y si de algo cabe dudar es de que Constantino fuese un santo.

En la época moderna, su primer gran biógrafo del siglo XIX fue un alemán, Jakob Burckhardt, inventor de la expresión *Spatantike*, que traducimos al español como «Antigüedad tardía», período al que pertenece este emperador. La lucidez

de este historiador alemán está a veces oscurecida por enjuiciamientos venenosos que involucran excesivamente al lector.

Y en el siglo xx hasta nuestros días, se han escrito centenares de libros en torno a este personaje que con su apoyo al cristianismo cambió la suerte de la Iglesia cristiana. Sin él, Occidente sería probablemente muy distinto de como es hoy en muchos aspectos de la vida social, política y religiosa. Desde la guerra judaica de 68-71 hasta Teodosio —emperador que hizo del cristianismo la religión de Estado— hay 300 años de historia que fueron los años durante los cuales, en contacto con las experiencias políticas y sociales del momento, se configuró la Iglesia como institución tal como ha llegado a nuestros días. Una institución que empezó siendo una diminuta piedra y ha llegado alcanzar la dimensión de una colosal pirámide. De ser llamados ateos por no creer en los ritos que practicaban los paganos, los cristianos llegaron a ser en el siglo III el diez por ciento de la población del Imperio romano.

De cuantas cosas se han dicho en torno a Constantino resulta difícil escoger la más ecuánime. Entre los elogios desmesurados de Eusebio y el juicio severo de Burckhardt debería haber un término medio. Sin embargo, las fuentes no contribuyen mucho a vislumbrar ese término medio, lo cual no sorprende tratándose de un emperador que se propuso unir espada y cáliz con una firmeza que nadie logró derrotar.

En estas páginas hemos tratado de analizar la figura de Constantino sin dejarnos llevar por ninguna de estas dos opiniones extremas:

«Cuando contemplo en espíritu a esta alma, tres veces bienaventurada, unida con Dios, despojada de

toda envoltura mortal, con su vestidura centelleante y la radiante diadema, pierdo la voz y la razón» (¡ojalá lo hubiera hecho...!, exclama Burckhardt irritado ante tanta palabrería de Eusebio).

Del otro extremo provienen estas palabras:

Ambicioso, pérfido, arrogante y autoritario, a Constantino jamás se le ocurrió pensar que llegó a emperador no por su valía sino porque su padre Constancio, ya viejo y muy enfermo, vio que sus otros hijos o bien eran muy pequeños o bien no valían nada.

¿Será posible algún día valorar la figura de Constantino sin dejarse arrastrar por el fuego de las pasiones? Dicen que la mejor forma de conocer una época de la historia es a través de sus leyes. Pues bien, en este libro hemos seleccionado algunas leyes cuyo contenido refleja más o menos el proyecto de Constantino, aunque en algunos casos resulta imposible comprender su significado. Por ejemplo, el año 326 —el mismo ataúd los soldados manifestaron su dolor con dramáticas lamentaciones fúnebres; los soldados rasos desgarraban sus vestidos, y los oficiales clamaban por su orfandad.

Este dolor era sincero entre los germanos de su guardia, quienes consideraban su relación con el emperador como una relación de fidelidad personal.

El fallecido había sido un gran general y se había ocupado paternalmente de los soldados. Pero estos soldados fueron también, en ausencia de los herederos, quienes tomaron las primeras decisiones, y aplazaron el enterramiento del emperador hasta la llegada de uno de los

hijos. El ataúd fue llevado a la iglesia de los Doce Apóstoles y colocado entre los sarcófagos dedicados a los Doce. En medio de una multitud, los obispos realizaron un funeral con la eucaristía.

¿Dónde estaba Dalmacio, a quien dos años antes Constantino había nombrado césaren esta capital? En su lugar, se apresura a venir Constancio y conduce la solemne comitiva funeral desde palacio a la iglesia de los Apóstoles. A partir de entonces se suceden episodios de intriga que confirman el temor de la sucesión que siempre tuvo Constantino. En todo caso, él había formado el poder supremo del Imperio con su nueva organización del Estado y de la Iglesia, y por eso sus hijos se pudieron permitir muchas cosas y muchos errores, hasta que todo el capital heredado fue consumido por completo. Intrigas, asesinatos, traiciones, volvieron a dejar el Imperio en el mismo punto del que partió Diocleciano. Volvía a ser necesario el sistema de adopción. Después de varios apañes de matrimonios programados, quedó sólo el hermano más joven, Juliano, al que el Imperio miraba con respeto como salvador de las Galias y vencedor de los germanos. Juliano era hijo de Julio Constancio y de Basilina, por lo tanto sobrino de Constantino. Nacido en el año 331 en Constantinopla, había tenido una infancia difícil por la muerte prematura de su madre, luego por la matanza de su padre y de todos sus parientes. De ahí su desequilibrio nervioso, que no se curó durante su destierro en Capadocia, donde vivió rodeado de sacerdotes arrianos, y sobre todo de libros de filosofía. Establecido luego en Constantinopla, después en Atenas, se inició en la filosofía griega. Pronto destacó por su temperamento apasionado y por el descuido en sus modales; llevaba barba como los filósofos, mientras que los emperadores dejaron de llevarla desde Constantino.

Obligado a vivir en los campos de batalla, Juliano se vio atrapado entre los soldados que le impusieron la púrpura imperial. Curioso destino para un hombre contrario al lujo de la corte y aficionado a llevar las uñas negras. Él sabía que era feo, y se burlaba de sí mismo:

«La naturaleza no me ha dado el rostro ni demasiado bello ni agradable ni seductor, y yo, con un carácter duro y malhumorado, me he dejado esta abundante barba para castigar a la naturaleza por no haberme hecho más hermoso».

Las sucesiones inmediatas, las de Joviano y Valentiniano, fueron cosa del ejército como la mayoría de las del siglo III. Pero el derecho hereditario del trono imperial había calado tanto en el ánimo de las gentes que enseguida se regresó a este sistema. Y no faltaron usurpadores que pretendían legitimar su derecho por el matrimonio con viudas de emperadores. Siguió a continuación la dinastía de Valentiniano, y después de Teodosio, cuyos dos hijos Arcadio y Honorio se repartieron Oriente y Occidente.

Si Constantino fue el primer emperador bautizado y Graciano el primero verdaderamente cristiano, puede decirse que Teodosio fue el último emperador romano y el primer emperador bizantino y casi medieval: por haber sido el primero en apreciar a Roma y la vida de Occidente, por haber hecho de Constantinopla una grandiosa capital política y religiosa; por haber unido, en definitiva, política y teología. Teodosio murió en Milán el año 395, fecha que abre el comienzo de una grave crisis de ochenta años, llena de sucesos trágicos como la conquista y destrucción de Roma en 410, el final del Imperio de Occidente y la creación de nuevas naciones, todas germánicas.

CRONOLOGÍA

268-270 — Claudio Gótico.

270-275 — Aureliano.

284 — Diocleciano es proclamado emperador.

286 — Maximiano es nombrado augusto de Occidente.

293 — Constantino es nombrado César de Occidente, y Galerio de Oriente

296 — Sublevación en Egipto. Edicto contra los maniqueos.

297-298 — Campaña de Diocleciano contra los persas.

303 — Comienzo de la persecución de los cristianos.

305 — Abdicación de Diocleciano y Maximiano. Constantino, augusto de Occidente, y Galerio de Oriente. Severo y Maximino Daya, los Césares respectivos. Nacimiento de Crispo, primogénito de Constantino.

306 — Muerte de Constancio Cloro, Severo es augusto de Occidente; también lo son Constantino y Majencio.

307 — Matrimonio de Constantino con Fausta.

308 — Licinio, augusto de Occidente.

310 — Victoria de Constantino sobre los germanos. Muerte de Maximiano.

311 — Edicto de Tolerancia. Muerte de Galerio.

312 — Campaña de Constantino en Italia. Batalla del Puente Milvio. Muerte de Majencio.

313 — Acuerdos en Milán entre Constantino y Licinio. Victoria de Constantino sobre los francos. Licinio vence a Maximino Daya. Comienzo de la herejía donatista.

315 — Decenales de Constantino. Inauguración del Arco de Triunfo en Roma.

316 — Guerra civil entre Constantino y Licinio. Muerte de Diocleciano.

317 — Nacimiento de Constantino II y Constancio II.

319 — Comienzo de la disputa con Arrio.

320 — Nacimiento de Constante.

323 — Constantino invade territorios de Licinio.

324 — Segunda guerra entre Constantino y Licinio. Asesinato de Licinio.

325 — Concilio de Nicea. Vicenales de Constantino.

326 — Asesinatos de Crispo y Fausta. Constantino visita por última vez Roma. Fundación de Constantinopla.

330 — Consagración de Constantinopla.

331 — Nacimiento del futuro emperador Juliano.

332 — Guerra contra los godos.

335 — Tricenales de Constantino.

337 — Preparativos para la campaña contra los persas. Muerte de Constantino. Soberanía conjunta de Constancio II, Constantino II y Constante.

BIBLIOGRAFÍA

Aries, P. y G. Duby, eds. *A History of Private Life. Vol. I: From Pagan Rome to Byzantium*. Ed. P. Veyne, trad. A. Goldhammer. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1987.

Arjava, A. *Women and Law in Late Antiquity*. Clarendon: Oxford, 1996.

Auerbach, E. *Literary Language and Its Public in Late Antiquity and in the Middle Ages*. Trans. R. Manheim. New York: Pantheon Books, 1965.

Barnes, T. D. *Constantine and Eusebius*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1981.

Baynes, N. *Constantine the Great and the Christian Church*. London: British Academy, 1930; reimpr. 1972.

Bellah, R. y otros. *Habits of the Heart*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1985.

Benko, S. *Pagan Rome and the Early Christians*. London: Batsford, 1985.

Bowman, A. K. y Wolf, G., ed. *Literacy and Power in the Ancient World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

Brown, R. *Authority and the Sacred. Aspects of the Christianisation of the Roman World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

—, *El mundo en la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Taurus. Madrid, 1989.

- , *Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire*. The University of Wisconsin Press, 1992.
- , *The Body and Society: Men, Women, and Sexual Renunciation in Early Christianity*. New York: Columbia University Press, 1988.
- , *The Making of Late Antiquity*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1978.
- Burckhardt, J. *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*. Trad. E. Imaz, FCE: México y Madrid, 1945.
- Bynum, C. *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food for Medieval Women*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1987.
- Cameron, Averil. *Christianity and the Rhetoric of Empire. The Development of Christian Discourse*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1991.
- , *The Later Roman Empire (284-430 A. D.)*. London: Fontana, 1993.
- , *The Mediterranean World in Late Antiquity, A. D. 395-600*. Routledge: London and New York, 1993.
- Candau, J. M., Gaseó, F. y Ramírez de Verger, A. *La conversión de Roma. Cristianismo y Paganismo*. Ed. Clásicas. Madrid, 1990.
- Cannadine, D. y S. Price, eds. *Rituals of Royalty: Power and Ceremonial in Traditional Societies*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- Cantarella, E. *Bisexuality in the Ancient World*. New Haven and London: Yale University Press, 1992.
- Chadwick, H. *Early Christian Thought and the Classical Tradition*. Oxford: Oxford University Press, 1966.
- Clark, E. A. *Women in the Early Church*. Wilmington, Del.: Edwin Mellen Press, 1983.
- Clark, G. *Women in Late Antiquity. Pagan and Christian Lifestyles*. Clarendon: Oxford 1993.

Clover, E. M. y R. S. Humphreys, eds. *Tradition and Innovation in Late Antiquity*. Madison: University of Wisconsin Press, 1989.

Coleman-Norton, P. R. *Román State and Christian Church. A Collection of Legal Documents to A. D. 535*, vol. II, London 1966.

Conté, G. B. *The Rhetoric of Limitation*. Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1986.

Cox, P. *Biography in Late Antiquity*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1983.

Dagron, G. *Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 330 a 451*. Paris: Presses universitaires de France, 1974.

Dodds, E. R. *The Greeks and the Irrational*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1951.

—, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*. Cambridge: Cambridge University Press, 1965.

Drake, H. A. *In Praise of Constantine*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1976.

—, *Constantine and the Bishops. The Politics of Intolerance*. Baltimore: The Johns Hopkins University, 2000.

Elshtain, J. B. *Public Man, Private Woman*. Princeton: Princeton University Press, 1981.

Ferguson, E. *Backgrounds of Early Christianity*. William B. Eerdmans: Grand Rapids, Michigan, 1987.

Ferrill, A. *The Fall of the Roman Empire*. Thames and Hudson: London, 1986.

Finley, M. I. *The Ancient Economy*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1973.

Foucault, M. *Lesouci desoi*. París: Gallimard, 1984.

Fowden, G. *Empire to Commonwealth. Consequences of Monotheism in Late Antiquity*. Princeton: Princeton University Press, 1993.

Frend, W. A. C. *Martyrdom and Persecution in the Early Church*, Blackwell. Oxford, 1965.

Gaudemet, J. *L'Eglise dans l'Empire Romain (IV-V siècles)*, Sirey. París, 1958.

Geertz, C. *The Interpretation of Cultures*. London: Hutchinson, 1975.

Giardina, A., ed. *Società romana e impero tardoantico*. 4 vols. Rome: Laterza, 1986.

Gorman, M. *Mission and Conversion. Proselytizing in the Religious History of the Roman Empire*. Clarendon: Oxford, 1994.

Grant, R. M. *Augustus to Constantine. The Rise and Triumph of Christianity in the Roman World*. Harper and Row: New York, 1970.

—, *Early Christianity and Society. Seven Studies*, Harper and Row. San Francisco, 1977.

Harries, J. and Wood, I, eds. *The Theodosian Code. Studies in the Imperial Law of Late Antiquity*. Duckworth, London 1993.

Harries, J. *Law and Empire in Late Antiquity*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

Herrin, J. *The Formation of Christendom*. Princeton: Princeton University Press, 1987.

Humphrey, J. ed. *Literacy in the Roman World*. Journal of Roman Archaeology, Suppl. Ann Arbor, Michigan, 1991.

Hunt, E. D. *Holy Land Pilgrimage in the Late Roman Empire, A. D. 312 to 460*. Oxford: Oxford University Press, 1982.

Jones, A. H. M. *Constantine and the Conversion of Europe*. Toronto: Toronto University Press, 1978.

—, *The Decline of the Ancient World. A General History of Europe*. Longman: London and New York, 1966.

—, *The Later Roman Empire (284-602)*, 2 vols. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986.

Kaster, R. A. —, *Guardians of Language. The Grammarian and Society in Late Antiquity*. Berkeley and Los Angeles: University of

California Press, 1988.

Kennedy, G. *The Art of Rhetoric in the Roman World, 300 B. C.-A. D. 300*. Princeton: Princeton University Press, 1972.

—, *Greek Rhetoric under Christian Emperors*. Princeton: Princeton University Press, 1983.

Kousoulas, D. G. *The Life and Times of Constantine the Great. The First Christian Emperor*. Routledge: London and New York 1997.

Laistner, M. L. W. *Christianity and Pagan Culture in the Later Roman Empire*. Ithaca, N. Y: Cornell University Press, 1951.

Lane Fox, R. *Pagans and Christians in the Mediterranean World from the Second Century A. D. to the Conversion of Constantine*. Harmondsworth, Eng.: Viking Press, 1986.

Laporte, J. *The Role of Women in Early Christianity*. New York: Edwin Mellen Press, 1986.

Le Glay, M. *Grandeza y caída del Imperio romano*, trad. A. Seisdedos, Cátedra. Madrid, 2002.

Levine, A. J, ed. *Women like This. New Perspectives on Jewish Women in the Greco-Roman World*. Scholars Press: Atlanta, Georgia, 1991.

Liebeschuetz, J. H. W. G. *Barbarians and Bishops. Army, Church, and State in the Age of Arcadius and Chrysostom*. Clarendon: Oxford, 1990.

—, *Continuity and Change in Roman Religion*. Clarendon: Oxford 1979.

Lieu, S. N. C. y Montserrat, D., eds. *From Constantine to Julian. Pagan and Bizantine Views*. Routledge: London and New York, 1996.

Lieu, J, North, J. y Rajak, T. *The Jews among Pagans and Christians*. Routledge: London and New York 1992.

Linder, A., ed. *The Jews in Roman Imperial Legislation*. Detroit, Michigan: Wayne State University Press, 1987.

MacMullen, R. *Christianizing the Roman Empire, A. D. 100-400*. New Haven: Yale University Press, 1984.

- , *Constantine*. Croom Helm, London and New York, 1969.
- , *Corruption and the Decline of Rome*. New Haven: Yale University Press, 1988.
- , *Enemies of the Roman Order. Treason, Unrest, and Alienation in the Empire*. Routledge: London and New York, 1992.
- , *Paganism in the Roman Empire*. New Haven: Yale University Press, 1981.
- , «What Difference Did Christianity Make?» *Historia* 35 (1986): 322-343.
- Magdalino, P, ed. *New Constantines. The Rhythm of Imperial Renewal in Byzantium, 4th-13th Centuries*. Variorum, Cambridge University Press, 1994.
- Marrou, H.-I., *¿Decadencia romana o Antigüedad Tardía? (Siglos III-VI)*, trad. P. G. Martín, Rialp. Madrid, 1980.
- Matthews, J. *The Goths in the Fourth Century*. Liverpool, 1991.
- Mazzarino, S. *The End of the Ancient World*. Trad. G. Holmes. London: Faber, 1966.
- McCormick, M. *Eternal Victory*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- McNeill, J. *The Church and the Homosexual*. Beacon: Boston, 1976.
- Meeks, W. *The First Urban Christians: The Social World of the Apostle Paul*. New Haven: Yale University Press, 1983.
- Momigliano, A. ed. *The Conflict between Paganism and Christianity in the Late Roman Empire*. Oxford: Basil Blackwell, 1963.
- , *On Pagans, Jews, and Christians*. Middletown, Connecticut: Wesleyan University Press, 1987.
- Morris, D. B. *The Culture of Pain*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1991.
- Ong, W. *Orality and Literacy: The Technologizing of the Word*. London: Methuen, 1982.

Payer, P. J. *Sex and The Penitentials. The Development of a Sexual Code 550-1150*. Toronto: Toronto University Press, 1984.

Potter, D. *Prophets and Emperors. Human and Divine Authority from Augustus to Theodosius*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1994.

Price, S. R. F. *Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.

Rémondon, R. *La crisis del Imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*, trad. C. Alcalde y M. R. Prats. Labor, Barcelona, 1973.

Roueché, C. M. *Aphrodisias in Late Antiquity*. London: Society for the Promotion of Roman Studies, 1989.

Said, E. *The World, the Text and the Critic*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1983.

Salzman, M. R. *On Roman Time. The Codex-Calendar of 354 and the Rhythms of Urban Life in Late Antiquity*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1990.

Saller, R. *Personal Patronage Under the Early Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

Sanders, E. P. *Paul, the Law, and the Jewish People*. Philadelphia: Fortress Press, 1983.

Sider, R. D. *Ancient Rhetoric and the Age of Tertullian*. London: Oxford University Press, 1971.

Simón. M. *La civilisation de l'Antiquité et le Christianisme*, Arthaud. París, 1972.

Sirago, A. *L'uomo del iv secolo*. Liguori: Napoli, 1989.

Sordi, M. *The Christians and the Roman Empire*. Roudedge: London and New York, 1994.

Soskice, J. M. *Metaphor and Religious Language*. Oxford: Clarendon Press, 1985.

Teja, R. *El cristianismo primitivo en la sociedad romana*, Istmo. Madrid, 1990.

Emperadores, obispos, monjes y mujeres. Protagonistas del cristianismo antiguo. Trotta, Madrid, 1999.

Theissen, G. *The Social Setting of Pauline Christianity*. Ed. J. H. Schutz. Philadelphia: Fortress Press, 1982.

Trible, P. *God and the Rhetoric of Sexuality*. Philadelphia: Fortress Press, 1978.

Varios, *Du chatiment dans la cité. Supplices corporels et peine de mort dans le monde antique*. École française de Rome. Palais Farnése, 1984.

Walbank, F. W. *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*. Trad. D. Rolfe, Alianza. Madrid, 1978.

Wallace-Hadrill, A., ed. *Patronage in Ancient Society*. London: Routledge and Kegan Paul, 1989.

Warner, M. *Alone of All Her Sex: The Myth and Cult of the Virgin Mary*. London: Weidenfeld and Nicholson, 1976.

White, E. E., ed. *Rhetoric in Transition*. New York: Praeger, 1980.

Wilken, R. L. *The Christians as the Romans saw them*. New Haven: Yale University Press, 1984.

—, *John Chrysostom and the Jews. Rhetoric and Reality in the Late Fourth Century*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1983.

Winkler, J. J. *The Constraints of Desire*, Routledge: New York and London, 1990.